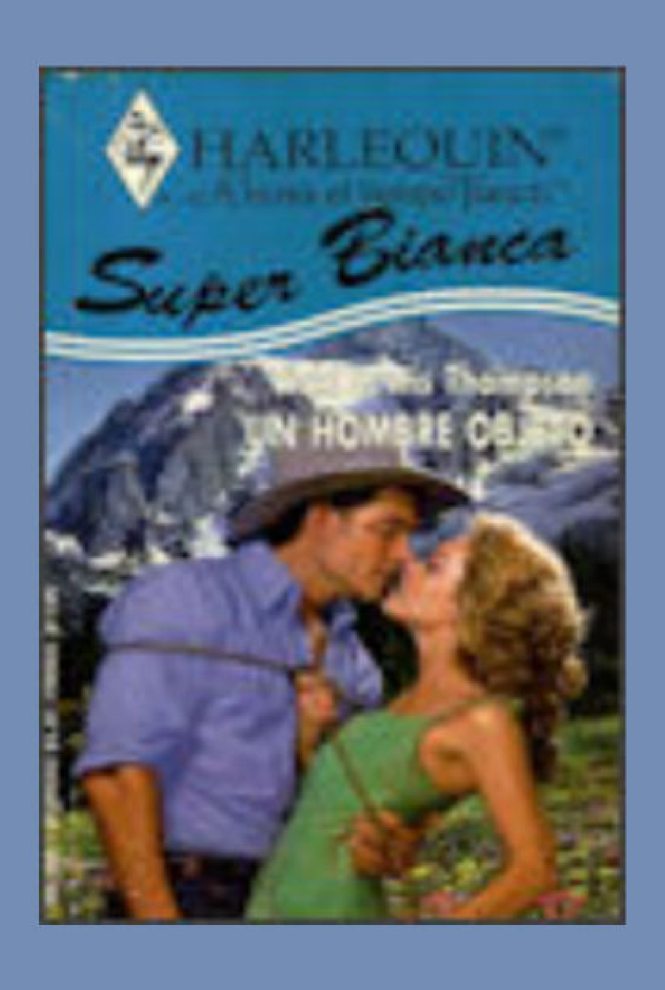
UN HOMBRE OBJETO

Vicki Lewis Thompson



Un hombre objeto

Vicki Lewis Thompson

La fotógrafa Cleo Griffin había llegado a hacerse famosa por sus calendarios, en los que aparecían fotografías de hombres espectaculares, pero aquel trabajo había hecho incrementar el número de duchas frías que tomaba. ¡Necesitaba un hombre!. Así que, antes de emprender su siguiente trabajo en Montana, decidió buscar allí un vaquero que pudiera convertirse en su compañero.

El ranchero Tom McBride tenía suficientes problemas sin necesidad de que una atractiva fotógrafa le reblandeciera el cerebro. Pero le bastaba mirar a Cleo para que se le despertaran todo tipo de apetitos. Al principio, Cleo quería utilizarlo para la foto de portada de su calendario. Después, sólo lo queria a él…

Pero Tom no tenía intención de convertirse en un hombre objeto…¡Y tampoco en el marido de nadie !

Índice

1

Fotografiar a tipos tan atractivos era demasiado excitante.

Cleo Griffin regresó a su estudio de Nueva York en el estado que norm almente seguía a sus sesiones fotográficas: con ganas de agarrar al primer hombre que encontrara y desnudarlo. Desgraciadamente, no había ningún hombre en su estudio. Allí sólo estaba su ayudante y mejor amiga, Bernadette Fairchild.

Bernie alzó la mirada d e la pantalla del ordenador.

—Estás sonrojada.

—Claro que estoy sonrojada —Cleo dio un mordisco a la galleta que le había comprado a un vendedor callejero, la dejó en el escritorio de su amiga y colgó la cámara en el respaldo de una de las sillas de la ofi cina.

—¿Debo asumir entonces que el señor Diciembre estaba bastante bien?

Cleo fue a buscar un vaso de agua que vació casi de un trago.

—Bernie, te habrías derretido nada más verlo. Si no hago algo pronto, creo que voy a sufrir un proceso de autocombustión .

—Siempre puedes recurrir a algo de lo que me acaban de hablar: una agencia de contactos.

—No tengo tiempo —arrugó el vaso de papel y lo tiró a la papelera—. Tú tienes suerte. Tienes a George esperándote en casa.

—Invertí dos años en el Proyecto George. E so no es suerte, sino una cuestión de alto nivel estratégico.

—Debería haber hecho lo mismo cuando estaba en la universidad.

—¿Y no te lo dije yo? ¿No te expliqué mil veces que esos eran los años más indicados para emparejarse? Pero no quisiste hacerme cas o.

—Todavía no es demasiado tarde —Cleo se sentó frente al escritorio de su amiga—. Todavía puedo encontrar a alguien. Lo único que necesito es un hombre que no interfiera en mi trabajo.

—Y a la vez que tenga talento suficiente para apaciguarte después de una tórrida sesión tras la cámara.

—Eso no hace falta decirlo —volvió a tomar la galleta y le dio un enorme mordisco.

—Me temo que no había ninguna oferta de ese tipo en el catálogo de la agencia. En cualquier caso, ya han llegado los billetes para tu viaj e a Montana. Vas a alojarate en un auténtico rancho, tal como querías. Sólo disponen de seis cabanas, así que no estarás rodeada de turistas. Tom McBride, el propietario, posee una gran cantidad de ca bezas, lo que quiere decir que tendrás vaqueros de so bra en la propiedad, además de los de los ranchos vecinos.

—Vaqueros —Cleo tomó el sobre de los billetes y miró la hora a la que salía el avión—. ¿Cómo voy a sobrevivir siquiera dedicándome a fotografiar vaqueros, considerando el estado en el que me encuen tro después de haber terminado el calendario con los bomberos?

—Acuéstate con alguno de ellos.

—No —Cleo había estado tentada muchas veces, pero le parecía muy poco profesional.

—Montana debe de ser el lugar más parecido de la tierra al fin del mundo. Creo que por allí todavía tienen que ir a caballo de un sitio a otro. Nadie se va a enterar de las travesuras que hagas.

—Me conoces lo suficiente como para saber que yo sería la primera en condenarme. Y además, no puedo permitir que nada me distraiga a la hor a de hacer ese calendario.

Bernie sacó entonces una carta de la impresora.

—¿Tienes las manos limpias?

—No exactamente.

—Entonces no toques esto —dejó la carta en frente de Cleo—. Sólo quiero que lo leas y te diviertas un rato.

Clero leyó aquella carta en la que se explicaba a los Van Cleef que el apretado calendario de la señorita Griffin no le permitía ir a fotografiar la boda de su hija. Cinco años atrás, cuando la mayor de las hijas se había casado, Bernie prácticamente se había tirado a los pies de los Van Cleef, intentando que Cleo consiguiera el trabajo,

pero al final habían escogido a otro fotógrafo. Cleo sabía que debería alegrarse tanto como Bernie de poder rechazar una oferta como aquélla, pero en lo referente a su trabajo se sentía como si estuvi era caminando por la cuerda floja con una bandeja de huevos en la mano.

—De acuerdo, ya no tengo que suplicarle a nadie que me deje fotografiar su boda, pero…

—Tu calendario del año pasado estuvo a punto de venderse tanto como el de Calvin & Hobbes.

—Eso no es suficiente.

Bernie suspiró exasperada.

—¿No es esa otra de las máximas del gran Calvin Griffin?

—Sí, y tiene razón —arrugó el papel en el que iba protegida la galleta, se levantó y lo tiró a la papelera. Hablar de su padre siempre la ponía nerviosa— . Mi padre no «estuvo a punto» de convertirse en el director ejecutivo de Sphinx Cosmetics. Nunca ha «estado a punto» de hacer nada. Lo que ha querido hacer lo ha hecho —excepto una sola cosa, pensó. Había estado a punto de tener un hijo, pero la madre de Cleo había tenido un aborto natural y se había quedado sólo con una hija.

—¿Y no eres tú la directora ejecutiva de Griffin Studios?

—No es lo mismo. Eso no es…

—¿Suficiente? —la interrumpió Bernie—. Escucha, Cleo, no tienes que demostrar nada a…

—Tengo que preparar este carrete —tomó la cámara—. Las fotos no estarán reveladas hasta mañana por la tarde, así que tendrás que enviármelas al rancho. Por cierto, ¿cómo se llama ese rancho?

—Suspiros del Viento.

—Suena demasiado romántico para ser auténtico. Se supone que un rancho debe tener un nombre menos poético.

—Te sugiero que le digas eso a Tom McBride. Estoy segura de que aceptará el consejo de una neoyorquina.

—Sí, lo haré. Un nombre adecuado puede ayudar mucho a un negocio —comentó Cleo mientras se ace rcaba a la puerta del laboratorio.

—¿Por qué no eliges trece esta vez? —preguntó Bernie tras ella.

—¿Trece qué?

—Vaqueros. Escoge uno extra. Así, si hay alguno que te gusta

personalmente, y a él le gustas tú, puedes eliminarlo del calendario. Tendrás un po co de diversión y no comprometerás tu ética profesional.

Cleo dejó la cámara enfundada en el suelo y miró a Bernie. La idea no le parecía especialmente extraordinaria, pero podía ser la respuesta a sus súplicas.

—Mmm. Has tenido una idea bastante sensata.

—Eso forma parte de mi deber. Facilitarte el trabajo y garantizarte un mínimo de felicidad. De esa manera, podrás darte un maravilloso revolcón en Montana y volverás a casa con un calendario y grandes recuerdos.

—También podría volver con un marido — Dios santo, eso sonaba muy raro. ¿Pero qué ocurriría si sus hormonas le gastaban una mala pasada uno de esos días? Podía arruinar su reputación, el respeto que a sí misma se debía y su trabajo de un solo golpe.

Bernie se quedó mirándola fijamente.

—Eh, espera u n minuto, Cleo. Eso no es lo que yo…

—¿Por qué no? —Cleo sentía un miedo atroz a pesar de su expresión de suprema confianza—. Puedo utilizar la entrevista previa a la sesión fotográfica como un cuestionario para un posible marido. De esa forma, mataré do s pájaros de un tiro. Es perfecto.

—El amor no funciona con ese tipo de eficiencia.

Cleo alzó la barbilla.

—Eso ya lo veremos —ni siquiera Bernie sabía lo desesperada que estaba por encontrar un hombre comprensivo, ni lo sola que podía llegar a sentirse en tre proyecto y proyecto. El matrimonio 'era la única solución a sus problemas.

—Pero, aunque de esa forma consiguieras encontrar al hombre que buscas, ¿después qué? ¿Lo agarrarías del cuello y lo arrastrarías hasta Nueva York? Por lo que he visto en las pe lículas, esos vaqueros están acostumbrados a los espacios abiertos, los alaridos de los coyotes y el olor a caballo. No puedes esperar que sobreviva en medio de los humos de la gran ciudad.

—No, no lo arrastraría hasta Nueva York. Por eso es tan perfecto m i plan. Él podría quedarse en Montana, y yo seguiría en Nueva York. Nos veríamos los fines de semana. Yo podría ir a su rancho y él podría venir aquí de vez en cuando.

Bernie se quedó mirándola fijamente.

—Supongo que estás hablando en serio.

—Por supuesto que sí.

—¿Y qué sucederá cuando aparezcan los niños? ¿Se quedarán en Kansas para que os pillen a los dos a medio camino?

—No habrá niños. Eso quedará claro desde el principio. No todos los hombres quieren tener hijos. No te preocupes. Encontraré alguno al que un matrimonio a distancia le parezca una forma excitante de vida.

—Cleo, ¿estás loca? Eso es excesivo incluso para ti.

—Eso es exactamente lo que necesito y lo que voy a conseguir. Gracias por haberme dado la idea, Bernie.

—¡Ésa no era mi idea! No t e atrevas a achacármela a mí. Lo único que yo he sugerido ha sido una aventura, no una expedición en busca de marido.

—¿Pero es que no te das cuenta? No tengo tiempo para perderlo en aventuras. Tengo que resolver mi problema y pronto.

—¿Qué diablos te pasa , Cleo? Casarse significa compartir la vida con alguien y lo único que tú estás dispuesta a compartir es sexo y acumulación de kilómetros de vuelo.

—Voy a hacerlo, Bernie. No estoy diciendo que sea fácil encontrar un marido en sólo dos semanas, pero ya sab es cuánto me gustan los desafíos —Cleo tragó saliva, intentando deshacer el nudo que los nervios le habían formado en la garganta—. En alguna parte de Montana, en este mismo minuto, mi futuro marido está enlazando un novillo, o tomándose un café, o montando en un brioso caballo, o haciendo cualquiera de esas cosas propias de los vaqueros sin darse cuenta de que su vida está a punto de cambiar para siempre.

—O al menos durante unos cuantos fines de semana al año.

—Tom, el baño de la cabana seis tiene problem as y la fotógrafa de Nueva York llega mañana.

Tom McBride apartó la mirada de la pantalla del ordenador, encantado con aquella interrupción.

Ya podía hacer malabares con las cifras, pero el caso era que las deudas de Susurros del Viento eran mayores cada a ño. Miró a Jeeter Neff, el vaquero que permanecía esperando en la puerta de su despacho.

—¿No has visto a Hank? —preguntó Tom.

—Le diste una semana libre para que pudiera ayudar a su madre a instalarse en casa de unos viejos parientes.

—Ah, es verdad.

—Yo me encargaría personalmente de lo del baño, pero tengo que agrupar a los caballos, y por lo que Luann ha dicho cuando ha ido a limpiar la cabana, debería hacerse algo cuanto antes.

Tom echó su silla hacia atrás, alegrándose de contar con una excusa para a bandonar el despacho y el ordenador. Se levantó y agarró el sombrero que había dejado en el perchero.

—Lo haré yo.

—Te recomiendo que te lleves un desatascador —añadió Jeeter con una sonrisa—. Quizá dos.

—Pensándolo bien, quizá sea mejor que yo me encargu e de los caballos y tú te las arregles como puedas con el baño.

—Bueno, ya sabes que nunca se me han dado muy bien ese tipo de trabajos. Termino dejando las cosas peor de lo que me las encuentro.

—Acabas de encontrar una buena excusa, Jeeter —en ese moment o lo asaltó un nuevo pensamiento. Hasta entonces no había considerado las consecuencias de haberle dado a Hank una semana de vacaciones—. Supongo que eso quiere decir que Hank tampoco puede ir mañana a buscar a la fotógrafa.

—Supongo que no.

Tom suspiró.

— Tendré que hacerlo yo. Además, hay que llevar una muestra de excrementos al laboratorio para que la analicen. Podría intentar hacer las dos cosas a la vez.

—¿Y vas a llevar la muestra antes o después de ir al aeropuerto?

—No lo sé, depende del tráfico. ¿P or qué lo preguntas?

Jeeter volvió a sonreír de oreja oreja.

—No sé si será muy adecuado ir a buscar a una sofisticada fotógrafa de Nueva York con una bolsa llena de excrementos en el coche.

—Eh, he hablado con su secretaria. Al parecer esa dama quiere ten er una experiencia auténtica de lo que es un rancho —él no se lo había creído en ningún momento—. Pero me acabas de dar una idea. Llevaré la muestra después de haber ido a recogerla a ella. Comprobaremos si tiene madera para la vida del rancho.

Jeeter soltó una carcajada y se marchó.

Minutos después, armado con un desatascador, Tom salía al porche de la casa del rancho. Él había nacido en aquella casa, había aprendido a caminar en aquel rancho. Tenía que estar muy ocupado para no detenerse un momento a apr eciar la vista que desde allí se contemplaba cada vez que cruzaba aquella puerta, y el asunto del lavabo no era demasiado importante.

Aunque su padre había sido un hombre constantemente ocupado, incapaz de perder un segundo en ese tipo de contemplaciones, su madre le había enseñado a apreciar todo lo que se extendía ante él; el intenso verde de las praderas después de la lluvia, los caballos corriendo en el corral o los orgullosos picos de los Gallatins que asomaban por detrás de los árboles, todavía nevados en aquella mañana de junio. Tom conocía conocía la imagen de aquellos montes recortándose contra el cielo tan bien como su propio rostro. No mucha gente podía disfrutar del paraíso a las puertas de su propia casa, le decía a menudo su madre.

Tom respiró una bocanada de aquel aire impregnado del aroma de los pinos. Los amigos le habían aconsejado que construyera más cabanas para huéspedes para conseguir así el dinero que necesitaba para hacer del rancho un negocio solvente, pero eso significaría cambiar el carácter de un rancho que él quería más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Tom llevaba tiempo sin encargarse de ir a buscar a sus huéspedes al aeropuerto y llegó a la terminal con el único dato de la hora de llegada del vuelo. Se había olvidado de bus car el nombre de la fotógrafa antes de salir del rancho, pero estaba seguro de que no habría muchas mujeres en el avión que llevaran colgando una cámara al hombro. Pensándolo bien, no había vuelto al aeropuerto desde la última vez que había visto a Deidre , dos años atrás. No le extrañaba por tanto estar de tan mal humor: el recuerdo de su ex—esposa parecía flotar por todo el aeropuerto. Recordaba a Deidre bajando del avión con una aspecto fantástico, aunque claro, se suponía que ese era el aspecto que tenía que tener siempre una modelo. Tom la estaba esperando con el informe del médico en la mano, deseando que hubiera habido un error. Pero no lo había. Deidre había ido a abortar a Nueva York y en ningún momento había tenido intención de informarle de sus planes. La clínica había

dado al traste con su secreto al enviar por equivocación la cuenta de la operación a la dirección de Deidre en Montana. Y en cuanto Tom había comprendido lo ocurrido, aquella había dejado de ser la dirección de Deidre para siempre.

Y allí estaba de nuevo, esperando a otra neoyorquina. Por injusto que pudiera ser, ya había establecido un nexo de unión entre las dos mujeres. Aunque Deidre se ganara la vida delante de la cámara y la fotógrafa que estaba a punto de llegar detrás, ambas habían decidido pertenecer a un mundo en el que la imagen lo era todo.

Y la verdad fuera dicha, a Tom no le hacía ninguna ilusión llevar a su rancho a aquella mujer deseosa de fotografiar «vaqueros auténticos».

Precisamente, pensando en ella había llevado la camioneta por los caminos más enfangados antes de llegar a la terminal del aeropuerto, y lleva ba la bolsa con la muestra de excrementos en el salpicadero, donde el sol de la mañana ayudaba a potenciar potenciar su particular aroma. Se había puesto la más vieja de sus camisas, el sombrero más deteriorado y unos vaqueros prácticamente destrozados.

Mientras el avión aterrizaba, Tom recordó que había un pequeño truco para notificarle a una desconocida que era él el encargado de llevarla a su destino. Deber ía sostener un cartel y, ya que no recordaba el nombre de la fotógrafa, pondría en él el del rancho. Miró a su alrededor buscando algún papel, pero el suelo estaba impecablemente limpio.

Encontró al final un periódico en la papelera y buscó la hoja con may or espacio para escribir, que resultó ser la ocupada por el enorme escote de Loni Anderson. Pidió prestado un bolígrafo y escribió el nombre del rancho. Entre paréntesis, añadió que se trataba de un rancho dirigido por un auténtico vaquero. Tras devolver el bolígrafo, dobló el periódico y lo colocó de forma que lo vieran los pasajeros al bajar del avión.

Y a los pocos minutos apareció la fotógrafa. Tom habría apostado todo su dinero a que se trataba de ella. Una elegante morena, cubierta de joyas de oro y c on un bolso ridiculamente pequeño como único equipaje de mano. Quizá había facturado la cámara con el resto del equipaje. Su atuendo consistía en unos

vaqueros ceñidos y un chaleco de cuero, exactamente el modelo que cualquier neoyorquino creía propio de Montana.

Tom sostuvo su improvisado cartel entre las manos y miró fijamente a la morena. Ella pasó por delante de él, sin prestarle la menor atención, dejando a su paso jirones casi tangibles de perfume. Tom, sorprendido, y convencido de que aquella tenía q ue ser la fotógrafa, fue tras ella y gritó:

—Susurros del Viento.

—Creo que me está buscando a mí —oyó decir tras él.

Se volvió y se encontró con unos ojos tan azules como el sol de Montana. Los trabajadores del rancho se morirían de risa si supieran que s e le había ocurrido pensar algo así, pero era estrictamente cierto. Además, no le hacía falta bajar excesivamente la mirada para contemplar aquellos ojos. Frente a él se encontraba una mujer de altura considerable, con una melena de rizos cayendo desordenadamente sobre sus hombros. Una melena que parecía necesitar un buen cepillado. Por un instante, Tom sintió la absurda necesidad de desenredarla con sus propios dedos.

La recién llegada llevaba una camisa casi tan desgastada como la suya y un chaleco de lon a con infinitos bolsillos. Sus vaqueros eran bastante anchos, y, obviamente, no estaban diseñados para mostrar lo que Tom ya sospechaba una figura más que decente. Olía como si acabara de echarse una siesta sobre un lecho de flores silvestres. No se parecía en nada a la mujer que Tom esperaba.

Recordó entonces la muestra de estiércol que había dejado en el salpicadero e hizo una mueca.

—Cleo Griffin — ¿leo sujetó con una mano la bolsa de la cámara que llevaba al hombro, y le tendió la otra.

Tom salió entonc es de su asombro y se dio cuenta de que estaba dejando que una de las huéspedes del rancho fuera cargada como un animal.

—Permítame llevarle eso, señora —dijo, alargando la mano para tomar la cámara, y olvidándose de estrechar la mano que ella le tendía.

— Yo la llevaré, gracias —repuso Cleo, estrechándole la mano.

Fue un apretón firme y caluroso. Tom sentía la suavidad de la piel de aquella mujer contra la suya. Durante una décima de segundo, fijó en sus ojos su mirada, y sintió una inesperada oleada

de pla cer. No todos los recuerdos que tenía de Deidre eran malos, y aquella mujer estaba haciendo salir a flote los mejores.

—Me gusta encargarme personalmente de mi equipo —comentó Cleo tras soltarle la mano. Su tono era muy profesional, pero había algo en aqu ellos ojos azules que evocaba cosas mucho más cálidas. Se descolgó la mochila que llevaba colgada al hombro y se la tendió —: Pero le agradecería que me ayudara con la mochila. Está llena de libros y pesa bastante.

—¿Y hay algo más? —preguntó Tom tras hacers e cargo de la bolsa.

—¿Más qué? —preguntó Cleo, mirándolo sorprendida.

—Equipaje.

—¿Que esto? —indicó su maleta con ruedas y la mochila—. Claro que no. No tengo en mente asistir aun baile de sociedad o a… —se interrumpió de pronto—. Ah, claro. Soy una mu jer y, por lo tanto, debería viajar con catorce maletas por lo menos.

—No, señora, no pretendía…

—Claro que sí, pero no importa —señaló el periódico que Tom todavía llevaba en la mano—. Y dígame, ¿esto también forma parte del tratamiento que debe darse a una urbanita?

Tom se había olvidado completamente de lo que había escrito en el pecho de Loni Anderson.

—Sólo quería llamar su atención.

—Bueno, el pecho de Loni no es el más indicado para una cosa así. La próxima vez que venga a buscar a una mujer, intén telo con Matt McConaughey. Estoy segura de que funcionará mejor.

Tom disimuló una sonrisa.

—Sí, señora.

Cleo lo recorrió de pies a cabeza con una divertida mirada.

—Por todos esos «señora», supongo que usted debe de ser uno de los auténticos vaqueros de Su surros del Viento.

—Nacido y criado en Montana —replicó Tom divertido.

—Estupendo. Eso es exactamente lo que estaba buscando. ¿Nos vamos?

Tom se llevó la mano al ala del sombrero.

—A su servicio, señora —y aquella vez, al pensar en la muestra de estiércol, sonrió.

Dios, aquel tipo era magnífico, pensó Cleo mientras alargaba el

paso para mantenerse a su lado. Le gustaba a pesar de su patente machismo. Nacido y criado en Montana. Duro e impasible como las Rocosas. Aquella seguridad en sí mismo le iría perfect amente cuando lo tuviera ante la cámara, convertido en un modelo ideal para la portada del calendario.

Claro que, si decidía ponerlo en la portada, lo eliminaba como futuro marido. Pero merecería la pena. La idea de atrapar la esencia de aquel hombre en un a fotografía absorbió de pronto toda su atención.

Comenzaría con una fotografía de cuerpo entero, apoyado quizá contra una cerca con una cuerda en la mano. Cleo quería plasmar la imperturbable fachada que aquel hombre presentaba al mundo y la intensidad de sentimientos que bullía bajo la superficie. El objetivo se iba a enamorar de aquellos hombros anchos y de sus esbeltas caderas. Después, intentaría atrapar la firmeza de sus ojos, y capturar también el brillo burlón de su mirada.

Mientras cruzaban el apar camiento, Cleo lo miró de reojo para ver cómo afectaba la luz del sol al contorno de su rostro. El sombrero mantenía en la sombra la mayor parte, pero la luz alumbraba su firme barbilla. Justo debajo del labio inferior había una pequeña cicatriz que resaltaba por el contraste con su piel bronceada. Bajo el sombrero, asomaban jirones de pelo castaño. Las cálidas arrugas que rodeaban sus ojos revelaban que aquel hombre había sabido disfrutar de la vida.

—¿Pretende averiguar si me he lavado estas mañana las or ejas? —preguntó de pronto Tom, sin volver siquiera la cabeza.

—No, estoy pensando en cómo voy a fotografiarlo.

Tom se detuvo bruscamente y giró su rostro hacia ella.

—De ningún modo, señorita Griffin.

Cleo retrocedió un paso, sorprendida por la repentina h ostilidad de su expresión, pero no se amilanó:

—Déjeme explicárselo. Pago realmente bien y posiblemente ésta sea una de las mejores cosas que le haya ocurrido a lo largo de su vida. Los modelos que han aparecido en mis calendarios han recibido posteriormen te todo tipo de ofertas: desde la posibilidad de participar en una película, hasta ofertas de matrimonio.

—No tengo ninguna gana de participar en una película, y mucho menos de volver a casarme. En cuanto al dinero, estoy seguro de

que no tiene el suficien te para convencerme de que termine convertido en un póster.

—Mis calendarios no están destinados a convertirse en pósters. Fotografío en blanco y negro y, aunque los calendarios son muy comerciales, los considero una obra de arte, una celebración de la bel leza del cuerpo del hombre y del trabajo. Tom suavizó su mirada y su tono de voz. —Mire, por aquí hay cientos de hombres que estarán encantados de posar para usted. Pero yo no estoy en venta.

A medida que iba viendo todos los matices de su expresión, Cleo iba convenciéndose de que aquel hombre sería uno de los mejores modelos que había fotografiado en su vida. La dureza y la compasión no iban juntas demasiado a menudo y su instinto le decía que, si conseguía retratarlas, conseguiría algo que merecería la admiración de todo el mundo… incluido su padre.

Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo. —No creo que lo comprenda. Las cifras de venta de mis calendarios son astronómicas y el que estoy preparando ahora, Hombres de Montana promete ser el mayor de mis éxitos. Quiero ponerle a usted en portada. Eso cambiará literalmente su vida.

—Gracias, pero me gusta mi vida tal y como es. Ahora creo que ya es hora de que nos vayamos —continuó caminando—. Tengo algo que hacer antes de llevarla' al rancho, donde me espe ra un montón de papeleo.

Lo del papeleo no parecía exactamente el tipo de trabajo que cabría esperar en un rancho. Cleo lo alcanzó para interpelarlo abiertamente.

—Todavía no me ha dicho su nombre.

—McBride. Tom McBride.

Así que era el propietario de Susur ros del Viento. Eso explicaría el carácter que reflejaba su rostro, el aplomo que revelaban sus facciones. Ponerlo en la portada del calendario iba a ser más importante de lo que hasta entonces pensaba.

—Me sorprende que el propietario del rancho sea el en cargado de ir a recoger a los huéspedes al aeropuerto.

—El tipo que normalmente se encarga de ello ha tenido que marcharse para atender un problema familiar, y, en cualquier caso, tenía que venir a Bozeman a hacer un recado. Tendremos que hacer

un pequeño desvío antes de ir al rancho.

—Estupendo —entre otras cosas, porque todavía le producía cierta desgana abandonar la civilización. Durante el viaje en avión, había estado pensando en cuánto dependía de las comodidades de la ciudad para seguir con sus erráti cas comidas y sus hábitos de sueño. En Susurros del Viento, probablemente esperaban que se levantara al amanecer si quería desayunar.

Considerando que Tom no era la persona que normalmente iba a buscar a los huéspedes al aeropuerto, la historia que le habí a contado para justificar el cartel con el que lo había encontrado debía de ser cierta. Quizá escribir el mensaje en el pecho de Loni Anderson no había sido un gesto machista, después de todo. Pero no debía olvidar que había añadido que el rancho estaba diri gido por vaqueros auténticos con toda intencionalidad.

Mientras se acercaba a la puerta de la camioneta, Cleo observó que el vehículo tenía tal cantidad de barro que era prácticamente imposible distinguir su color. Y estaba convencida de que una person a tenía que haber pasado a propósito por cada charco que encontrara para dejar una carrocería en ese estado.

Después de supervisar la camioneta, los rasgados vaqueros de Tom y su viejo sombrero, llegó a una conclusión:

—¿Sabes lo que pienso, Tom? Tom, que estaba abriendo la puerta en ese momento, se detuvo y la miró. —No tengo la menor idea. —Pues creo que estás mostrando una actitud bastante infantil.

En los labios de Tom volvió a aparecer una sonrisa.

—¿Usted cree?

Cleo se acercó a la camioneta y le pasó a Tom la maleta para que la colocara en la parte de atrás. En el proceso, lo miró directamente a los ojos y sonrió.

—La cuestión es que yo soy una chica de Nueva York, hace tiempo que soy capaz de enfrentarme a todo tipo de situaciones y no estoy dispuesta a dejar que nadie me trate como si fuera una estúpida —se interrumpió y arrugó la nariz al sentir el desagradable olor que se extendía por la cabina de la camioneta—. ¿Qué es eso?

Tom parecía estar haciendo un serio esfuerzo para no echarse a reír.

—Eso e s una estupidez, señora.

Cleo se asomó a la cabina y se fijó en la bolsa que había en el

salpicadero.

—¿Esto tiene algo que ver con tu sentido del humor?

—No señora —era evidente que estaba conteniendo la risa—. Eso es una muestra que tengo que llevar al l aboratorio para saber si las vacas tienen parásitos. Ésa es la tarea que tengo que hacer.

—No me lo creo. Has planeado esto para ver cómo reacciono.

—Le demostraré que no miento yendo directamente al laboratorio y dejando allí esta bolsa.

—Eso no demuestra nada. ¿Por qué has decidido meter la bolsa en la cabina, en vez de llevarla en el remolque?

—A mí no me molesta llevarla en la cabina.

—Ya entiendo —así que realmente estaba poniéndola a prueba —. ¿Y si yo soy capaz de ir en la cabina con esta bolsa apesto sa hasta que lleguemos al laboratorio, aceptarás ser portada de mi calendario?

—No.

—Entonces no necesito hacer el sacrificio — tomó la bolsa y agarrándola con dos dedos, la dejó en el remolque. Después se sentó en el asiento de pasajeros—. Llevaré la moch ila y la maleta conmigo.

—Va a ir muy incómoda.

—Lo prefiero a correr el riesgo de que mis cosas terminen reventando su bolsa.

—A mí tampoco me gustaría.

—Estoy segura.

—Estoy hablando en serio —insistió Tom—.

Necesito llevar esa muestra al laboratorio —añ adió mientras metía la maleta de la fotógrafa en la cabina.

Mientras se la colocaba en las rodillas, Cleo apreció la fragancia boscosa de su loción.

—Me. sorprende que no te hayas echado parte del contenido de la bolsa encima, para incrementar el efecto.

Tom le pasó la mochila.

—Eso habría sido llevar las cosas un poco lejos.

—¿De modo que tienes ciertos límites a la hora de burlarte de los novatos?

—Para ser sincero, normalmente no nos burlamos de ellos, a menos que pidan específicamente conocer a auténtic os vaqueros —

cerró la puerta.

—¡Pero mi secretaria tenía que pedirlos! —le explicó—. De otra forma, podría haber terminado en algún lugar turístico, lleno de vaqueros falsos. Yo quería algo real.

—Bueno, supongo que eso es lo que encontrará en Susurros del Viento —contestó, arrastrando exageradamente la voz.

No si no podía tenerlo a él, se dijo Cleo. Pero ella siempre conseguía al hombre que buscaba.

Iban tan apretados en la cabina que Tom rozaba la rodilla de Cleo cada vez que cambiaba de marcha. A ella no parecía preocuparle en absoluto, pero a Tom comenzaba a ponerle nervioso aquel contacto porque, por mucho que intentara evitarlo, se sentía atraído hacia ella.

De hecho, cada vez era mayor la evidencia de que encontraba algo especial en las mujeres urbañas, posiblemente porque eran muy diferentes a las que se encontraban en un ambiente rural. Le bastaba con recordar la fascinación que había sentido desde el primer momento por Deidre.

A petición de Cleo, tras dejar la muestra en el laboratorio, pararon a comprar unas hamburguesas. Por la rapidez con la que Cleo dio cuenta de la suya, Tom dedujo que no había comido demasiado durante el vuelo.

Siempre se había sentido estúpidamente impresionado por las mujeres bonitas, y no podía evitar disfrutar observando a Cleo hacer algo tan simple como desenvolver la hamburguesa y darle un mordisco con aquellos dientes increíblemente blancos. Tenía una boca llena y generosa, una boca tentadora, que invitaba a ser acariciada.

Cleo sacó una servilleta de papel de bolsillo y se limpió un resto de tomate de la comisura de los labios.

—Necesito pedir ciertos privilegios en la cocina —dijo.

—¿Privilegios en la cocina? ¿Piensa cocinar cuando esté en el rancho?

—No cocinar, exactamente, pero me gusta comer a horas un tanto extrañ as. Supongo que podría decirse que me gusta picotear. Y estaba preguntándome si podrían permitirme que fuera de vez en cuando a la cocina a prepararme algo de comer.

Tom pensó inmediatamente que la cocina era el reino de Juanita

en el rancho.

—Lo dudo, per o si consigue caerle bien a nuestra cocinera, es posible que acceda a prepararle algo entre horas.

—Preferiría hacérmelo yo. Si no te importa parar en algún supermercado, ahora me gustaría comprar unas chocolatinas.

Tom giró la camioneta y la dejó en el ap arcamiento de un supermercado. Rápidamente, Cleo comenzó a levantar su mochila.

—No se moleste, yo le traeré lo que necesite —se ofreció Tom mientras se quitaba el cinturón de seguridad—. Dígame lo que quiere.

—De acuerdo —por vez primera, le ofreció una s onrisa sincera —. Cualquier cosa con chocolate y nueces.

El resultado de la sonrisa de Cleo fue impresionante. Tom olvidó totalmente lo que acababa de decirle.

—Lo siento, ¿puede repetir lo que ha dicho?

—Chocolate y nueces —repitió—. Por cierto, ¿cómo te h as hecho la cicatriz que tienes en la barbilla?

—Un potro me dio una coz hace años, pero no pretendía hacerlo. Sólo estaba asustado.

—Tom, ¿cuánto podría costarme convencerte para que me dejaras fotografiarte?

El efecto de la sonrisa de Cleo se desvaneció al instante.

—Más de lo que puedes imaginarte —contestó Tom, decidiendo que ya había llegado el momento de prescindir de las formalidades. Abrió la puerta de la camioneta y salió—. ¿Cuántas barritas quieres?

—Por lo menos treinta.

—¿Treinta?

—Sí. Déjame da rte algo de diñe…

—Ya lo pagaré yo. Simplemente, no podía imaginarme que quisieras treinta barritas.

—Ya te he dicho que como entre horas.

—A veces me cuesta entender.

Tom se metió en el supermercado y fue directamente al mostrador de los dulces. Tenía q ue admitir que aquella mujer suponía un cambio refrescante comparada con todas las que conocía, incapaces siquiera de admitir que comían dulces y mucho menos de enviar a un hombre a comprarles nada más y nada menos

que treinta barritas de chocolate.

Cuando volvió con la bolsa y se la tendió, Cleo buscó inmediatamente en su interior y sacó una barrita.

—Parece que tenías hambre, ¿eh? —comentó Tom.

Cleo se echó a reír.

—Sí. Es un problema de metabolismo. No duermo mucho, pero necesito comer un montón para man tener mis niveles de energía. Mi padre es igual, así que supongo que lo he heredado de él.

Mientras ella desenvolvía la barrita, Tom volvió a salir a la carretera.

—Yo diría que la culpa de eso la tiene el vivir en Nueva York.

—¿Tú crees? ¿Alguna vez has e stado allí?

—Sí.

—¿Y a qué fuiste?

—Mi ex—esposa tenía un apartamento allí. Supongo que todavía lo tiene.

—Una información fascinante. Ya sé que ésta es una pregunta personal, y no tienes por qué contestarla, pero, ¿te importaría decirme a qué se dedica tu ex—esposa en Nueva York? Es una ciudad más pequeña de lo que la gente imagina. Incluso es posible que la conozca.

—Supongo que sí. Se llama Deidre Antón.

Cleo se irguió en su asiento.

—¿La modelo?

—Sí —Tom casi podía escuchar lo que estaba concluyendo Cle o al oír su respuesta.

—¿Y ésa es la razón por la que no quieres posar para mí?

—Esa es la más importante. No tengo nada personal contra ti, pero ese mundo de la moda me revuelve el estómago. La realidad es disfrazada por medio de kilos y kilos de maquilla je, pero la gente cree que es real lo que está viendo e intenta en vano parecerse a esas modelos.

—Pero en mi calendario no van a salir hombres maquillados. A mí me gusta retratar la personalidad que reflejan los rostros. Si te fotografiara a ti, querría q ue saliera esa cicatriz que tienes en la barbilla, porque es parte de ti y lo que yo quiero…

—Cleo, no lo voy a hacer, así que puedes pasarte todo el día hablando y no conseguirías nada. Te he dicho que Deidre es la

razón principal, pero la otra parte e s que yo soy un hombre que disfruta de su intimidad. No quiero que mi imagen recorra todo el país.

—Pues es una verdadera pena.

—No puedo entender dónde está el problema. Yo soy el primer vaquero que has visto en Montana, pero no seré el último. A Jeeter l e encantará la idea de posar para ti, estoy seguro. Y Stan es un tipo muy guapo. Si José no tiene inconveniente, será otro modelo perfecto, y estoy convencido de que en cuanto le digas lo de las películas, estará loco por posar. Por cierto, ¿eso de las películas es verdad?

—Claro que sí. Tres de los hombres que han salido en mis calendarios, han conseguido pequeños papeles en algunas películas. A uno de ellos hasta le dejaron decir algo.

—Preferiría que me clavaran desnudo en un hormiguero.

—¡Qué idea tan g enial para una fotografía!

—Pero no para un hombre de Montana. En cualquier caso, no creo que tengas ningún problema para conseguir vaqueros. Hay montones de ranchos por aquí y, si lo que quieres hacer es un calendario, sólo necesitas doce, ¿no?

—Bueno, qu isiera poder contar con alguno más, por si surge algún problema con las fotos. No me gustaría tener que volver.

—Sí, supongo que eso te parece terrible — Tom la miró de reojo, y agradeció que se hubiera sonrojado ligeramente al advertir su grosería.

—No pr etendía que sonara de esa forma. Este es un lugar muy hermoso —miró por la ventanilla, como si quisiera demostrar lo que estaba diciendo—. Realmente hermoso —dijo, con más convicción aquella vez.

Él permaneció en silencio a continuación, dejando que la vi sta de las montañas hiciera su trabajo. Cada sección de la cordillera tenía algo especial, pero Tom adoraba de forma especial el Cañón de Gallatin, por el que se accedía al Parque Yellowstone.

Aquella parte del estado había podido disfrutar de la lluvia du rante las dos primeras semanas de junio. El agua había teñido las praderas de flores intensamente rojas, azules y amarillas. Tom siempre había pensado que las flores silvestres, de cor ta vida y extrema delicadeza, hacían un hermoso contraste con la solid ez de

las montañas.

Cleo musitó algo y continuó mirando por la ventanilla.

—No te he oído —le advirtió Tom.

—Debería haber comprado un formato amplio —contestó Cleo.

—Desde luego, Yo jamás viajo sin uno. ¿Se puede saber que es un formato amplio?

Cleo conti nuaba ensimismada con el paisaje.

—Se usa una película más ancha y hace falta un trípode, así que no puedes dejarte llevar por la espontaneidad. Para el calendario trabajo con películas de treinta y cinco milímetros, pero para un paisaje como éste, un form ato amplio es más adecuado.

—Parece que te gusta la vista.

—Desde luego. Nunca había visto nada parecido, salvo en fotografías, por supuesto. Es una pena que esté tan lejos de todo.

Tom sonrió para sí. Era evidente que para Cleo Nueva York era el centro de l universo.

—No está tan lejos —dijo secamente—. De hecho, está exactamente en frente de mi casa.

—Bueno, sí, pero… Oh, Dios mío. Para inmediatamente.

Tom frenó bruscamente mientras ella se quitaba el cinturón de seguridad y salía corriendo de la camione ta.

—¿Te has mareado? Apuesto a que ha sido por culpa de esa barrita.

—Estoy estupendamente —estuvo a punto de caerse al suelo al saltar de la camioneta—. ¡Ven y mira!

Impulsado por la curiosidad, Tom comprobó que no se avecinaba ningún coche y salió tras ella.

—Allí —exclamó Cleo mirando hacia el cielo.

Tom alzó la mirada, entrecerrando ligeramente los ojos. El enorme pájaro que se deslizaba sobre sus cabezas era inconfundible. La cabeza y la cola blancas resplandecían bajo el sol. A Tom se le henchía el c orazón cada vez que veía uno de esos ejemplares.

—Es un águila calva, ¿verdad? —preguntó Cleo en un susurro.

—Sí —y justo entonces apareció otra, probablemente la hembra de la pareja. Tom posó la mano en el hombro de Cleo y comentó—: Ése es el macho.

Cleo se aferró a su brazo.

—Oh, Tom, son magníficas.

La emoción que se reflejaba en su voz hizo que Tom se volviera hacia ella, descubriendo al hacerlo lágrimas en sus ojos. La visión de las águilas la había conmovido de una forma que él comprendía muy bien. Y aquella debía de ser la primera vez que Cleo las veía. A Tom le gustaba haber sido testigo de aquel momento. Del mismo modo que le gustaba que le agarrara el brazo como lo estaba haciendo.

—Bueno —Cleo se separó de él en cuanto las águilas desaparecieron d e su vista—. Gracias. Antes sólo las había visto en el zoológico.

—No es lo mismo.

—No, no es lo mismo —afirmó Cleo con una tímida sonrisa.

Y en ese preciso instante, Tom tuvo el presentimiento de que aquella mujer iba a llegar a ser para él mucho más qu e un huésped. Sí, era cierto que no tenía ningún interés en el matrimonio, pero eso no significaba que hubiera renunciado para siempre a las mujeres.

Hasta entonces, había procurado no relacionarse con ninguna de las que se habían alojado en el rancho, per o quizá hubiera llegado el momento de hacer una excepción.

3

Cleo pensaba que su decisión de crear un calendario presentando a los vaqueros de Montana había sido una pura estrategia de ventas, pero a medida que iba dejándose envolver por aquel paisaje espe ctacular, iban haciéndose más presentes las fantasías de su infancia. Hasta ese momento, prácticamente había olvidado el que había sido su juego favorito durante la niñez: se imaginaba como una vaquera, viviendo en un rancho y rodeada de montañas. Mientras Tom continuaba conduciendo hacia Susurros del Viento, iban extendiéndose ante ella las montañas, las praderas y las escarpadas riberas que durante la infancia habían poblado su imaginación.

—¿Por qué hay tan poco tráfico? —preguntó al cabo de un rato.

—És te es el tráfico que hay normalmente.

—Pero la carretera está prácticamente vacía.

—Si tomas ochocientas mil personas y las extiendes a lo largo de un estado del tamaño de Montana no creo consigas tener mucho tráfico.

—¿Esa es la población de Montana? Pero si Nueva York tiene…

—Cerca de diez veces la población de Montana. Soy perfectamente consciente de ello. Me sentía como un toro atrapado en un corral de rodeo cada vez que iba a allí. Gracias a Dios, ahora ya no tengo que ir.

—¿Estás bromeando? Nueva Yo rk es fantástico. Mires donde mires encuentras algo interesante que ver.

—No si lo que a ti te gusta mirar es esto.

Eso tenía que admitirlo, se dijo Cleo. Era imposible encontrar nada parecido a aquel paisaje en Manhattan, pero también era cierto que ella no había conseguido su prestigio fotografiando

paisajes hermosos. Observó el perfil del hombre que iba a su lado. Le encantaría capturar la expresión decidida de su barbilla, la curva de su oreja y las agresivas líneas de su nariz.

Y la cámara estaba prep arada. Lentamente, abrió la cremallera de la funda y sacó la cámara todo lo sigilosamente que pudo.

—No —Tom no se había movido ni un milímetro, pero al parecer conocía las pretensiones de Cleo.

—¿Y si no utilizara ninguna de estas fotos para el calendario y sólo las quisiera para divertirme?

—Olvídalo. He pasado cinco años casado con una modelo, y conozco a los fotógrafos. Rara vez hacen una foto por simple entretenimiento.

Cleo tenía que admitir que era verdad. Aunque disfrutaba de su trabajo, nunca derro chaba tiempo o material por el simple placer de hacer una fotografía.

—De acuerdo, no era sólo para entretenerme. Pero he pensado que quizá al ver mi trabajo podrías cambiar de opinión y decidirte a posar para el calendario.

—Lo siento, pero tendrás que en contrar a alguien con un ego superior al mío si quieres tener éxito con una argumentación de ese tipo. Yo sólo me miro al espejo cuando me afeito y para no cortarme el cuello.

A Cleo se le ocurrió inmediatamente una idea para una fotografía: Tom, sin camis a pero con sombrero, blandiendo una navaja de afeitar mientras permanecía en frente de un lavabo. Le encantaría verlo con el pecho desnudo. Por el cuello de la camisa, se adivinaba una mata de pelo cubriendo su pecho. Maldita fuera, quería que aquel hombre posara para ella.

—Bueno, ya estamos —dijo Tom mientras abandonaba la carretera principal—. Bienvenida a Susurros del Viento.

Frenó frente a una puerta de metal y salió a abrirla. A ambos de la puerta había dos enormes postes de madera y una alambrada que se extendía en la distancia. Colgaba de uno de los postes una señal de madera con el nombre del rancho.

Tom volvió a subir a la camioneta, atravesó la puerta y bajó de nuevo a cerrarla, dándole a Cleo tiempo suficiente para contemplar el paisaje. La carre tera giraba hacia una enorme pradera bordeada de álamos. Más allá de la pradera, el terreno comenzaba a inclinarse

hacia arriba, elevándose poco a poco hasta las montañas.

Habría sido una magnífica postal. Si hubiera fotografiado aquella escena, en medio d e la lámina habría aparecido el rancho, recortado contra los árboles. Un rancho que le recordaba extraordinariamente a la casa con la que ella había soñado cuando era niña. Los corrales y el establo ocupaban la parte derecha de la pradera y había unas cabanas de madera a la izquierda.

Apareció entre los árboles un grupo de jinetes y se dirigió hacia los corrales. Casi parecía que estuvieran esperando la llegada de Cleo.

—Esto es exactamente lo que estaba buscando —dijo Cleo cuando Tom volvió a montar en la camioneta—. No te importará que aparezcan diferentes partes del rancho en el calendario, ¿verdad?

—En absoluto, mientras no aparezcan partes de mí… —le sostuvo la mirada—. Y no creas que no soy capaz de escuchar el zoom de un objetivo. Hazme una foto sin que yo te haya dado permiso, y te llevaré a los tribunales.

Cleo se sintió profundamente ofendida.

—Jamás se me ocurriría. Eso va contra toda ética profesional.

Aquella respuesta fue correspondida con una carcajada burlona.

—Cuando me casé con Deidre, lo s reporteros nos siguieron unas cuantas veces. Así que no me eches sermones sobre la ética de los fotógrafos.

—El hecho de que no te haya gustado estar casado con una modelo famosa no te da derecho a mantener esos prejuicios contra los fotógrafos en genera l —contestó Cleo ofendida.

—Claro que me da derecho. Y lo aprendí de la forma más dura.

—Pues, para tu información, yo siempre consigo permiso de mis modelos antes de utilizar las fotografías. Y también lo hacen todos los fotógrafos que conozco.

—Estupend o. Y puedes estar segura de que yo no te lo daré.

—No me había encontrado con alguien que tuviera tanta fobia a las fotografías en mi vida.

Tom no respondió.

Y Cleo suspiró. Si fuera sensata, habría renunciado ya a fotografiarlo, pero sabía que no estaría satisfecha hasta que consiguiera ver plasmado en el papel el calendario que ya había

imaginado. Quizá pudiera encontrar otro vaquero que proyectara la imagen que estaba buscando, pero también era posible que eso no ocurriera. Tom era un ejemplar extraño, y Cleo había fotografiado a suficientes hombres para darse cuenta.

Tom detuvo la camioneta mientras los jinetes cruzaban la pista frente a ellos.

El primero de los jinetes, un vaquero larguirucho al que Cleo le calculó unos veinticinco años, cambió de direc ción y se dirigió hacia la camioneta.

—¡Llevadlos al corral! —les gritó a sus compañeros, un hombre, una mujer y dos chicos—. Ahora mismo voy hacia allá.

Tom bajó la ventanilla mientras el vaquero se acercaba.

—¿Cómo van las cosas, Jeeter?

—He visto un pum a cerca del arroyo. Parece muy grande, podría acabar con un ternero de un solo mordisco.

—¿Un puma? —gimió Cleo.

Jeeter inclinó la cabeza para mirar dentro de la cabina de la camioneta.

—Sí, un puma, señora.

—Jeeter Neff, te presento a Cleo Griffin, nuestr a fotógrafa de Nueva York —los presentó Tom.

—Encantado de conocerla —respondió Jeeter—. Escucha, Tom, alguien debería intentar cazar a ese bicho antes de que ocurra algo.

Tom apoyó los brazos en el volante y frunció el ceño.

—Eso es lo que habría hecho tu padre —añadió Jeeter.

—Lo sé, pero entonces había muchos más pumas. De todas maneras, pensábamos llevar la manada a otros pastos el mes que viene. Podemos adelantar el cambio y evitarle riesgos al ganado. —Tú eres el jefe.

—Tendremos que reunir a algunos hombres que tengan experiencia conduciendo ganado — Tom se volvió hacia Cleo—. Quizá te apetezca ir con ellos y sacarle alguna foto al puma si aparece. Cleo no tenía ninguna gana de verse cara a cara con un animal salvaje, pero la imagen de la conducción del ganado podía ser un fondo espectacular para el calendario.

—Parece interesante —dijo mientras medía a Jeeter con la mirada. No tenía un rostro tan duro como el de Tom, pero tenía una cara bonita, adornada con un mostacho capaz de estimular la

fantasía d e cualquier mujer—. Estoy haciendo un calendario llamado Hombres de Montana y he venido con intención de fotografiar vaqueros para que aparezcan en él. ¿Estarías interesado en posar para mí?

—¿No está bromeando? —preguntó Jeeter, echándose el sombrer.o hac ia atrás—. ¿Quiere decir que voy a convertirme en el Hombre Noviembre o algo así.

Cleo soltó una carcajada.

—No puedo garantizarte que sea ése tu mes, pero sí, es algo así.

—¿Y tendré que desnudarme? No quiero decir que no esté dispuesto a hacerlo, pero me gustaría saberlo de antemano.

—Como mucho, tendrás que quitarte la camisa. Unos pantalones vaqueros pueden servir para realzar el atractivo sexual.

—Sí, señora —Jeeter sonrió—. Sólo tiene que decirme dónde y cuándo —miró a Tom—. Siempre y cuando Tom esté d e acuerdo, y no tenga que hacerlo dentro de mi horario de trabajo.

—Estoy seguro de que encontrarás algún momento para hacerlo —contestó Tom secamente.

—¿Y tú también vas a posar, Tom? Yo creía que tú…

—No.

Jeeter miró a su jefe y se volvió después hacia Cleo.

—¿Y esto no cuesta nada? ¿No tengo que pagar, ni nada parecido?

—De hecho, soy yo la que te va a pagar a ti — le explicó Cleo.

—Esto es increíble. Voy a terminar colgado en la pared de alguien y encima me van a pagar por ese privilegio. Bueno, será mejor que vaya a controlar lo que están haciendo con los caballos —se llevó la mano al sombrero—. Avíseme cuando quiera contar conmigo —y se alejó galopando.

—Parece que ya le has hecho picar el anzuelo —comentó Tom mientras levantaba el pie del freno.

—Od io decírtelo, pero ésa es la reacción que normalmente consigo. De hecho, creo que eres el único hombre que se ha negado a posar para mí.

—Y pretendo seguir conservando esa distinción.

—¿No te parece que estás siendo un poco cabezota? ¿Que tienes algunos pr ejuicios, podríamos decir?

—No vas a convencerme, así que te sugiero que cambies de

tema, Cleo, o no nos vamos a llevar bien mientras estés aquí. —Estás siendo ridículo.

—Perdóname, pero estoy en mi rancho, así que seré exactamente como me apetezca. —Es de cir, un hombre difícil. —Prefiero considerarme un hombre capaz de pensar con independencia. Bueno, ya hemos llegado —aparcó la camioneta al lado de una adorable cabana de madera que estaba un poco más apartada que las otras cinco. En los escalones de la entrada, habían colocado macetas con tulipanes amarillos y capullos de narcisos.

—De momento tengo que reconocer que las cabanas son encantadoras —señaló Cleo. Tom se volvió hacia ella antes de salir. —Yo también puedo ser encantador si nadie amenaza con pon erme una cámara delante.

Cleo advirtió la firmeza de su mirada y decidió dar marcha atrás durante algún tiempo.

—Entendido —contestó. Todavía tenía dos semanas por delante para convencerlo.

Una de las cosas que había aprendido cuando había comenzado a trab ajar como fotógrafa, era que había que tener paciencia. Abrió la puerta de la camioneta.

—En ese caso, estaré encantado en ayudarla a bajar, señora —dijo en un tono del que había desaparecido toda aspereza—. No me gustaría que se cayera y se rompiera ese p recioso cuello.

Cleo lo miró arqueando con expresión interrogante las cejas.

—¿Lo ves? —replicó Tom con una sonrisa—. Puedo llegar a ser encantador.

Desde luego, admitió Cleo, consciente del caos que se había producido en su interior al ver su sonrisa.

—Gr acias. Creo que no me vendría mal que me ayudaras.

Tom bajó de la camioneta y se acercó a la puerta de Cleo. Ésta le pasó la mochila y Tom la dejó en el suelo sin ningún problema. Pero bajar la maleta que Cleo se había colocado entre las piernas, iba a ver más complicaciones. Cleo tuvo que estirar las piernas para que Tom pudiera sacarla. Y mientras agarraba la maleta, este último rozó involuntariamente el interior de sus muslos.

Tom actuaba como si no lo notara, y ella también fingió no advertirlo, pero su cuerpo no estaba tan dispuesto a que algo así pasara desapercibido. Cleo sentía aumentar la temperatura de

algunos lugares muy específicos de su cuerpo, y el pulso se le aceleró de forma peligrosa.

Y había que evitarlo como fuera. En primer lugar, porque quería que Tom apareciera en el calendario. En segundo lugar, porque quería reservarse para el vaquero con el que pretendía casarse durante su estancia en Montana. Y, desde luego, ese vaquero no era Tom. Éste no era un hombre suficientemente dócil para des empeñar el papel que ella había asignado a su futuro esposo.

—¿Está ya lista para bajar, señora, o necesita unos minutos más para analizar la situación?

Cleo volvió la cabeza y lo descubrió observándola con la boca curvada en una sonrisa y los pulgares apo yados en las trabillas del cinturón. Aquella habría sido una fotografía excelente. Deseando con todas sus fuerzas que Tom no fuera capaz de imaginarse que había sido su inesperado contacto el que la había hecho quedarse con la mirada perdida en el vacío, Cleo agarró la cámara y bajó.

Tom la condujo al interior de la cabana, que, por cierto, no estaba cerrada. Cleo no tardaría en aprender que en el rancho nadie se tomaba la molestia de cerrar ninguna puerta con llave.

El interior de la cabana no desmerecía e n nada al exterior. Las paredes de madera proporcionaban un contraste ideal a la madera de pino del mobiliario, consistente en una cama de matrimonio, un escritorio y una mesa. La cama estaba cubierta por un edredón de color turquesa. Los cuadros de las paredes y la alfombra del suelo completaban el mobiliario. Cleo asintió satisfecha. —Es magnífica.

—Esta es mi cabana favorita —comentó Tom—. Y además tienes una piscina de agua caliente en la parte de atrás.

—¿Una piscina de agua caliente? —Cleo frunció el ceño al imaginarse un monstruo de plástico quebrando el rústico encanto del lugar.

—Susurros del Viento está construido en una zona de manantiales de agua caliente —le explicó Tom—. ¿No lo leíste en el folleto?

—No, eso se lo dejé a Bernie. Supongo que se le olvidó comentármelo.

—Vamos, te la enseñaré —Tom dejó la maleta y la mochila en el suelo y salió por la puerta de atrás.

Tras un serio debate consigo misma, Cleo dejó allí la bolsa de la

cámara y lo siguió. No era probable que entrara nadie en la cabana y se llevara la cámara mientras estaba fuera, pero aun así no le gustaba dejarla allí con la puerta abierta. La vida en la gran ciudad la había convertido en una mujer precavida.

Corrió a encontrarse con Tom, que caminaba a grandes zancadas por un estrech o camino que desaparecía entre los árboles. En cuanto llegó allí Cleo, sintió crujir las agujas de los pinos bajo sus pies y su olfato despertó al sentir todas las fragancias del bosque. El viento se filtraba por las ramas de los árboles, provocando delicados susurros que, pensó Cleo, probablemente habían dado el nombre al rancho.

Al cabo de unos minutos, Tom volvió la cabeza.

—Ésta es nuestra piscina privada. A algunas personas les da miedo estar aquí en plena naturaleza, pero los perros avisan en cuanto a parece algo por los alrededores.

—¿Algo como qué?

—Bueno, mofetas, por supuesto, mapaches y venados. Es raro, pero también es posible que aparezca un puma o un alce. Ah, y en una ocasión vimos un oso gris.

—¿Un oso gris? —Cleo miró a su al rededor con el corazón en un puño. Lo que en un primer momento le habían parecido los pacíficos sonidos del bosque acababan de convertirse en algo siniestro. En su imaginación, el crujido de una ramita se transformaba en la pisada de un monstruo—. Yo creía que esos osos sólo se podían ver en Alaska.

—Por aquí también tenemos algunos —contestó Tom con una tranquilidad pasmosa.

—¿Cuándo has visto uno por última vez?

—Hace cinco años aproximadamente —llegaron a un claro del bosque donde había una burbujeante b añera de madera rojiza en la que cabrían cómodamente dos personas—. Y aquí tenemos un pequeño pedazo del paraíso.

—Por lo menos hasta que aparezca el oso — Cleo se adelantó y hundió la mano en el agua. Después de haber pasado el día viajando, no había nada que pudiera apetecerle más que desnudarse y meterse en el agua.

—Los perros te avisarán si aparece algún oso por los alrededores. A no ser que el viento vaya en dirección contraria y no

sean capaces de olerlo.

—¿Estás intentando asustarme? Porque si es e so lo que pretendes, estás haciendo un trabajo condenadamente bueno.

La sonrisa de Tom le dio la respuesta.

—De acuerdo, digamos que estoy exagerando un poco las cosas. Es una mala costumbre que tengo con la gente de la ciudad. Y lo único que de verdad pue do asegurarte es que hay más posibilidades de que te atraquen en Nueva York que de encontrarte con un oso gris en el rancho.

—No me resulta muy consoladora la comparación. Debería ir armada por el rancho.

Tom la miró con expresión pensativa.

—¿Sabes? Ni si quiera me acuerdo de la última vez que tuvimos en el rancho a una mujer soltera como huésped. Y la verdad es que no se me ocurrió pensar que podías pasar miedo estando sola. Quizá deberías trasladarte a la casa principal.

—Preferiría quedarme en la cabana —de la que ya estaba completamente enamorada—. Estoy segura de que las primeras pioneras vivían solas la mayor parte del tiempo.

—Y también lo hacen las mujeres que viven actualmente en los ranchos. Mi madre pasaba mucho tiempo sola cuando mi padre y los t rabajadores salían a los rodeos.

—¿Este rancho era de tus padres?

—Y de tres generaciones anteriores a ellos. Mi madre y mi padre todavía seguirían aquí si mi padre no hubiera enfermado de Alzheimer. Después de mucho luchar, tuvieron que renunciar y trasla darse a Billings, donde está el especialista.

Cinco generaciones de McBride habían vivido en el rancho. No le extrañaba que Tom pareciera pertenecer a aquel lugar. —¿Tienes hermanos?

—Una hermana. Se enamoró de un texano y se marchó a Austin.

La incredulid ad que se reflejaba en su voz hizo sonreír a Cleo.

—En cuanto comenzó a tener hijos, perdió el interés por el rancho, así que yo le compré su parte.

—Y tú adoras Susurros del Viento, ¿verdad?

—Es mi casa —respondió tranquilamente.

El agua caliente del mana ntial corría entre los dedos de Cleo mientras ella recordaba un ensayo que había leído en el colegio

sobre la importancia de un lugar en la vida de una persona. Jamás había entendido lo que quería decir hasta ese momento. Aunque a ella le gustaba la ciudad, no sentía hacia ella el vínculo que, evidentemente, ataba a Tom a aquella tierra.

—Mi tiempo de estancia en este lugar será muy limitado —comenzó a decir, sin ver todavía claro el pensamiento que comenzaba a formarse en su mente—. Tengo trabajo que hacer , pero aun así, mientras esté aquí… y lo consideraría como un favor especial, me gustaría que me mostraras por qué este lugar es tan especial para ti.

Tom la contempló en silencio durante un largo rato.

—Me encantaría —respondió por fin—. ¿Sabes montar?

—Algo —todavía recordaba las clases de hípica que había recibido cuando tenía diez años. Lo mucho que se había esforzado para ganar y la terrible sensación de fracaso que se había apoderado de ella cuando sólo había conseguido quedar en segundo lugar. No h abía vuelto a tocar un caballo desde entonces.

—¿Y crees que podrías aguantar un par de días ayudándonos a trasladar el ganado? Mañana tengo algunos asuntos que atender, pero pasado, estoy pensando en hacer el traslado con un par de hombres del rancho y lo s huéspedes que quieran acompañarme. Tenemos que apartar del peligro a esos becerros.

—Claro —Cleo no había dormido al aire libre en su vida, pero sabía que era algo que a menudo hacían los vaqueros, y estaba allí para capturar la esencia de la vida de esos hombres—. Probablemente se me ocurran algunas ideas para las fotografías del calendario.

—Lo que puedes estar segura que vas a conseguir son unas buenas agujetas si no has montado mucho últimamente. Pero llevaremos también una carreta para gu ardar las mochilas, los sacos de dormir y las provisiones, así que si te cansas, podrás…

—No me cansaré. Tom se frotó la barbilla y la miró. —Esto no es un examen, Cleo. Lamento haberte hecho sentirte como si la gente de la ciudad tuviera que demostrarno s algo. Se supone que has venido aquí para relajarte y pasarlo bien. —Pero no estoy de vacaciones. —Apostaría cualquier cosa a que nunca te has tomado unas vacaciones.

—No. Y estoy convencida de que tú tampoco. —No —sonrió—.

Pero en un paraje como éste, qu izá ambos pudiéramos fingir que estamos de vacaciones.

Dios santo, estaba coqueteando con ella. Cleo se preguntó si con un inocente flirteo, que no comprometiera sus principios, podría conseguir que participara en el proyecto del calendario.

—De acuerdo, f ingiremos que estamos de vacaciones. Pero mañana tengo que trabajar. ¿Puedo pedirte prestado a Jeeter durante un par de horas? —Puedes. No se me ocurriría apartarlo del camino de la fama y la fortuna.

—Si te apetece, puedes venir a verme trabajar. Es posib le que así cambies de opinión.

—Ya he visto muchas sesiones fotográficas, así que difícilmente cambiaré de opinión.

Su tono desafiante afirmó todavía más la determinación de Cleo.

—Eso ya lo veremos.

Tom estaba navegando por aguas desconocidas. Permanecía al lado de la bañera, mirando a Cleo. El sol que se filtraba entre las ramas de los pinos iluminaba el cabello dorado de la fotógrafa y el deseo crecía en su interior con una dulce insistencia. Sabía que no debía permitirse pensamientos de ese tipo con una de sus huéspedes, pero jamás se había encontrado con una como aquélla.

Tal como le había dicho a Cleo, una mujer soltera era algo extraño en el rancho, visitado habitualmente por familias. Años atrás, dos viudas habían tomado la costumbre de acudir al ra ncho todos los veranos, pero aquellas sexagenarias estaban muy lejos de parecerse a una mujer como Cleo. Estando a solas con ella en aquel claro del bosque, Tom tenía que hacer un serio esfuerzo para contenerse y evitar poner fin a la prudente distancia que conservaban en todo momento entre ellos. Con unas pocas palabras bien escogidas y un mínimo aliento, estaría incluso dispuesto a arriesgarse a abrazarla.

Se preguntó qué haría ella en ese caso. Probablemente empujarlo. O quizá no. El interés que había mo strado hacia él podía llevar a pensar que quizá le ofreciera aquellos labios tan sensuales. En cualquier caso, tenía que pensárselo bien antes de actuar. Un comportamientos similar con otra neoyorquina había terminado convirtiéndose en el mayor desengaño a moroso que había sufrido en su vida.

—Será mejor que vaya a encargarme de ese papeleo que te comenté —le dijo—. A no ser que necesites que te ayude a instalarte.

Un brillo de reconocimiento iluminó la mirada de Cleo.

Tom contuvo la respiración, preguntándo se si aceptaría su oferta. Oferta que, una vez hecha, hasta a él mismo comenzaba a parecerle demasiado precipitada.

—No, puedo arreglármelas sola —contestó por fin.

Tom soltó la respiración, advirtiendo asombrado que estaba más desilusionado de lo que espe raba en aquellas circunstancias.

—Entonces me iré.

—De acuerdo. Pero antes dime, ¿dónde se cena?

Tom sonrió. Aquel apetito constante lo divertía.

—A las seis, en la casa. Comemos siempre en familia, en el comedor.

—Y hablando de familias, ¿hay alguna norma que prohiba bañarse desnuda? No quiero poner a nadie en una situación embarazosa.

La tensión volvió a hacer acto de presencia. A no ser que se hubiera equivocado con la fotógrafa, Tom estaba convencido de que quería que supiera que pensaba bañarse desnuda . Y, para desgracia de su ya reblandecido cerebro, no tardó ni una décima de segundo en imaginársela.

—Las familias no suelen usar la piscina —le explicó—. La cabana seis está reservada para parejas, y el uso de la piscina entra en el cont rato. Aunque tal vez te apetezca esperar hasta que oscurezca.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Nos veremos en la cena entonces —se despidió Tom, y comenzó a salir del claro.

—¡Ese no es el camino por el que hemos venido! —gritó Cleo tras él.

Tom se detuvo y se volvió hacia ella.

—No. Pero es el camino más corto para ir a la casa.

—Así que hay dos caminos que conducen al claro, uno que sale de la cabana y otro de la entrada principal.

—Exacto.

—¿Así que usas la piscina cuando no hay nadie en la cabana?

—Sí, a sí es.

—Entonces quizá podamos encontrar un sistema para compartirla.

¡Fuegos del infierno! Aquella mujer prometía ser de armas tomar.

—Quizá. Bueno, te veré en la cena —se llevó la mano al ala del sombrero y se alejó de allí rápidamente antes de correr el riesgo de decir o hacer algo que le impidiera después dar marcha atrás.

Estaba deseando compartir aquella piscina con ella, sí. Pero si decidía morder el anzuelo de las burbujas, se aseguraría por todos los medios de que Cleo no llevara esa maldita cámara colgada al cuello.

4

Una ráfaga de viento empapada de gotas de lluvia acarició el pelo de Cleo mientras ésta se dirigía hacia la casa. Las nubes descansaban sobre las crestas de las montañas y la temperatura había bajado. Incluso una citadina como ella po día predecir que se avecinaba una tormenta, pensó Cleo, lo que probablemente arruinaría su plan de utilizar la piscina aquella noche.

Todavía estaba resentida consigo misma por el papel que había asumido en la conversación con Tom. La negativa de este últi mo a participar en su proyecto le había dolido y se decía que había sido la voluntad de venganza la que la había motivado a declarar su intención de bañarse desnuda. Odiaba pensar que tenía tan pocos escrúpulos como para haber sugerido favores sexuales a cambio de una fotografía. Favores que por supuesto jamás otorgaría. Quería que Tom apareciera en la porta da, pero no estaba dispuesta a sacrificar por ello sus principios.

Un constante y cada vez más cercano martilleo le hizo alzar la mirada hacia el teja do de la casa, y allí descubrió a Tom, arrodillado y clavando unas tablas. No llevaba sombrero y el viento azotaba su pelo. Tras él, se alzaban las montañas cubiertas de.

—¡La sopa ya está lista! —le gritó Cleo.

—Yo cenaré más tarde. Esta gotera le estaba v olviendo loca a Juanita, nuestra cocinera, y he prometido arreglarla antes de que comience la tormenta. No tardaré.

Hasta entonces Cleo no se había dado cuenta de las ganas que tenía de verlo durante la cena.

—¿Qué hace la gente de por aquí para divertirse por la noche?

—Irse a la cama.

Si aquella hubiera sido la respuesta de un neoyorquino, Cleo

habría llegado de inmediato a la conclusión de que era intencionadamente ambigua, aunque Tom probablemente había querido decir exactamente lo que había dicho. Pero al ser una citadina, sexualmente frustrada además, le bastaron aquellas palabras para imaginarse a sí misma en medio de una nube de sábanas, acompañada de cierto ranchero y deleitándose con el sonido de la lluvia.

—Pensaba que quizá hubiera algún sitio en el que dieran clases de baile o algo parecido —repuso.

—Hay un rancho a la altura de la carretera principal en el que hacen todo eso. Podría decirle a Jeeter que te llevara. Pero los hombres de este rancho prefieren pasar tranquilamente la noche.

—é^sí. 9u.ed.ea escuchar a los osos cuando se acercan.

Tom sonrió.

—Exacto. Ahora será mejor que entres en casa. A Juanita no le gusta que la gente llegue tarde a cenar, y sé que te conviene estar a buenas con ella.

Cleo había estado demorando la marcha como si fu era una adolescente revoloteando alrededor de una estrella del pop. Una conducta absolutamente intolerable para una mujer de su edad. Se prometió cambiar de actitud inmediatamente.

—Que sigas martilleando bien —le gritó y se metió en la casa sin arriesgar siquiera otra mirada hacia el tejado. Había otros vaqueros en el rancho, y pronto tendría posibilidad de escoger a aquel que mejor se ajustara a sus deseos.

La entrada de la casa estaba desierta, pero tras una de las puertas se escuchaban los sonidos del c omedor, de manera que Cleo no tuvo ningún problema en encontrarlo.

Y a pesar de la embriaguez producida por los aromas de la comida, le bastó abrir la puerta para que su ojo artístico reparara en que pocas veces había estado en una habitación tan interesan te como aquélla.

Una chimenea de piedra tallada dominaba un ala del comedor y el aroma de la madera y el tabaco de pipa dominaban la atmósfera que allí se respiraba. Pero aquel aspecto más rústico del ambiente estaba suavizado por los cálidos sofás de cuer o, tan mullidos que invitaban a sentarse en ellos nada más verlos. Cleo acarició el brazo del más cercano a ella, disfrutando de su suave textura.

«Sería muy divertido tumbarse en uno de esos sofás con…» Detuvo rápidamente el curso de sus pensamientos. N ecesitaba poner su plan en marcha cuanto antes, porque empezaba a correr el serio peligro de enredarse en una situación muy embarazosa.

Una mujer bajita con un delantal entró en ese momento al comedor.

—¿Vienes a cenar? —preguntó.

—Sí, por favor —contestó Cleo mientras se adentraba en el comedor—. Tú debes de ser Juanita.

—Y tú la fotógrafa.

—Exacto.

Juanita la estudió en silencio.

—Tom me ha dicho que has comprado un montón de barritas dulces —sonaba como una acusación.

«Gracias, Tom», pensó Cleo disgustad a.

—Me gusta comer entre horas, y no quería molestarte.

Juanita la recorrió de pies a cabeza con la mirada.

—Si sigues comiendo esas porquerías en vez de comida saludable, no vas a conservar tu figura durante mucho tiempo.

Cleo intentó disimular una sonris a. Si el tipo de Juanita era una muestra de lo que se podía llegar a conseguir mediante la comida saludable, era preferible alimentarse a base de golosinas.

—Supongo que tienes razón, pero, sinceramente, no quiero molestar a nadie por culpa de mis horarios de comida y Tom me ha dicho que no te gusta que la gente ande merodeando por la cocina cuando no estás en ella.

—Y tiene razón. Si dejo que los huéspedes entren en la cocina cuando quieran, lo único que voy a conseguir son problemas.

—Yo no quiero interfe rir en tu horario de trabajo, y las barritas bastarán para…

—Te propongo un trato.

Cleo la miró sorprendida.

—¿Qué tipo de trato?

—Tengo dos pequeños, Rose y Peter, y están creciendo rápidamente. Mi madre y mi padre están en México y continuamente me est án pidiendo fotografías de ellos, pero a mí no se me da nada bien lo de la cámara. Si me haces unas buenas fotos, podría enviárselas como regalo de Navidad, y a cambio podrás

entrar en la cocina cada vez que te apetezca.

—Normalmente no fotografío a niños —de hecho, ni siquiera sabría por dónde empezar.

Juanita sacudió la mano, como descartando aquella excusa.

—Ya lo sé. Fotografías a hombres. Tengo uno de tus calendarios en mi casa, el de los obreros de la construcción —le guiñó el ojo—. Es muy bueno.

Aq uella era una situación en la que Cleo nunca se había encontrado: era la primera vez que hablaba con una desconocida que había comprado uno de sus calendarios y a la vez que satisfecha, se sintió un poco cohibida.

—Puedes hacer un trabajo estupendo con Ros a y con Peter. Ahora vamos a cenar antes de que todo se enfríe.

Cleo se encogió de hombros y la siguió. Tendría que acordarse de comentarle lo ocurrido a Bernie la próxima vez que hablara con ella. Su amiga se iba a morir de risa cuando se enterara de que la sofisticada Cleo Griffin iba a fotografiar a unos mocosos.

Tom tuvo problemas para dormir aquella noche. Mientras descansaba en la cama, la mayor parte de sus pensamientos consistían en excusas para ir a ver cómo estaba Cleo. La tormenta abatía el ranch o con fuerza suficiente para asustar a una neoyorquina, razonaba, y además no estaba del todo seguro de que en la cabana no hubiera goteras.

Al cabo de un rato, se levantó y se acercó a la ventana del dormitorio. Desde su privilegiado mirador del segundo p iso, podía ver la cabana de Cleo. La fotógrafa todavía tenía la luz encendida. Tom no había dejado ningún cubo en la cabana, así que, en el caso de que hubiera goteras, era muy posible que estuviera intentando encontrar algún recipiente para contener el agua. Además, no había teléfono y en el caso de que hubiera problemas, Cleo podía tener dificultades para encontrar el camino hacia la casa.

Pero la lógica se impuso. Luann, su extremadamente eficiente ama de llaves, habría advertido que había goteras cuando había informado de los problemas en el baño.

Tom regresó a la cama y cerró los ojos, pero estaba demasiado alterado para dormir. Oyó cómo iba amainando la tormenta, y se levantó de nuevo para ver si Cleo había apagado la luz. Pero no, continuaba encendida , lo que le produjo una inquietud que no

sentía desde hacía tiempo.Permanecía semidesnudo, asomado a la ventana, fijando la mirada en la oscuridad e imaginando el miedo que los aullidos de los coyotes podían causarle a alguien que jamás había oído nada parecido. Lo mejor que podía hacer era bajar y asegurarse de que Cleo estaba bien.

Pero no había terminado de vestirse cuando reflexionó sobre lo que estaba haciendo y volvió a desnudarse. Estaba demasiado ansioso y eso podía ser fuente de problemas. Cleo pod ía llegar a convertirse en algo más que una simple aventura y era precisamente una aventura el único tipo de relación que estaba dispuesto a mantener con una mujer. Tiempo atrás, pensaba que una neoyorquina era la mujer ideal para echar una canita al aire, pero la vida le había enseñado a conocerse mejor.

Si aquella misma noche iniciaba algún tipo de relación con Cleo, ésta contaría con dos semanas para meterse bajo su piel. Tiempo más que suficiente para desbaratar su vida por completo. Y si aun así estaba dispuesto a tener algún tipo de relación con ella, lo mejor que podía hacer era medir cuidadosamente sus pasos antes de que se le ocurriera enamorarse o alguna otra locura por el estilo.

Intentó controlarse haciendo ejercicios de respiración y terminó dur miéndose. Pero dormir significaba soñar. Y al amanecer se despertó con una erección que tuvo que dominar con una ducha de agua fría antes de vestirse. Irritado consigo mismo, decidió bajar a desayunar, deseando que su primer pensamiento del día no hubiera sido preguntarse si Cleo estaría ya en el comedor.

Tiempo después, mientras tomaba su segunda taza de café, concluyó que Cleo no iba a aparecer. El resto de los huéspedes había terminado ya de desayunar y Luann y Juanita estaban recogiendo la mesa. Tom hab ía consultado a los huéspedes para saber cuántos querían ir a conducir el ganado. Había cinco personas interesadas: una pareja de jóvenes y un matrimonio con una hija de catorce años.

Tom continuó saboreando lentamente su café. Con la cantidad de trabajo q ue tenía, era absurdo perder el tiempo de aquella manera, pero quería ver a Cleo otra vez, aunque sólo fuera un momento.

Estaba apunto de renunciar e iniciar las tareas del día cuando Cleo entró en el comedor, con el auténtico aspecto de un zombie.

Un zomb ie muy atractivo, pero zombie al fin.

Juanita dejó de limpiar la mesa que acababa de recoger y alzó la mirada.

Tom se preparó para la perorata que iba a llegar a continuación. Para Juanita era un insulto que alguien llegara tarde a la mesa, y para ella no suponía ninguna diferencia que su ofensor fuera uno de los huéspedes o no. Afortunadamente, en Susurros del Viento eran frecuentes los huéspedes que repetían la experiencia y habían aprendido a tomarse con calma los modales dictatoriales de Juanita, entre otras cosas porque cocinaba como los propios ángeles.

Juanita dejó el trapo en la mesa y se acercó a Cleo.

—Tienes aspecto de necesitar una taza de café, querida —agarró a Cleo del brazo y la condujo al lado de Tom—. Siéntate aquí y te traeré el desayuno . ¿Te apetecen unas tostadas? ¿Unos huevos pasados por agua?

Tom se quedó boquiabierto.

—Con un café y unas tostadas bastará, Juanita. Muchas gracias —Cleo se sentó y miró hacia Tom—. ¿Siempre comienzan tan temprano las mañanas en el rancho?

Tom cerró la b oca.

—Generalmente, sí —su libido reparó en los somnolientos ojos de Cleo y se imaginó a sí mismo acercándose a ella y besándola lentamente hasta alejar el sueño.

Juanita entró de nuevo con una humeante taza de café.

—Aquí tienes. Las tostadas ya están en camino.

Tom miró a Juanita sin disimular su asombro, pero ella lo ignoró y corrió de nuevo a la cocina.

—Gracias, Juanita —respondió Cleo. Dio un sorbo de café y cerró los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó Tom.

Cleo abrió los ojos y bebió un nuevo sorbo de café.

—Digamos que mi cerebro comenzará a funcionar de un segundo a otro. Te juro que ha habido un gallo que se ha pasado toda la noche cantando al lado de mi ventana.

—Debía de ser Cogburn. Tiende a cacarear en cuanto sale el sol. Al fin y al cabo ese su trabajo.

—¿Y no podías darle unos días de vacaciones?

—Mmm. Parece que no eres una persona a la que le guste

madrugar.

—No lo parece, no lo soy.

—¿Y qué tal ha ido la noche?

—Digamos que ha sido un tanto ruidosa.

Tom bufó.

—¿Comparada con Nueva York, donde se pasan toda la noche sonando sirenas? Tienes que estar bromeando.

—Pero a esos ruidos estoy acostumbrada. Aquí está todo en silencio y de pronto se oye un aullido. Cesa el aullido y al cabo de un rato se escucha un alarido. Tras unos minutos de silencio , se oye un crujido. Y así toda la noche. Me sentía como si estuviera durmiendo en un banco del zoo.

—Me pregunté si debía acercarme a comprobar cómo estabas.

—¿De verdad? —Cleo lo miró un tanto alarmada.

—Pero entonces he decidido que a una neoyorquina co mo tú no es fácil asustarla.

—No he dicho que estuviera asustada. Sólo despierta.

Juanita entró en ese momento.

—Aquí tienes las tostadas, y un poco de compota de manzana —dejó el plato frente a Cleo y le sirvió más café.

—Tiene un aspecto estupendo. Y el café está sabrosísimo.

—Si quieres más, sólo tienes que llamarme — Juanita le palmeó cariñosamente el hombro.

—Quizá sea una indiscreción preguntarlo, ¿pero se puede saber qué está pasando aquí? — preguntó Tom, que no salía de su asombro.

—Le estoy sirvien do el desayuno a una de las huéspedes. ¿No es para eso para lo que estoy contratada?

—Sí, pero nunca sirves el desayuno a nadie que llegue tarde a la mesa, a no ser que sea por alguna emergencia. Y estás tratando a Cleo como… como si fuera la mismísima C leopatra, por el amor de Dios.

—Esta mujer es una artista —repuso Juanita—. Así que no se puede esperar que se atenga al mismo horario que el resto de nosotros.

Tom desvió la mirada hacia Cleo, que estaba intentando disimular una sonrisa tras la taza de ca fé.

—Ya veo.

—Volveré para servirte otro café dentro de un rato, Cleo —dijo Juanita, y se dirigió hacia la puerta.

—Yo también quiero otra taza de café —le pidió Tom.

Juanita se detuvo.

—Si quieres seguir perdiendo el tiempo —regresó a su lado para llenarl e la taza—. ¿Vas a posar para Cleo?

—No, no voy a posar.

—Sí, supongo que eres un poco viejo para hacer algo así.

Tom se atragantó con el café. Treinta y ocho años no eran tantos. Todavía estaba en la primera etapa de su vida, y jamás se había sentido mejo r, más vivo, más dispuesto a… Bueno, no era ése precisamente el problema. Se aclaró la garganta. —Pues el caso es que Cleo me lo ha pedido. —¿Y se ha negado a hacerlo? —le preguntó Juanita a Cleo.

—De lleno —Cleo ya se había despejado del todo y estaba d isfrutando horrores con la conversación.

—¿Y por qué diablos ha hecho una cosa así? —

Juanita se volvió hacia Tom y lo miró con expresión de incredulidad—. Es posible que no seas el hombre más atractivo del mundo, pero no estás mal para ser un vaquero. Y e stoy segura de que Cleo puede sacarte muy favorecido.

—A pesar de lo halagado que me siento por tu discurso, Juanita, preferiría limpiar el gallinero con un cepillo de dientes a posar para una foto.

—Algunas personas no son capaces de ver la oportunidad de su vida aunque la tengan delante de las narices —replicó Juanita encogiéndose de hombros.

—Supongo que no —contestó Cleo—. Gracias por el desayuno.

—De nada —y Juanita salió de la habitación moviendo pesarosa la cabeza.

—¿Has hechizado a mi cocinera o alg o parecido? —preguntó Tom en cuanto estuvo seguro de que Juanita ya no podía oírlo.

Cleo soltó una carcajada.

—Por lo visto sí. ¿Quieres saber mi secreto?

—Supongo que todo el condado pagaría para saberlo. Juanita es la mejor cocinera de la zona y lo sabe. Para todos siguen siendo un misterio las razones que la han llevado a quedarse en el rancho, pero yo sospecho que es porque le dejo hacer lo que quiere. No cede

ante nadie, y sin embargo, a ti parece bastarte con mover un dedo para que cumpla hasta el más absurdo de tus deseos.

—Mi dedo índice, más exactamente. Juanita quiere que les haga unas fotos a sus hijos —Cleo dio un mordisco a la tostada y murmuró su aprobación.

—Oh —Tom la observó con placer mientras hundía los dientes en el pan y se pasaba la len gua por los labios—. Ahora lo entiendo. Juanita adora a esos niños.

Cleo tragó el trozo de tostada y preguntó:

—¿Dónde está su padre?

—El matrimonio no funcionó, pero ambos son católicos y no admiten la posibilidad del divorcio. Él está participando en el circuito de rodeo y viene una vez al mes a ver a los niños, pero es ella la que los atiende. Ha contratado a una adolescente para que se los cuide cuando ella está en la cocina.

—Parece una situación difícil.

—Lo es.

—De todas formas, Juanita parece una mu jer fuerte. Y, maldita sea, hace un café delicioso.

Tom se preguntaba cuánto tiempo podría continuar allí sin que alguien fuera a buscarlo, compartiendo aquellos primeros minutos de la mañana con Cleo.

—Sí, Juanita es una mujer fuerte. De hecho, más de una vez pensé que iba a darle una paliza a Deidre.

—¿De verdad? ¿Y por qué? ¿Se metió Deidre alguna vez con su forma de cocinar?

—No. Ellas… Bueno, digamos que Juanita no aprobaba la conducta de Deidre —Deidre se había imaginado que Juanita se pondría de su parte en la cuestión del aborto, al ser una mujer que también había tenido que enfrentarse a problemas ocasionados por los hombres, pero se había equivocado de medio a medio.

Cleo miró a Tom por encima del borde de su taza. Éste se imaginaba que querría p reguntarle qué tipo de conducta de su ex—esposa podría haber provocado una reacción así en Juanita, pero se estaba conteniendo. No debería haber sacado aquel tema, se dijo, el sol que se filtraba por las ventanas, el sabor del café y la tranquilidad que reinaba en el comedor creaban un ambiente tan relajante que tenía la impresión de que podía contarle cualquier

cosa a Cleo y que ella lo comprendería. Sin embargo, el aborto de Deidre no era un tema de conversación apropiado para compartirlo con una persona a la que hacía sólo veinticuatro horas que conocía.

Con un suspiro de pesar, se levantó de la mesa.

—Será mejor que me vaya.

—¿Qué tienes que hacer hoy?

A Tom le encantó que alguien, sobre todo siendo Cleo ese alguien, le hiciera aquella pregunta. Él tenía una imagen del matrimonio que jamás había podido hacer realidad con Deidre. No habían convivido el tiempo suficiente para encontrar cierta rutina a su relación, y él había terminado descubriendo que la rutina era algo que le gustaba.

—Esta mañana tenemos que reparar algunos desperfectos en los establos y por la tarde hay que cruzar a una de las yeguas.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de Cleo.

—¿De verdad? ¿Y se trata de uno de esos trabajos de inseminación artificial?

—No, aquí todavía no han llegado esa s rarezas. Y de momento podemos asegurar que el viejo procedimiento continúa siendo bastante bueno —contestó, preguntándose al mismo tiempo si aquella conversación estaría teniendo en ella el mismo efecto que estaba teniendo en él—. Hoy vas a fotografiar a Jeeter, ¿verdad?

—He quedado con él después del almuerzo, probablemente en el establo. Esta mañana voy a dedicarla a localizar paisajes. Me aseguraré de que nos mantengamos alejados de… las labores de crianza.

—Eso no será hasta las dos y media. Uno de nuestros vecinos tiene que traer su semental.

—Amor a primera hora de la tarde.

—Yo no lo llamaría amor exactamente.

—Lujuria entonces.

—Supongo que eso se acerca más a la realidad. A veces compadezco a los pobres animales. Es increíble lo fácil que es man ipularlos a causa de su naturaleza —mientras que él , por su puesto, era mucho más sofisticado. Sí, claro. Y era ésa la razón por la que se estaba imaginando a Cleo completamente desnuda sobre un montón de heno—. Si quieres, puedes pasarte por el corral después de la sesión de fotografía.

—Y si tú quieres, pásate por el establo antes de que empiece la sesión con el semental.

—Ya veremos —fijó la mirada en el plato de Cleo—. Será mejor que comas algo más. No creo que aguantes con unas tostadas hasta la hora del almuerzo.

—¡Olvidas que no tendré por qué hacerlo! — contestó Cleo con una sonrisa triunfal, y con una mutua inclinación de cabeza, se despidieron.

5

Cleo se dejó caer por la cocina varias veces a lo largo de la mañana y en el proceso conoció a Rosa, u na cría de cuatro años y a Peter, de dos. Realmente no tenía ni idea de cómo iba a fotografiar a aquellos dos querubines, pero Juanita estaba tan encantada con la idea que fingió tener más confianza en el proyecto de la que realmente sentía.

Fueron tantas sus visitas a la cocina que no necesitó comer, así que mientras los trabajadores y los huéspedes se dedicaban a almorzar, aprovechó para ir al establo y preparar la cámara. Durante la mañana, se había imaginado que la luz que se filtraba por la puerta sería suficiente para poder prescindir del flash, cosa que prefería. El uso de la luz ambiental era uno de los distintivos de su trabajo del que se sentía orgullosa.

Justo al lado de la puerta, la luz caía tal como ella quería.

Colocó una bala de heno contra u no de los pesebres; todos los cubículos estaban vacíos y no pudo menos que preguntarse dónde estaría la yegua que estaba citada aquella tarde, y si la habrían acicalado de forma especial para el gran momento.

Cleo se moría de curiosidad por presenciar el a contecimiento, pero había oído decir que ese tipo de actividades tenían repercusión en los humanos, y lo último que necesitaba era un efecto de ese tipo.

Tras colocar el heno, comprobó la luminosidad desde diferentes ángulos. Descubrió así a una familia de gatos dentro de una caja de madera y detrás de una carretilla. La manta que la cubría parecía haber sido deliberadamente colocada allí. Al parecer, alguien se había encargado de crear un espacio adecuado para los gatitos, y Cleo se preguntó si Tom sería capaz de ese tipo de sutilezas.

El olor que impregnaba los establos despertaba en Cleo recuerdos agridulces de cuando de niña montaba. En aquella época, había adorado los caballos y había deseado con todas sus fuerzas tener uno propio. Su padre le había dic ho que le compraría el caballo de sus sueños el día que consiguiera el primer premio en uno de los más importantes campeonatos infantiles. Y su padre era un hombre de palabra. Por eso se había quedado sin caballo.

Jeeter llegó a la hora que lo había citado , perfectamente peinado y con lo que Cleo sospechaba era su atuendo de la noche de los sábados: vaqueros nuevos, botas relucientes, camisa a cuadros, chaleco de cuero y un sombrero que parecía recién salido de la caja.

—Señora —la saludó, llevándose la man o al sombrero.

—Pareces preocupado, Jeeter.

—Estoy más nervioso que un toro a punto de pasar por la navaja.

Cleo se imaginaba que estaba haciendo referencia a la práctica de castrar los toros.

—No te preocupes —le dijo—. Esta sesión de fotos tendrá el efec to contrario. Cuando esto termine, te vas a pavonear por el rancho tan orgulloso como un gallo. Muchos de mis modelos me han dicho que posar es muy bueno para su ego —sacó una pequeña libreta de la funda de la cámara—. Antes de que empecemos, necesito conocer un poco tu vida.

—No hay mucho que decir.

—Oh, déjame que lo dude —le hizo las consabidas preguntas sobre edad, lugar de nacimiento, experiencia laborar y aficiones, y con la misma naturalidad, empezó a arrojar las preguntas que había elaborado pensand o en su proyecto de matrimonio.

—¿Tienes novia?

—¿Hace falta saber eso?

—Me gustaría regalarle una copia del calendario.

Jeeter sonrió.

—No sé. Que tenga una foto mía me parece bien, pero no creo que me guste ver a Julia suspirando por los otros tipos dura nte el resto del año.

Así que tenía novia. Cleo no esperaba que Jeeter respondiera al modelo de marido que tenía en mente, y, desde luego no pensaba entrometerse en territorio ajeno.

—Entonces quizá le guste tener una copia enmarcada de la foto que voy a hacerte para el calendario.

—Sería magnífico. Yo se la firmaría y todo eso.

—Claro que sí. Bueno, vamos a empezar.

Jeeter se atusó el bigote y jugueteó con el primer botón de la camisa.

—¿Es así como debía de vestirme? No estaba seguro.

—Estás magnífico — lo miraba directamente a los ojos mientras hablaba—. ¿Nadie te ha dicho nunca que eres la viva imagen de Alan Jackson?

—Un par de veces —parecía ya un poco más relajado, y el brillo de sus ojos había comenzado a intensificarse.

—Empezaremos contigo sentado en esa bala de heno.

—Sí, señora —absolutamente cohibido, se sentó en el borde de la bala, con la camisa abrochada hasta el cuello. Parecía cualquier cosa menos sexy y relajado.

Por la experiencia de Cleo, la mayor parte de los hombres empezaban la sesión de la misma forma. Al fin y al cabo, no eran modelos profesionales. Se tensaban y miraban directamente a la cámara, como si se estuvieran haciendo las fotografías para el carnet de conducir. El trabajo de Cleo consistía en conseguir que se soltaran.

—Eso esta bien —le dijo—. Inclínate un poco hacia atrás. Muy bien —apretó el obturador, sabiendo que aquel disparo no iba servir de nada—. Ahora desabróchate el chaleco.

Jeeter obedeció al instante.

—Tienes un cuerpo magnífico. ¿Sueles hacer ejercicio?

—No. Sól o el relacionado con mi trabajo — movió ligeramente los hombros.

Cleo había descubierto que alabando la musculatura de los hombres se conseguían excelentes resultados para las fotografías. Afortunadamente, nunca había tenido que fingir sus elogios. Adoraba mirar a hombres bien constituidos, tanto por su condición de artista como por la de mujer.

—Sería una pena esconder ese cuerpo. Vamos a hacer unas cuantas fotografías sin chaleco.

—Sí, señora —su voz vibraba con una nueva confianza.

—Y desabróchate los cu atro primeros botones de la camisa —

esperó a que terminara y volviera a mirarla. Entonces, se humedeció lentamente los labios—. Muy bien —dijo manteniendo la voz en un tono íntimamente bajo—. Julia es una mujer muy afortunada.

—Le diré lo que me acaba de d ecir.

—Desde luego —Cleo se acercó un poco más—. Ahora inclínate sobre el codo y apuntala el heno con la bota. Mmm. Me gusta. Me gusta mucho —lo que hacía, y no había un solo hombre que no se rindiera a aquella táctica, era fingir que disfrutaba de la form a en la que aquella pose hacía resaltar el bulto que se insinuaba en los pantalones.

A Jeeter se le había acelerado ya la respiración.

—¿Y qué me dice de la camisa? —preguntó con voz ronca—. ¿También quiere que me la quite?

—Desabróchatela del todo y sácal a del pantalón —murmuró Cleo disparando de nuevo—. Veremos qué tal queda. Oh, sí, me gusta. Es como si estuvieras empezando a desnudarte, como si estu viera a punto de iniciarse la seducción. Inclina un poco las caderas. Qué músculos tan adorables, Jeeter —ronroneó, mientras lo fotografiaba desde diferentes ángulos—. Ahora mírame. Así, perfecto.

Al final, iba a conseguir lo que estaba buscando con el primer carrete. Las pupilas de Jeeter ya estaban suficientemente dilatadas y una ligera capa de sudor cubrí a su pecho desnudo.

—Debes de poner frenética a tu novia, ¿verdad? —susurró—. Estoy segura de que la vuelves loca de deseo. No hace falta que me lo digas. Lo sé. Cualquier mujer que te mirara a los ojos se volvería loca de pasión.

Jeeter entreabrió los lab ios mientras la miraba, excitado y hechizado por el susurrante sonido de su voz. El problema era que la propia Cleo se excitaba en el proceso. No podía evitarlo, pero tenía que controlarlo.

Aun así, tenía que alimentar aquellos sentimientos en Jeeter porqu e eso era lo que las mujeres iban a ver cuando compraran el calendario.

—Eres un amante excelente, ¿verdad, Jeeter? Sabes cómo complacer a una mujer, cómo conseguir que jamás se harte de ti y de ese magnífico cuerpo.

Jeeter gimió suavemente.

—Eso es —dijo Cleo—. Eso es lo que quiero. Dame lo que quiero —disparó varias veces rápidamente, captando la intensidad que emanaba de aquel cuerpo. Llegó al final del carrete satisfecha por los resultados obtenidos. Había sido una sesión perfecta.

Se enderezó lentament e y bajó la cámara.

—Has estado fantástico, Jeeter.

—¿Eso es todo? —preguntó con pasión contenida.

—Sí, eso es todo. Has estado maravilloso —se volvió con intención de ir a buscar el contrato que había guardado en la funda de la cámara y vio a Tom observ ándola apoyado contra el marco de la puerta. En el estado en el que ella se encontraba, la visión de aquel atractivo vaquero era un poderoso afrodisíaco—. Hola —lo saludó un tanto avergonzada.

—Hola —no cambió de posición y tampoco apartó la mirada de ella .

Cleo se dijo que era una buena señal que hubiera sentido suficiente curiosidad como para acercarse a presenciar la sesión.

—¿Llevas allí mucho rato? —le preguntó Cleo mientras se acercaba a buscar el contrato.

—El suficiente.

'—Eh, jefe —exclamó Jeeter—. Ésta es la forma menos trabajosa que he visto en toda mi vida de ganar dinero.

—Me lo imagino, Jeeter.

Cleo era incapaz de adivinar por su expresión o por su tono de voz su estado de humor.

—¿Ya ha empezado… el apareamiento?

—Todavía no.

—Bien —tragó sa liva—. Me gustaría ver cómo se hace.

—De acuerdo.

Cleo se inclinó y guardó la cámara antes de sacar el contrato de uno de los bolsillos laterales.

—No tardaré mucho.

—Tómate todo el tiempo que quieras. No empezarán hasta que no esté yo allí.

—De acuerdo —s e volvió y se acercó de nuevo hacia Jeeter, que estaba ya poniéndose el chaleco—. Aquí está el contrato. Te aconsejo que te lo lleves a casa y lo leas tranquilamente. Y si

quieres consultar con un abogado, me parece estupendo.

Jeeter se alisó el chaleco y tomó el contrato.

—Podría firmarlo ahora mismo.

Tom decidió intervenir en la conversación.

—No firmes ningún contrato hasta que no lo hayas leído. Tienes que saber si estás de acuerdo o no con lo que vas a firmar.

—Puedo leerlo cien veces y no enterarme de nada, jefe. Toda esa palabrería legal me confunde endemoniadamente.

—¿Quieres que lo lea por ti?

—Te estaría muy agradecido —le tendió el contrato—. Dime jefe, ¿me vas a necesitar por aquí durante las dos próximas horas?

—¿Esperamos la llegada de algún ca ballo esta tarde?

—No.

—En ese caso me imagino que no tienes nada especial que hacer. Pero siempre puedo encontrar…

—Te agradecería que me dieras un par de horas libres —Jeeter pretendía parecer imperturbable, pero estaba fracasando estrepitosamente—. Es taba pensando en ir a ver a Julia.

Tom miró a Cleo y volvió a fijar sus ojos en Jeeter.

—Sí, vete.

—Gracias, jefe —jeeter se dirigió a Cleo—. Me enseñará esas fotografías, ¿verdad?

—Claro. Pero todavía tengo que decidir cuál quiero para el calendario.

—No se olvide de reservar una para Julia. Y es posible que mi madre también quiera una.

—Ya hablaremos de eso —Cleo ponía especial cuidado en que no circularan muchas copias. Quería que las fotos del calendario fueran únicas. Pero de vez en cuando hacía alguna excepción.

—Sí, señora —Jeeter se llevó la mano al sombrero—. Ha sido un placer.

En cuanto Jeeter desapareció de su vista, Cleo rió suavemente.

—Definitivamente, Julia es una mujer con suerte.

—¿Y qué ocurriría si no estuviera Julia? —preguntó Tom tranqui lamente.

Cleo alzó la mirada hacia Tom. Sus ojos grises resplandecían de tal forma que activaron todos los sentidos de Cleo.

—Eso sería problema de Jeeter —le dijo—. Y estoy segura de

que encontraría alguna forma de solucionarlo.

—¿Contigo?

Cleo estuvo a p unto de abofetearlo. Afortunadamente, se dio cuenta a tiempo de que Tom no conocía sus códigos éticos. Era consciente de que después de lo que acababa de presenciar, sería absurdo culparlo por imaginar lo que seguiría a aquella abierta seducción en el caso de que se tratara de un modelo soltero y disponible.

—Tengo una norma: jamás me acuesto con uno de mis modelos.

—¿Nunca? —se acercó todavía más a ella.

—Nunca —Dios. Cómo lo deseaba. Allí, en ese preciso instante. Sería capaz de hacer el amor en el suelo del establo, contra aquel montón de heno. En cualquier parte. Pero eso arruinaría su proyecto de portada. Por no hablar de la posibilidad de encontrar marido.

—¿Entonces te dedicas a excitarlos y luego los abandonas? —preguntó con voz baja.

Cleo se encogió de hombros, intentando actuar como si el pulso no estuviera latiéndole a doscientos por hora, como si Tom no estuviera a sólo unos centímetros de ella, excitándola con aquel delicioso aroma, aquella afrodisíaca mezcla de sol, cuero y sudor.

—Es igual que con los actores. También se excitan cuando tienen que rodar determinadas escenas, pero eso no significa que rematen la acción cuando están fuera de las cámaras.

—Algunos lo hacen.

—Bueno, pues yo no. Tengo una reputación intachable, estoy orgullosa de ello y pretendo seguir estándolo.

—¿Y qué me dices de ti?

Cleo tembló ante su acariciante tono de voz.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Cómo te las arreglas para descargar toda esa tensión que inunda tu cuerpo?

—¿Y qué te hace pensar que a mí también me afecta?

—Oh, no l o sé —deslizó la mirada sobre ella—. Quizá sea la electricidad de la que está cargado el ambiente. O quizá esa expresión de tus ojos, que dice que estás pidiendo a gritos que un hombre te ponga las manos encima.

—Creo que te estás dejando llevar por un ego excesivamente

alimentado.

—¿Tú crees? —alzó la mano y le acarició suavemente el labio inferior.

Cleo retrocedió al instante.

—¿Por qué te apartas, Cleo?

—Me has sorprendido.

—Entonces déjame ver cómo reaccionas cuando no te sorprendo —se quitó el sombrero , lo dejó sobre la bala de heno, acortó la escasa distancia que los separaba y le enmarcó el rostro con las manos.

Cleo intentó alejarse, pero aquella caricia era como la lluvia en un campo desierto. La absorbió como si le fuera la vida en ello, y deseaba más, a pesar de ser consciente del error que estaba cometiendo.

—No —susurró mientras Tom inclinaba la cabeza.

—No pasa nada, yo no soy uno de tus modelos.

—No, pero… quiero que lo seas.

—Eso no va a ocurrir, pequeña —y besó sus labios con una delicadeza que rozaba la ternura.

Sin previa advertencia, las restricciones que hasta ese momento Cleo se había impuesto se quebraron y se transformó inmediatamente en sujeto activo, aferrándose a su cabeza y profundizando el beso. Tom reaccionó al instante, hundien do la lengua en su boca.

Y cuando sus bocas se fundieron, la pasión de Cleo se desató de forma salvaje. Competía con él para acariciar, lamer, absorber y devorar lo que ansiaba… lo que ambos deseaban. Tom la estrechó contra él y Cleo gimió ante la plenit ud de aquel contacto. Aquel hombre sabía cómo usar sus manos, cómo humedecer su cuerpo, cómo hacer crecer el deseo hasta convertirlo en algo insoportable.

Antes de que Cleo se hubiera dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, Tom le hizo apoyarse contra la pared y comenzó a bajarle la cremallera de los pantalones. En medio de aquella locura, un rayo de lucidez le hizo comprender a Cleo que pretendía hacer el amor con ella allí mismo, en el establo.

—¡No! —la ronca protesta apenas pudo salir de sus labios—. N o quiero —dijo con voz atragantada.

Tom paró y alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Y un infierno que no quieres.

—No quiero —haciendo acopio de todas sus fuerzas, lo empujó.

Tom se quedó mirándola fijamente.

—Eres una mentirosa, Cleo.

—No estoy mintie ndo. Si ocurre algo entre nosotros, ya no podré utilizarte para la portada de mi calendario.

—Cariño, no me vas a poder utilizar de ninguna manera. Así que es preferible que permitas que nos relajemos.

Cleo alzó la cabeza con expresión desafiante.

—No pien so renunciar. Estoy segura de que habrás posado para mí antes de que me vaya.

—¿Para que puedas tratarme como has tratado al pobre Jeeter?

—Esto es un negocio, Tom, del que todo el mundo obtiene beneficios. Y me gusta mi forma de trabajar.

—Pues bien, no v as a tener oportunidad de trabajar de esta forma conmigo —se volvió con los brazos en jarras—. Arréglate la ropa. Tengo algo que quiero que veas.

Cleo se subió la cremallera y advirtió que también tenía desabrochados un par de botones de la camisa. Estaba tan ofuscada, que ni siquiera se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Todo su cuerpo ardía y palpitaba de deseo, pero no podía dejarse llevar por sus sentimientos. Tenía oportunidad de hacer una foto que podía ser la joya de su carrera.

Mientras te rminaba de componer sus ropas, Tom se puso el sombrero con un gesto de firmeza y recogió el contrato de Jeeter. Lo miró fijamente y silbó con admiración.

—¿Qué pasa? —le preguntó Cleo.

—Veo que pagas bien.

—Por supuesto —contestó, preguntándose si el diner o podría hacerle cambiar de opinión. No tenía idea de cuál era su situación económica, pero una cantidad como aquélla no podía irle mal a nadie—. Y en tu caso, la cantidad es negociable, teniendo en cuenta que tengo previsto sacarte en la portada.

Tom leva ntó la mirada del contrato.

—No lo voy a hacer, Cleo —sonrió—. Y cuanto antes lo aceptes, antes podremos dedicarnos a algo más satisfactorio para los dos.

—No estoy interesada.

—Pues creo que acabamos de demostrar lo interesada que estás.

—Me refiero menta lmente.

Tom soltó una carcajada.

—Hacer el amor no es un trabajo intelectual, sino físico. Apaga tu cerebro durante un rato y disfruta conmigo.

—No puedo —se colgó la cámara al hombro—. Una relación contigo podría echar a perder… algunas cosas —obviament e, no podía decirle que pretendía encontrar un marido en aquel viaje y que una breve aventura no entraba dentro de sus planes—. ¿Nos vamos?

—Claro. Ha llegado la hora de la clase de educación sexual —dobló el contrato y se lo guardó en el bolsillo.

Aquel c omentario, combinado con aquel gesto que hizo volar la mirada de Cleo hasta sus caderas, tuvo un efecto devastador. Se endurecieron sus pezones y en la zona pélvica se extendió un inquietante calor.

—Quizá no sea una buena idea. Tengo que ir a comprobar si ha llegado un encargo que le hice a Bernie y…

—No ha llegado. Me habría enterado en la comida y nadie me ha comentado nada.

—Oh, bien, hablando de comida, me la he perdido por culpa de la sesión de fotografía y la verdad es que tengo apetito.

Tom la mir ó de reojo.

—Desde luego. De hecho, yo diría que estás muerta de hambre.

Cleo se sonrojó violentamente.

—Después de una sesión como la de esta tarde, estoy especialmente vulnerable. Has aparecido y, bueno… digamos que he reaccionado.

—Sí, señora, desde luego que has reaccionado.

—Eso no significa nada.

—Si tú lo dices…

—Ahora, si me perdonas, voy a la cocina a buscar algo de comer.

—No —Tom la agarró del brazo y se dirigió con ella hacia el corral.

—¿Qué estás haciendo? —intentó alejarse, pero la mano de Tom sujetaba su brazo como si fuera una tenaza—. Tom, te he dicho que he cambiado de opinión. Déjame marcharme. No quiero montar una escena.

—Y yo tampoco. Pero después de haberte visto con Jeeter creo que es importante que veas lo que va a pasar en el corral. Quizá así entiendas mejor los motivos por los que no quiero posar para tu calendario.

—¿Mi calendario? ¿Y qué demonios tiene que ver mi calendario con una cópula entre caballos?

—Más de lo que tú te piensas.

—Evidentemente —musitó ella, pero decidi ó continuar después de todo. Si contemplar aquel espectáculo podía mostrarle nuevos datos sobre las cosas que irritaban a Tom, mejor que mejor.

—Bien —Tom parecía haber olvidado que todavía la tenía firmemente sujeta del brazo.

—Ya puedes soltarme, he prom etido no escaparme.

—Es una pena. Habría sido divertido tener que echarte el lazo.

—¿Así que eso lo que haces con las mujeres que no hacen lo que tú quieres? ¿Les echas un lazo al cuello como si estuvieras en un rodeo?

—No, corazón —le dirigió una mirada p eligrosamente sexy—. Eso lo reservo para las que están dispuestas a colaborar.

6

En cuanto Tom llegó al corral en el que aguardaba expectante una yegua parda llamada Suzette, les pidió a José y a Stan que llevaran a Blaze, el semental que estaba en el cor ral adyacente. Un puñado de trabajadores y de huéspedes se habían acercado hasta allí para presenciar el espectáculo.

Cleo apoyó los brazos en los maderos del corral y posó la barbilla entre las manos. Tom la miró pensando que no desencajaba en absoluto. D eidre, sin embargo, siempre parecía estar fuera de lugar en el rancho. Quizá el secreto estuviera en que Cleo no iba maquillada y vestía de forma sencilla. O quizá fuera por la intensidad con la que parecía contemplar la vida del rancho, algo que a Deidre nunca había parecido importarle.

Por supuesto, Cleo tenía un objetivo claro, y en cuanto lo viera cumplido, perdería totalmente su interés. Aun así, le había impresionado lo terca que podía llegar a ser cuando se le metía una idea en la cabeza. No conocía a mucha gente que compartiera con él aquella característica. Pero precisamente esa terquedad podía impedir que ambos disfrutaran de una magnífica aventura, a no ser que Tom decidiera vulnerar la norma que hasta entonces le había impedido mezclar los negocios con el placer. Si la seducía, conseguiría librarse del proyecto del calendario y de todo tipo de discusiones al respecto. Todo lo que necesitaba era crear las circunstancias adecuadas para ello.

Observó un mechón de pelo dorado acariciando la mejilla de Cleo y tuvo que contenerse para no acercarse a apartarlo de su rostro. Aquél no era el mejor momento para poner en marcha su plan. Blaze, un viejo caballo blanco, con demasiados defectos para ser considerado un buen semental, entró trotando en el corral

situado al lado del de Suzette, agarrado por Stan y José.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Cleo—. Se supone que tendrían que dejarlo ir con ella. —No, Blaze tiene que prepararla. —¿Perdón?

—Mira, tenemos que asegurarnos de que Suzette esté dispuesta antes de que la monte Chico, el semental. En caso contrario, si no está interesada, podría morderlo o darle una coz. No podemos arriesgarnos a que le suceda nada a Chico, que vale muchísimo más que Blaze.

—Oh —Cleo volvió a prestar atención a Suzette—. En algunas ocasiones yo también he tenido que utilizar mis pezuñas.

Tom bajó la voz, aunque había pocas posibilidades de que nadie los oyera.

—¿Te estás refiriendo a tu historia reciente?

Cleo contestó sin atreverse a mirarlo.

—No, mi atracción hacia ti es real, y ex tremadamente inconveniente.

O conveniente, desde otro punto de vista, se dijo Tom.

—Me alegro de saberlo. Porque odiaría que me apartaras de tu lado a patadas —observó a Suzette acercarse a la cerca a la que Blaze estaba atado. La yegua alzó la cola y perm itió que Blaze la olisqueara. Buena señal.

—No creo que te echen a patadas muy a menudo.

—No, si puedo evitarlo.

—Blaze parece muy ansioso.

—Oh, y lo está. Muy pronto se hará evidente hasta qué punto.

Blaze se revolvía contra las cuerdas, intentando atrave sar la cerca. Su excitación pronto fue patente para cualquiera que se tomara la molestia de mirar entre sus patas.

—Ah, ya veo a qué te referías —musitó Cleo—. Dios mío…

—Los machos no están hechos para guardar secretos.

—¿Y qué me dices de ella? ¿Cómo s abéis que está preparada?

—Por su mirada.

Cleo volvió la cabeza y descubrió a Tom observándola fijamente.

Tom contuvo la respiración ante el tumulto de emociones que se agolpaba en aquellos ojos azules. Oh, sí, Cleo estaba preparada. Mucho más que preparad a.

—¿Estamos hablando de caballos? —preguntó Cleo.

—Tú sí, ¿no? —un agudo relincho de Blaze lo obligó a prestar atención al corral. Suzzete alzó ligeramente sus cuartos traseros y volvió a relinchar—. Muy bien. Ya estamos listos —alzó la voz—. José, Stan, llevaros a Blaze y traed a Chico. —Ahora mismo, jefe —dijo José. Ayudado por Stan, intentaron apartar a Blaze de la cerca. Blaze se resistía, relinchaba y clavaba sus patas en el suelo, como si quisiera impedir que lo doblegaran las cuerdas.

—Esto es terri ble —musitó Cleo—. Pobre Blaze.

—Esto es un negocio —Tom la miró—. ¿No es eso lo que tú me has dicho a mí?

Cleo se apartó de la verja y lo miró. —Sí estás insinuando que mis sesiones fotográficas se parecen en algo a esta, esta…

—No lo estoy insinuando — replicó Tom bajando la voz—. Lo estoy diciendo abiertamente. Durante el tiempo que he estado observándote trabajar con Jeeter, no podía dejar de pensar en Blaze. No sé si tienes algún novio que se beneficie de todas esas hormonas que flotan a tu alrededor cuando trabajas, pero yo me niego a ser tratado como un semental suplente mientras otro tipo se beneficia de la parte principal del acontecimiento.

—No tengo novio — dijo Cleo, sin apartar la mirada de su rostro.

A pesar de sí mismo, Tom digirió aquella in formación como una buena noticia.

—Entonces a veces debes de sentirte un poco frustrada, querida —a pesar de que tenía toda su atención concentrada en Cleo, era consciente del ritual de seducción que estaba poniendo Chico en funcionamiento. Permanecía aler ta a cualquier señal que pudiera indicar que había problemas, pero hasta el momento, todo parecía estar yendo perfectamente.

—Mis frustraciones no son asunto tuyo —replicó Cleo.

—Pero podría hacer que lo fueran.

—No.

Tom sintió cómo se endurecía su sexo al recordar la lengua de Cleo en el interior de su boca y lo ansiosa que parecía ella por atrapar su beso. El instinto le dijo que los caballos se iban a aparear en cualquier momento.

—Mira hacia allí, Cleo, no quiero que te pierdas nada —la agarró del codo para hacerle volverse hacia el corral justo en el

momento en el que Chico se lanzaba contra Suzette y se hundía en ella. Tom sintió que Cleo se estremecía.

Se preguntó si saldría huyendo ante aquella intensa muestra de sensualidad, y en aquella ocasión dec idió que, si lo hacía, la dejaría marchar. Sin embargo, Cleo no se movió. Continuaba temblando, pero no apartaba la mirada de los caballos.

Tom odiaba tener que dejarla en ese momento. Si pudiera acompañarla después de aquello a la cabana, podrían terminar lo que aquella misma tarde habían comenzado. Pero él era uno de los encargados de aquella tarea de apareamiento.

—Tengo que irme —musitó, apretándole cariñosamente el brazo.

Cleo asintió sin mirarlo.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme —añadió Tom.

Cleo volvió a asentir.

Tom se alejó, deseando que hubiera alguien capaz de asumir sus responsabilidades. Porque estaba convencido de que, si pudiera tomar a Cleo de la mano y llevarla a algún lugar apartado, terminarían haciendo el amor hasta que ambo s estuvieran agotados.

Cleo no estaba segura de cómo había conseguido volver a la cabana. Imágenes de sementales y atractivos vaqueros se cruzaban en su mente mientras se alejaba tambaleante del corral con intención de disfrutar de un mínimo de intimidad p ara poder pensar.

No podía ceder al deseo que sentía por Tom McBride, ¿o sí? Pero en ese caso no podría utilizarlo para el calendario y además estaría poniendo en peligro la posibilidad de conseguir un marido. Sin embargo, mientras abría la puerta de la ca bana y se metía en su refrescante interior, ninguna de esas dos razones le parecía suficientemente fuerte para negarse el placer de estar en los brazos de Tom.

Encontró un paquete en su cama, debían de ser los contactos que Bernie le había enviado el día a nterior. El alivio fluyó por sus venas ante la perspectiva de una labor familiar. La experiencia le había enseñado que seleccionar fotografías para un calendario no le excitaba como las sesiones en las que las hacía. Era un proceso en el que se requería de sapasionamiento, un ojo crítico, y una de las

cosas que le habían hecho llegar tan lejos en su profesión había sido precisamente su capacidad para juzgar fríamente su propio trabajo.

Sin apartase de la cama, abrió el paquete y ojeó sin darle demasiada impo rtancia la nota de Bernie, hasta que llegó al último párrafo, que la dejó completamente paralizada.

Ha llamado tu padre. Está interesado en utilizar el calendario de Hombres de Montana como regalo de Navidad para las compradoras de cosméticos de Sphinx. Le he dicho que tenía que consultarlo contigo. Sinceramente, aunque sería bonito que fuéramos nosotras las que lo presentáramos en público, creo que tu padre está pensando en un gran lanzamiento publicitario. En el fondo, me encantaría que le mandaras a freír espárragos. Ese calendario se va a vender perfectamente sin su ayuda. Por cierto, ¿has encontrado ya un futuro marido?

Cleo se sentó en la cama y releyó aquel párrafo. Cuando había editado su primer calendario, le había pedido a su padre que considerara la posibilidad de utilizarlo como un regalo para sus clientes, lo que le habría proporcionado la publicidad que tanto necesitaba. Le había resultado muy difícil pedírselo, pero mucho más escuchar su negativa.

Y cuando ya había conseguido ganarse su propia fama, su padre estaba deseando ligar el nombre de su empresa con el suyo. Cleo todavía no estaba segura de lo que iba a hacer, pero tenía la absoluta certeza de que aquel calendario iba a ser el mejor que había hecho en toda su vida. Y para ello tenía que conseguir que Tom McBride saliera en la portada.

Cleo evitó encontrarse con Tom durante el resto del día y no fue a la casa principal a la hora de cenar. Además, picotear algo del frigorífico se adecuaba mejor a su modo de alimentación. Se moría de ganas d e darse un baño en la piscina, pero no quería arriesgarse a que apareciera Tom por allí. Si no confiaba en su propia capacidad de control cuando estaba Tom a su lado, aunque estuviera completamente vestida, ¿qué garantías tenía de poder dominarse si la descubría desnuda en una burbujeante bañera?

Así que decidió dedicarse a seleccionar doce fotos del montón que Bernie le había enviado. Aquella tarea absorbió toda su atención y, cuando terminó, descubrió que estaba suficientemente cansada como para irse a la cama. Sería mejor que disfrutara

aquella noche de los lujos de una cama, se dijo, porque al día siguiente iba a tener que dormir al aire libre. Tom estaría allí también, pero habría mucha más gente con ellos, por no hablar de los perros, los caballos y el ganado. Cleo juzgaba la situación suficientemente segura como para impedirle caer en la tentación.

Se deslizó fácilmente hasta un profundo sueño, a pesar de que los aullidos y los cacareos eran los mismos de la noche anterior. Posiblemente, el aire de las montañas y el sol habían ejercido algún efecto mágico durante el día, pues se sentía increíblemente relajada. O quizá, pensó brevemente antes de olvidarse del mundo, empezaba a acostumbrarse a Montana.

A la mañana siguiente, se levantó de un salto, ilusio nada ante la perspectiva de estar viendo constantemente a Tom durante los próximos dos días. Se perdió el desayuno, pues empleó una ridicula cantidad de tiempo decidiendo qué ponerse y qué meter en la mochila. Al final, se decidió por unos vaqueros, una sudadera y el chaleco. Se llevó además ropa interior de recambio, productos de aseo y algunas barritas dulces. Cuando terminó con el equipaje, se puso las gafas de sol y agarró la cazadora de camino hacia la puerta.

El sol había condensado el rocío sobre la hierba, dejando en el aire una esencia que inundó a Cleo de recuerdos de un veraneo muy especial, el que había disfrutado a los catorce años. Normalmente, había pasado las vacaciones de verano alternando clases de baile y de música, pero aquel año, había sido invitada por una amiga del colegio a pasar dos gloriosas semanas en la casa que la familia tenía en Connecticut. A partir de ese momento, Cleo había identificado la fragancia de la hierba con el olor de la libertad.

Al salir vio a los vaqueros reunidos al lado del corral en el que estaban siendo ensillados los caballos. Un perro de pelaje blanco y negro, en el que ya se había fijado el primer día y cuyo nombre era Trixie, trotaba alrededor del grupo, esperando la salida del viaje.

Incluso desde esa dist ancia, Cleo distinguió a Tom entre la multitud. Reconocía ya su forma de andar, la caída de sus hombros y su forma de llevar un sombrero. Cuarenta y ocho horas antes ni siquiera se conocían, y ya había llegado a convertirse para ella en alguien alarmanteme nte familiar. Bueno, eso no tenía por qué ser malo, se dijo mientras se ajustaba la correa de la cámara al hombro

y se dirigía hacia el corral. Cuanto más se familiarizara con él, mejor lo fotografiaría cuando llegara el momento de hacerlo.

Al acercarse, r econoció entre los vaqueros a Jeeter y a José. Estaba de suerte. José era otro firme candidato al calendario y por fin iba a tener posibilidad de averiguar si estaba interesado. Quizá hasta pudiera hacerle algunas fotos durante el viaje. Además, era también un posible marido, se recordó. Con aquello en mente, decidió centrar toda su atención exclusivamente en José, pero sus ojos volaban irremediablemente hacia Tom.

Los aromas y los sonidos del corral le llevaron recuerdos de la tarde anterior, cuando había contemplado al lado del Tom al semental montando a la yegua. Tom debía saber exactamente lo que estaba haciendo al arrastrarla hasta allí después del encuentro que habían tenido en el establo. Pero si sucumbía a sus considerables encantos, ya no tendría la foto de portaba. Y por excitantes que fueran las circunstancias, haría bien en intentar no olvidarlo.

Afortunadamente, durante los dos días siguientes al menos, iban a estar suficientemente acompañados. Miró hacia los cinco huéspedes que habían decidido a yudar al traslado del ganado. Los recordaba vagamente después de la primera comida que habían compartido y por haberse cruza do con ellos en el rancho, pero no había retenido sus nombres.

Sabía que la pareja que parecía más joven llevaba sólo un año casad a y vivía en Massachusetts. La segunda pareja tenía ya una hija de catorce años a la que Tom estaba ayudando en ese momento a ajustar los estribos, mientras sus padres permanecían a su lado ofreciendo consejo con un marcado acento de Boston.

En ese momento , Tom le dio la espalda a sus padres y le guiñó un ojo a la niña.

Ésta le devolvió la sonrisa y Cleo supuso que Tom acababa de ganarse una amiga para toda la vida. A ninguna adolescente le gustaba que sus padres estuvieran rondando continuamente a su alred edor.

—Así están bien, Laura —le dijo a la niña. —Yo creo que deberían estar más cortos —repuso la madre de la niña.

Laura colocó los pies sobre los estribos y asintió su aprobación mirando a Tom.

—En el oeste se monta de forma diferente, mamá —dijo Laura.

—Bueno, en cualquier caso yo quiero más cortos mis estribos.

Tom se volvió para contestar y en ese momento reparó en Cleo. Una expresión de bienvenida iluminó su rostro antes de que volviera a prestar atención a la madre de Laura.

—Los ajustaremos como us ted quiera, señora Preston. José? ¿Quieres preparar el caballo de la señora Preston? Y trae después a Dinamita, para que la monte la señorita Griffin. ¿Dinamita? Cleo tragó saliva.

—Claro, jefe.

Cleo no pudo reprimir un intenso palpito de deseo cuando Tom caminó hacia ella. Era un hombre increíblemente atractivo.

Tom se echó el sombrero hacia atrás con el pulgar y sonrió.

—Así que has venido.

—Dije que vendría. Pero acerca de ese caballo en el que pretendes que monte…

—Admiro a las mujeres que cumplen con su palabra —la miró durante un instante en silencio—. Necesitas un sombrero.

—No tengo. Pero no importa. Escucha, ¿Dinamita es…?

—Todo el mundo lleva sombrero —la agarró del brazo—. Vamos. Veamos si podemos encontrarte uno.

—No me gustan los sombreros — pero lo siguió. Al fin y al cabo, era menos embarazoso que negarse y montar una escena—. Jamás he llevado. —Pero esta vez lo harás. No quiero que te desmayes por culpa del sol, ni que se te queme esa preciosa naricilla.

—Tengo protector solar. Y toneladas de pelo para evitar una insolación. Y mi nariz es del todo menos pequeña.

Tom se echó a reír mientras la instaba a subir los escalones del porche que conducía a la casa.

—Tienes razón. Tienes una de esas narices aristocráticas. Pero perderá su aspecto regi o si se te pone como un tomate.

—Oh, por el amor de Dio, no me trates como si fuera una niña. Ya soy adulta, puedo cuidar de mí misma.

—En Nueva York quizá —Tom le hizo un gesto a Luann, que estaba sacando las cenizas de la chimenea—. Buenos días, Luann.

— Buenos días, Tom —sonrió a Cleo—. Apuesto a que va a conseguirte un sombrero.

—Eso dice él.

Tom se metió en su despacho seguido de Cleo y cerró la puerta.

—Necesitas algo para cubrirte la cabeza, pero antes que nada, necesitas esto —se quitó el sombrero y la besó.

Inmediatamente, las barreras que Cleo había levantado con tanto trabajo, todas las razones que había forjado para no permitir que aquello ocurriera, se derrumbaron. Sabía que debería empujarlo en vez de dedicarse a distinguir el sabor del café en su boca, en vez de respirar la esencia de su loción y el excitante efecto de aquella combinación con el cuero y el sudor.

Tom la sostuvo contra él y alzó la cabeza.

—Buenos días, Cleo.

Ella se esforzó en recuperar rápidamente la respiración.

—Estás intenta ndo causarme problemas, ¿verdad, vaquero?

—Estoy intentando aliviar tus problemas. Has estado evitándome desde ayer, ¿verdad?

—Tenía trabajo que hacer.

Tom deslizó las manos por su espalda y las posó en su trasero.

—Y yo también, pero podría haberte encont rado un hueco en mi horario.

Cleo comenzaba a sentirse como una masa informe derretida por el deseo, pero no quería que Tom supiera hasta qué punto la afectaba. Tomó aire.

—Te estoy reservando para la portada, Tom.

Tom curvó sus labios en una sensual sonri sa.

—Maldita sea, eres una mujer muy cabezota.

«Y tú el hombre más sexy con el que me he encontrado en toda mi vida», pensó ella. Cleo fijó la mirada en aquellos embriagadores ojos grises y agradeció al cielo que Luann se encontrara al otro lado de la puer ta y hubiera al menos otras siete personas esperándolos en el corral. Porque si no hubiera sido así, Tom habría sido capaz de convencerla de que hiciera cualquier cosa en ese mismo instante, incluyendo una sesión de sexo sobre aquella enorme mesa de roble.

—No tenemos tiempo —le advirtió.

—Eso es lo que estaba intentando decirte. La vida es demasiado corta.

—Me refiero a que tenemos que volver al corral.

—Ah.

—Y después de todo esto, será mejor que aparezca con un sombrero.

—Lo del sombrero lo decía complet amente en serio —se separó de ella y se acercó a un perchero en el que había colgados varios sombreros—. Y también todo lo demás, pero lo primero que quiero es cubrirte la cabeza —tomó un sombrero color crema—. Veamos si te sienta bien.

Cleo lo tomó, pero no se lo puso.

—Me lo pondré cuando comience a montar.

—No. Tenemos que asegurarnos antes de que te sienta bien. Y no quiero excusas. Venga, póntelo —le quitó el sombrero, se lo colocó en la cabeza y la observó atentamente para supervisar el resultado. Lentamente, apareció en su rostro una sonrisa.

—¿Qué? —miró a su alrededor, en busca de un espejo, pero no encontró ninguno—. Estoy ridicula, ¿verdad?

—No. Pareces hecha para llevar sombrero.

Quédatelo.

—Eso sí que es completamente ridículo. En cuanto me v aya de aquí no volveré a usarlo —y tampoco volvería a ver a Tom McBride. Aquel pensamiento le produjo una sensación de vacío que inmediatamente decidió ignorar—. Ahora me lo pondré para justificar la escenita que has montado, pero después de esta excursión te lo devolveré.

—Yo no me precipitaría tanto. No es fácil encontrar un sombrero que le siente a uno bien. Algunas personas tienen que probarse más de cien hasta encontrar uno que encaje con su personalidad. Ése es perfecto para ti —se puso su propio somb rero —. Vamos…

Fascinada por su declaración, Cleo corrió tras él.

—¿Y por qué es perfecto?

Tom siguió caminando.

—Enmarca tu belleza, no la cubre. Además, el color es perfecto para tu pelo. Y el tamaño de las alas es ideal. Con esas piernas tan largas, no te habría sentado bien uno con el ala más pequeña — se volvió hacia ella, sin dejar de caminar hacia los corrales—. Es un modelo clásico, pero esa pluma le da un toque muy especial. Como te he dicho, es perfecto.

Un grato calor se extendía por el interior de Cleo mientras escuchaba su evaluación. La rotundidad de sus palabras hacía más impactante todavía aquel cumplido. Si aquella era una estrategia de

seducción, estaba demostrando ser muy hábil. Cleo se había tragado cada una de sus palabras sin advertir en ellas ni una gota de cinismo.

Para cuando llegaron a los corrales, había decidido sin ningún tipo de duda que adoraba aquel sombrero.

7

—Acelera el paso, Dinamita. Estamos rezagándonos otra vez —Cleo se terminó la barrita de chocolate y chasqueó la leng ua, animando a su caballo a avanzar. La verdad era que su retraso era tanto culpa suya como de la yegua.

Mientras continuaba cabalgando por aquella quebrada plagada de flores silvestres, alzó la mirada hacia las montañas cubiertas de nieve que abrazaban un cielo azul cobalto. Volvió la cabeza para observar el rancho, convertido en un dibujo infantil en el que no faltaba ni siquiera un arroyo que el sol transformaba en riachuelo de plata.

El camino continuaba a través de un racimo de álamos de hojas tembloro sas sacudidas por el viento. Entre el bosquecillo de árboles, reposaba la pradera. Un venado que pastaba en ella alzó la cabeza y huyó a esconderse entre los pinos cuando vio que se acercaban. Los pájaros cantaban y remontaban el vuelo a su paso, revistien do de intensos colores la verde floresta. La penetrante fragancia de las coniferas inundaba el ambiente.

Cleo cabalgaba lentamente, dejando que los demás la adelantaran mientras ella iba fotografiando sin cesar.

En cuanto a Dinamita, definitivamente, la ye gua no tenía ninguna prisa. Probablemente el nombre se lo había puesto alguien con un extraordinario sentido del humor. Cleo seguía a Jeeter, que conducía la carreta y a José, que cabalgaba a su altura. Por mucho que estuviera disfrutando de su tranquilo paseo no quería perder al grupo de vista. Sobre todo sabiendo que podía haber pumas por los alrededores.

—Muévete, pequeña —insistió Cleo, clavándole con más fuerzas los talones—. Una cosa es que vayamos las últimas y otra que

terminemos perdiéndonos.

Dinam ita alzó las orejas y aceleró un poco el trote, aunque no mucho.

Delante de ellas, Tom, que se había detenido a hablar con Jeeter, volvió la cabeza. Después, hizo girar a su caballo y retrocedió hasta donde estaba Cleo. Tenía un aspecto imponente montado e n aquel animal, pensó Cleo, admirando cómo se movía su cuerpo al ritmo de su montura. Hasta entonces no se había fijado en lo mucho que se parecía el movimiento de las caderas de un jinete al montar con el del acto sexual.

Para el momento en el que Tom la alcanzó, la mente de Cleo rebosaba de todo tipo de pensamientos sugerentes. La carreta había desaparecido tras una loma, dejándolos en una tentadora intimi dad. Pero Cleo era consciente de que no podía permitir que nada la tentara.

—Parece que no consigo encontrar la espoleta de este caballo.

—No sabía que quisieras participar en un derby —aplacó con las riendas a su caballo, que impaciente comenzaba a hacer cabriolas —. Tranquilo, Red.

—No quiero un caballo como el tuyo, eso esta claro. Pero con esta yegua , por encantadora que sea, me siento como si tuviera que bajarme a empujarla.

—Sabía que no habías montado mucho últimamente, así que la escogí pensando en tu trasero — se interrumpió bruscamente, miró a Cleo y soltó una carcajada—. Vaya, déjame rectificar esa frase.

—No, no te corrijas, sé perfectamente que era eso en lo que estabas pensando, vaquero.

Los ojos de Tom resplandecían.

—De acuerdo, probablemente estaba pensando en ello. Tienes un trasero magnífico, y no me gustaría nada verlo en peligro.

Aquél no era un buen tema, se dijo Cleo mientras sentía cómo reaccionaba su cuerpo a aquella conversación.

—Pues no creo que mi trasero sufriera ningún daño con un poco más de velocidad. ¿Y qué pasará cuando nos encontremos con el ganado? ¿Crees que se asustará ?

—No le pasará nada. En su juventud era una yegua perfecta para conducir ganado, pero ahora está casi retirada. Quería que montaras en un caballo seguro, y Dinamita es la yegua más estable

que tenemos en el rancho.

A Cleo le conmovió que Tom estuviera tan pendiente de su seguridad.

—¿Y quién fue el gracioso que le puso a esta yegua Dinamita?

—Fui yo.

—Supongo que fue una broma.

—No. Un niño no bromea cuando está buscando un nombre para su primer caballo.

—¿Así que éste era tu caballo cuando eras niño? — Cleo se inclinó para examinar el pelo del hocico de Dinamita, ya blanquecino—. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis.

—¡Caramba! Ahora me siento culpable por haber intentado que fuera más rápido. ¿No deberíamos haberla dejado pastando cerca del rancho o algo así.

—No, de vez en cuando le gusta salir y ver un poco de mundo, ¿verdad Dinamita?

La yegua giró las orejas al oír su nombre.

—La vi nacer —continuó explicando Tom—. Cuando mi padre me la regaló, me sentí como si me estuviera regalando el mundo entero. Estab a nerviosísimo. Dinamita era una potranca muy rápida y tenía la costumbre de empezar a correr de repente, cuando nadie se lo esperaba. Por eso la llamé así. Ahora tiene tataranietos en el rancho.

—Guau —Cleo sintió un profundo respeto por la yegua, acompañ ado de una inmensa ternura hacia el vaquero que le había permitido montar a su primer caballo—. Yo todo lo que tuve cuando era niña fue un hámster.

—Me cuesta creer que la gente pueda tener roedores como mascotas. Aquí tenemos gatos para que los cacen.

—Ah , eso lo dices porque no conociste a Squeaky. Era un hámster excepcional. Yo le enseñé algunos trucos —era la única cabeza de ganado de su rancho imaginario, así que se había dedicado por entero a él.

Tom se echó a reír.

—Te creo —la miró—. Puedo imaginarm e perfectamente a esa pequeña rubia entrenando a su hámster.

—Era una buena compañía —Cleo sonrió ante el recuerdo de

aquella peluda criaturita en la que no había vuelto a pensar desde hacía años.

—¿No tienes hermanos?

—No. Así que me ha tocado a mí llevar el estandarte de la familia.

—Lo dices como si hubiera sido una carga muy pesada.

Cleo se encogió de hombros.

—Tú también estás teniendo que hacerlo, ahora que tu hermana ya no está en el rancho.

—Sí —sacudió la cabeza—. Y lo peor de todo ha sido que no c onocí el verdadero panorama del rancho hasta hace un par de años, cuando mi padre me pasó definitivamente la propiedad.

—¿Y no van bien las cosas?

—No muy bien —se interrumpió de pronto y la miró sorprendido—. ¿Cómo diablos hemos terminado hablando de eso?

—Es algo que te preocupa mucho, ¿verdad?

—No —respondió Tom, dirigiéndole una seductora sonrisa—. Realmente no.

Cleo no le creyó. Al parecer Tom era demasiado orgulloso como para revelar la verdadera dimensión de sus preocupaciones.

—Posa para mí —le dijo Cleo—. Tal como Jeeter te dijo, es la forma menos costosa de ganar algún dinero, y además quizá te permita ganar todavía más. Es posible incluso que atraiga más gente al rancho.

—Lo que supondría que tendría que agrandarlo, y me gusta tal como es ahora.

A ella también. No era capaz de imaginarse Susurros del Viento como un gigante turístico.

—De acuerdo, en ese caso olvídalo. Sólo estaba pensando en tu dinero. Te dije que estaba dispuesta a negociar el precio contigo porque estoy verdaderamente interesada en que salgas en la portada del calendario.

—Preferiría que estuvieras interesada en mí.

Oh, y lo estaba, claro que lo estaba. Y llevaban ya demasiado tiempo solos.

—Creo que será mejor que nos reunamos con los demás.

—¿Te doy miedo, Cleo?

—Digamos simplem ente que nuestros objetivos son

irreconciliables.

—Tienes miedo de que sea capaz de persuadirte de que te olvides de esa portada y termines en mi cama.

Todos los sentidos de Cleo se pusieron inmediatamente alerta, listos para la batalla.

—No es la posibili dad de que me persuadas lo que me preocupa.

—Jamás te llevaré a donde no quieras ir —replicó Tom en tono susurrante.

—Entonces creo que será mejor que me lleves con los demás. Y ahora.

—De acuerdo —contestó Tom con un hondo suspiro. Al pasar al lado de un pino, alargó la mano, partió una rama y se la tendió a Cleo—. Dale con esto de vez en cuando a Dinamita y ya verás como corre más.

Cleo rechazó la rama que le ofrecía.

—¿Golpear a una tatarabuela? No soy capaz.

—Pues alguien tendrá que hacerlo. Porque esto y sintiendo la imperiosa necesidad de bajarte de ese caballo y hacer el amor contigo detrás del primer pino que encontremos.

Cleo clavó la mirada en aquellos ojos rebosantes de deseo y el pulso se le aceleró al instante.

—Agárrate, Cleo.

Cleo se agarró a l a silla justo a tiempo. Porque Tom fustigó a la yegua con la rama de pino al mismo tiempo que le daba un grito. La yegua se lanzó a galopar a una velocidad inusitada. Cleo perdió los estribos, pero consiguió volver a colocárselos. Oía los cascos de otro caballo tras ella y supuso que Tom la seguía de cerca.

La velocidad le pareció algo estupendo en cuanto se acostumbró a ella. Por lo menos la había ayudado a superar su frustración sexual. Pero no podía pasarse todo el día galopando mientras estuviera en el rancho y sabía que en cuanto se detuviera, volvería a renacer el inevitable deseo hacia Tom. Necesitaba buscarse más distracciones, quizá le fuera bien concentrarse en José y planear cómo quería que posara para el calendario, al menos durante aquel par de días que iba a pasar al lado de Tom.

Observar a Cleo era una dulce tortura, pensó Tom. La fotógrafa había demostrado ser sorprendentemente buena persiguiendo al

ganado una vez habían localizado a la manada. Cuando Dinamita había sacado a relucir sus quie bros de vaquera experta, Cleo había conseguido permanecer sobre ella. Ni siquiera había perdido el equilibrio mientras tomaba una de sus barritas de chocolate. Él, por su parte, estaba tan pendiente de Cleo que había tenido serios problemas con una de las vacas, para diversión de José.

Éste se acercó a él mientras cruzaban un arroyo.

—Te gusta, ¿eh, jefe?

Tom no se molestó en negarlo.

—Supongo que estoy haciendo el ridículo.

—Realmente no —contestó José, leal hasta el fin—. Aunque no debe de ser difícil hac erlo con una mujer como ésa —contestó mientras guiaba a su caballo a zona seca.

Tom lo siguió y volvió a ponerse a su lado.

—¿Te ha pedido que poses para el calendario?

—Sí —José hizo chasquear su cuerda cuando una vaca intentó salirse de la formación—. ¡E eeh! —le gritó.

—¿Y lo vas a hacer? —Tom se sintió repentinamente incómodo al recordar el indignante coqueteo de Cleo con Jeeter.

—Supongo que sí.

—Será mejor que hables con Jeeter para que te ponga al tanto de cómo trabaja esa mujer.

—Ya lo he hecho —José le guiñó el ojo a su jefe—. Jeeter dice que tiene una forma un tanto especial de preparar al tipo para conseguir la fotografía que busca.

Tom soltó una carcajada un tanto amarga.

—Supongo que ésa es una forma de decirlo.

—Si yo estuviera en tu lugar, tamp oco me gustaría su forma de trabajar. Pero un dólar es un dólar y Jeeter dice que tú nos dejas vía libre.

Tom se bajó ligeramente el sombrero, para cubrir sus ojos.

—Diablos, no me atrevería a poner obstáculos a vuestras futuras carreras cinematográficas. Por lo que me han contado, es posible que en este momento esté cabalgando con el sucesor de Antonio Banderas.

José soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—No pretendo convertirme en una estrella del cine, pero no me importaría ganar algún dinero a cambio de salir en un calendario.

Estoy pensando en comprarme una silla nueva y le he echado el ojo a una realmente bonita, con remaches plateados. Estoy dispuesto a exhibir mis músculos para conseguirla —le dirigió a Tom una sonrisa—. No es que no pagues bien, pero no puedo permitirme esos lujos con el sueldo que gano en Susurros del Viento.

—Por lo que Cleo dice, puedes llegar a hacerte famoso y poner fin a todos tus problemas económicos. Te irás a Hollywood y dejaremos de verte por aquí.

—No soy capaz de dejar este lugar —replicó José—. He trabajado aquí desde que tenía dieciséis años.

—Lo que quiere decir que te has convertido en un esclavo de la rutina.

En cualquier caso, para Tom era un alivio que dos de sus trabajadores pudieran ganarse algún dinero gracias al calendario. Cada vez que miraba las cuentas del rancho, pensaba preocupado en ellos. Trabajaba con un margen tan escaso de beneficios que, si los precios del ganado sufrían alguna bajada, iba a tener que prescindir del trabajo de gente que había llegad o a convertirse en una familia para él. Gracias a Cleo, por lo menos Jeeter y José iban a poder contar con cierto respaldo económico.

—Jeeter me ha comentado que también quiere que poses tú, pero que te has negado —aventuró José.

—Jeeter tiene una boca de masiado grande. Creo que voy a tener que asignarle más trabajo. Al parecer le queda mucho tiempo libre para dedicarse a los cotilleos.

—Eh, Jeeter no lo ha dicho con mala intención. Sólo es un joven que está emocionado ante la perspectiva de llegar a hacer se famoso y cree que es algo que todo el mundo desea.

—Pero tú no.

—No, yo sé exactamente lo que quiero.

Tom lo miró y deseó que fuera un poco más feo. La idea de que Cleo fuera a coquetear con él le resultaba cada vez más incómoda.

—No te preocupes, jefe. A mí lo único que me interesa es cambiar de silla.

Mover al ganado les llevó el resto de la tarde. Cleo disfrutó de cada uno de esos minutos de constante actividad, que de alguna manera, le recordaban al ajetreo de su vida en Manhattan. Pero al final de l a tarde, el ganado llegó a los nuevos pastos, los jinetes

volvieron a cruzar el arroyo y comenzaron a bajar de la montaña. Una hora después, cuando el sol comenzaba a ocultarse detrás de los montes, Tom anunció que había llegado la hora de acampar.

Cleo no se dio cuenta de las agujetas que tenía hasta que desmontó, pero como nadie se quejaba, mantuvo la boca cerrada.

Acamparon en medio de una pradera dividida por un burbujeante arroyo. Un lugar verdaderamente pintoresco, si Cleo hubiera sido capaz de olvida rse de los osos y los pumas que vagaban libremente por las praderas y no le hubiera importado tener que dormir con la única protección de la delgada lona de la tienda.

Mientras Tom desenganchaba a los caballos de la carreta y los llevaba con los demás, los jinetes se reunieron alrededor del fuego que José había encendido. Había encendido además un infiernillo de gas en el que estaba preparando un guiso de carne. Cleo esperaba que los pumas no fueran especialmente aficionados a la carne guisada, pues su aroma se extendía por toda la pradera y la noche iba cayendo a una velocidad que le estaba resultando aterradora. Durante toda la excursión, había considerado a Trixie como un protector sistema de alarma, pero el perro se había dejado caer al lado de la hoguera y parecía estar profundamente dormido.

Se puso la cazadora para protegerse del frío, pero la gelidez que se había instalado en sus huesos no se debía tanto a la bajada de la temperatura como a la oscuridad que se cernía sobre ellos. Jamás había visto un lugar tan oscuro como la linde de aquel bosque. Para colmo de males, empeza ron a extenderse por la pradera jirones de niebla que dificultaban todavía más la visión del entorno.

—¿Alguien tiene una linterna? —preguntó.

—Sí —contestó Jeeter—, hemos traído algunas. ¿Quieres una?

—No, ahora no. Sólo quería saberlo.

—Creo que la luz del fuego es mucho más romántica —dijo Amy, acurrucándose contra su marido.

Cleo habría estado encantada si hubieran podido contar con unos focos con vatios suficientes para ilumin ar un estadio.

—Sí, este sitio es total —dijo Laura—. Es exactamente el tipo de lugar que los extraterrestres escogerían para aterrizar.

—Has visto demasiadas películas —replicó su padre—. ¿Hay algo de beber en la carreta, Jeeter?

—Claro que sí. ¡Que todo el mundo se siente y yo iré llevando lo que me pidan!

Cleo miró los taburetes que habían colocado alrededor del fuego y se imaginó a sí misma desmayándose de dolor al tener que sentarse en uno de ellos. Optó por quedarse de pie. Jeeter fue a preguntarle qu é quería de beber justo en el momento en el que Tom regresaba tras ir a ver cómo se encontraban los caballos. Cuando Tom se materializó en medio de aquella oscuridad, Cleo sintió la necesidad casi incontrolable de correr a protegerse en sus brazos.

—¿Qué t e apetece, Cleo? —le preguntó Jeeter.

Sin dejar de mirar a Tom, y sin pensar, Cleo contestó lo que habría contestado si se encontrara en un restaurante de Nueva York.

—Perrier con una rodajita de limón.

Tom, que estaba ya a su lado, no se molestó en disimu lar una sonrisa.

—Y procura servírselo en cristal de Baccarat. Ya sabes dónde lo guardamos, ¿verdad, Jeeter?

—No, jefe, no estoy seguro —Jeeter parecía completamente desconcertado—. ¿Se trata de algún juego de cartas?

Cleo cayó al momento en su error.

—¿Qu é hay para beber, Jeeter?

—Cerveza y refrescos.

—Entonces tomaré una cerveza, gracias.

—¿Jefe? ¿Quieres algo?

—Sí, claro —se echó el sombrero hacia atrás—. Tráeme una cerveza.

Cleo se volvió hacia Tom en cuanto Jeeter se marchó.

—Un vaquero que sabe apreci ar el mejor cristal. Eres una combinación fascinante.

—Parece que no lo suficiente.

—Soy la hija única de un magnate de los negocios. Poseo una autodisciplina que no eres capaz de imaginarte.

—Un magnate, ¿eh? ¿Y el único animal que pudiste tener fue un há mster?

—Vivíamos en un elegante apartamento neoyorquino.

Tom asintió.

—Conozco ese tipo de viviendas —se interrumpió cuando Jeeter

se acercó con las cervezas y entrechocó su lata con la de Cleo—. ¿Cómo es que no estás sentada con los demás alrededor del fu ego?

—Estoy mejor de pie.

—Vaya, vaya. Así que al final tienes agujetas.

—Quizá.

—Siempre traemos una pomada especial para eso. Te traeré el tubo y puedes alejarte un poco del grupo para echártela —dejó la lata de cerveza sobre una piedra y se dirigió a la carreta.

—Espera. ¿Qué quieres decir con eso de que me aleje del grupo?

Tom la miró extrañado.

—Supongo que no querrás bajarte los pantalones delante de todo el mundo.

—Pero es que fuera de esta zona está todo muy oscuro —para colmo de males, en ese momen to se oyó un aullido en la distancia.

—Entonces pídele a alguien que te acompañe. Díselo a alguna de las otras mujeres.

—Sí, claro. Como que me va a servir de mucha ayuda. Amy es una loca romántica y Laura está deseando que aparezcan extra terrestres. Adem ás, no quiero darle a la madre de Laura la satisfacción de que se entere de que tengo agujetas. Cuando no estaba regañando a su hija por no montar correctamente, me estaba regañando a mí.

Tom sonrió.

—¿Quieres que te acompañe yo?

—Eso es todavía más peligr oso. No me pondré la pomada.

—Tienes que hacerlo, Cleo. Diablos, le diré a Jeeter que te acompañe y que se lleve un rifle para que te sientas más a salvo.

—Tom, por favor, me da vergüenza que Jeeter se entere. Dejemos que éste sea nuestro pequeño secreto, ¿de acuerdo?

Tom sacudió la cabeza.

—Mañana tienes que volver cabalgando al rancho, y tendrás tales dolores que no serás capaz de cumplir con el calendario de trabajo que tienes previsto. Ya he visto todo lo que tienes que moverte cuando tienes la cámara entre manos. Mira, hagamos un trato, iré contigo y me llevaré un rifle. Y créeme, no voy a intentar hacer nada sospechoso sabiendo que tenemos a sólo unos metros a toda esta gente.

—De acuerdo —Cleo decidió que quizá estuviera exagerando un

poco con Tom. Era evidente que no estaban en las condiciones ideales para iniciar ningún tipo de escarceo sexual, así que dejó su lata de cerveza al lado de la de Tom y esperó a que éste regresara.

Tom apareció pocos minutos después con un tubo en la mano, una linterna y un rifle. Le tendió a Cleo la pomada.

—¿Vamos?

—Después de ti.

Tom se colocó el rifle bajo el brazo, encendió la linterna e iluminó la hierba para que pudieran caminar en la oscuridad. Cleo lo seguía pisándole los talones.

—¿No deberías llevar la lintern a un poco más alta? Así reflejaría los ojos del oso o de cualquier otro animal que desee comernos.

Tom se echó a reír.

—Es otra cosa la que me preocupa. Quiero saber si hay serpientes.

—Lo que faltaba. Me voy —Cleo giró sobre sus talones y comenzó a retroc eder.

Tom la enganchó por el cinturón y la hizo volver.

—Venga, no seas tan urbanita.

—Soy urbanita. Y estoy orgullosa de ello.

Tom apagó la linterna y se la metió en el bolsillo.

—Enciende la linterna.

—Dentro de un minuto —le echó el sombrero hacia atrás y enmarcó su rostro con la mano libre—: Bésame, Cleo. Esta va a ser una larga noche.

Por mucho que intentara negarlo, Cleo deseaba locamente aquel beso.

—Sabía que lo de seguirte era una mala…

La boca de Tom descendió sobre sus labios, acallando sus pro testas y mandando al infierno toda su capacidad de autocontrol. Tom devoró su boca y hundió en ella la lengua, dejándola palpitando de deseo. Cuando se apartó, volvió a colocar el sombrero en su lugar y encendió la linterna.

Cleo apenas podía respirar.

—Pe nsaba que necesitabas distraerte con algo, para que dejaras de pensar en alimañas —dijo Tom, iluminando con la linterna a su alrededor.

Pues si aquello había sido una estrategia, Cleo tenía que reconocer que había funcionado. Al parecer, su cuerpo no era c apaz de asimilar dos emociones intensas, y el deseo le había hecho olvidarse del miedo.

Tom señaló el suelo con el haz de luz.

—Este es un sitio tan bueno como cualquier otro. Mantendré la linterna a la altura de las rodillas. Da diez pasos y bájate los pa ntalones.

Cleo tomó aire y siguió sus instrucciones.

—Estoy segura de que les has dicho eso a otras muchas mujeres.

—Sólo a aquéllas a las que les queda bien ese sombrero.

—¿Y cuántas han sido hasta ahora?

—Una.

8

Tom se encargó del tercer turno de guardia , que empezaba unas horas antes del amanecer. José, Jeeter y Tom se habían dividido la noche en tres partes, como hacían siempre que había animales o gente de la que cuidar.

Tom había bromeado con Cleo por sus miedos de novata, pero en el fondo prefería qu e las personas que se hospedaban en el rancho se comportaran con cierta precaución a que pensaran que estaban en Disneylandia y que los animales podían cantar y bailar. Acampar al aire libre en Montana, significaba asumir cierto nivel de riesgo y no todo el mundo estaba dispuesto a enfrentarse a ello. Ésa era la razón por la que Tom asumía la responsabilidad del grupo y se aseguraba de que siempre hubiera de guardia alguien capaz de utilizar un rifle y mantener la cabeza fría.

Aquella había sido una noche t ranquila. Con el fuego reducido a las brasas y las estrellas brillando en el cielo, la visibilidad era bastante buena. José había informado de que había visto un oso negro aventurándose por el sendero. Tom había estado pendiente por si volvía a aparecer, p ero no había vuelto a verlo. Los osos normalmente no representaban ningún problema, a menos que hubieran aprendido a asaltar a los turistas y hubieran tomado gusto al tipo de comida que llevaban los humanos. En ese caso, podían llegar a ser mortíferos en su búsqueda de comida.

Cuando las estrellas empezaron a perder brillo y comenzó a asomarse la luz por la línea del horizonte, Tom se acercó sigiloso a la parte del campamento en la que dormía Cleo. Se alegró al ver que estaba profundamente dormida, aunque h abía estado moviéndose inquieta una hora atrás, cuando habían comenzado a oírse los aullidos de los lobos. Tom siempre había pensado que

aquel era un lamento triste, más que amenazador. Los lobos eran otro de los puntos de fricción con los rancheros de Montana, después de que los hubieran reintroducido en la zona, pero Tom se imaginaba que también formaban parte de aquella tierra, al igual que los pumas. Montana no sería la misma sin ellos.

Los lobos se habían tranquilizado, y también Cleo, que dormía pláci damente con la mano apoyada en la barbilla y su melena dorada derramada sobre la cazadora que utilizaba como almohada. Ella no podía saber que Tom estaría dispuesto a morir antes que permitir que le ocurriera nada. No estaba exactamente seguro de cuándo había llegado a aquella conclusión, pero el caso era que ha bía desarrollado hacia Cleo un sentimiento de protección que probablemente le causaría problemas. El momento en el que sentía aquella necesidad de cuidar de una mujer, normalmente indicaba que habí a bajado la guardia y podía terminar haciendo cualquier estupidez. Como le había ocurrido con Deidre.

Observó a Cleo, intentando averiguar cuándo se había producido aquel cambio en su corazón. Quizá hubiera sido al ver que el sombrero le quedaba como si hu biera nacido en un rancho, o cuando se había dado cuenta de que se estaba quedando rezagada y había empezado a animar a Dinamita para que trotara. Quizá fuera la imagen que se había forjado en su mente al oírla hablar de su hámster, o la valentía con la que había ayudado a conducir el ganado.

En cualquier caso, comenzaba a sentir por ella algo más que deseo. Y eso era terriblemente peligroso. Tom era capaz de dominar algo tan físico como el deseo, pero en cuanto una mujer comenzaba a meterse en su cabeza, s abía que la recordaría durante el resto de su vida.

Por el rabillo del ojo captó un movimiento en la pradera. Se volvió lentamente y vio un alce asomando entre los árboles, dirigiéndose hacia el arroyo. Alzaba su cornamenta con orgullo, un perfecto trofeo con el que soñaría cualquier cazador. A Tom nunca le había gustado la caza. Él sólo mataba a un animal cuando no le quedaba más remedio. Y tampoco llevaba a los turistas de cacería, aunque alguno de sus vecinos estaba ganando bastante dinero de ese modo.

M oviéndose con cuidado para no asustar al animal, Tom se

agachó al lado de Cleo y le sacudió delicadamente el hombro.

Cleo abrió los ojos inmediatamente. Tom se inclinó y le apartó el pelo para poder susurrarle algo al oído:

—Hay un alce acercándose al arro llo. Levántate despacio y prepara la cámara. Creo que hay luz suficiente para que consigas una magnífica fotografía.

Cleo asintió y salió cuidadosamente del saco. En cuestión de segundos, estaba al lado de Tom con la cámara al cuello y temblando de frío. T om se agachó para recoger su cazadora y se la echó por los hombros. Cleo le sonrió agradecida. Y a Tom le dio un vuelco el corazón.

Estaba bellísima nada más levantarse. El viento levantaba delicadamente sus rizos. Viento que, por cierto, soplaba hacia ell os, lo que quería decir que podrían acercarse al alce sin que los oliera.

Con un gesto, Tom le indició que lo siguiera, y Cleo volvió a asentir. Asegurando cada uno de sus pasos para no pisar ninguna rama y quebrar así el silencio de la madrugada, Tom fue avanzando. Como si de un fantasma se tratara, deslizándose a través de la niebla, el alce llegó al arroyo y miró a su alrededor. Tom se quedó completamente quieto. Cuando el alce bajó la cabeza para beber, el vaquero reanudó sus pasos.

El animal alzó la te sta y Tom se detuvo, consciente de que si se acercaban más, el alce desaparecería en la foresta. Cleo posó la mano en el hombro de Tom y se lo apretó ligeramente, como si le estuviera indicando que era aquélla la fotografía que quería. Mientras permanecían rígida mente expectantes, la primera luz de la mañana cubría de bronce las astas del animal.

«Click». El sonido del disparo de la cámara no era demasiado escandaloso, pero el alce volvió su enorme cabeza y se quedó mirándolos fijamente, como si hubiera e stado al tanto de su presencia en todo momento. «Click». El obturador se abrió y se cerró por segunda vez. El alce dio media vuelta y fue alejándose lentamente, sin ninguna precipitación, hasta perderse de nuevo en la foresta.

—¿Crees que lo has conseguido ? —preguntó Tom quedamente.

—Sí, lo he conseguido —contestó Cleo jubilosa—. Oh, Tom, ¿no te ha parecido magnífico?

—Sí —se volvió hacia ella—. Me pediste que te mostrara la

razón por la que este lugar es tan especial para mí. Y eso es lo que estoy haciendo .

—¿Te encuentras con cosas como ésta a menudo?

—No continuamente, pero sí con la suficiente frecuencia como para que merezca la pena continuar aquí.

—Gracias por haberme despertado.

—De nada —incapaz de reprimirse, le acarició la mejilla—. ¿Cómo te siente s?

—¿Por fuera? Un poco anquilosada. ¿Por dentro? Como una niña el día de Navidad.

Tom sonrió.

—Bienvenida a la vida de los vaqueros: es uno de los trabajos más agotadores del mundo, pero también uno de los más bellos.

Cleo alzó la mirada hacia los picos n evados de las montañas, que el sol comenzaba a iluminar.

«Cuidado Tom», se advirtió el vaquero a sí mismo. Cleo podría estar enamorándose de Montana. Les ocurría a muchos de los visitantes. Pero a la larga, aquello tampoco tenía demasiada trascendencia. Regresaban a sus casas, volvían a su cómoda rutina y se olvidaban de lo maravilloso que era presenciar un amanecer como aquél. Sin embargo, Tom jamás había percibido aquella admiración en Deidre. A ella le gustaba estar casada con un ranchero porque le parecía algo exótico, pero en realidad nunca le había gustado demasiado la vida del rancho.

—Me gustaría hacerte una pregunta muy personal —pidió Cleo.

—De acuerdo.

—Si quieres, puedes decirme que no es asunto mío.

—Muy bien.

—¿Por qué… por qué te divorcias te? —lo miró, y al instante desvió de nuevo la mirada—. Lo siento. No debería habértelo preguntado.

—¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé. Es sólo que tú no pareces un hombre muy propenso al divorcio, y me cuesta creer que una mujer haya renunciado… a todo e sto.

—Yo no creo que Deidre renunciara a nada. Ella tenía sus prioridades y estar casada conmigo no era una de ellas.

—Me imagino que tú te tomaste bastante en serio la idea del

matrimonio.

—Si no te lo tomas seriamente, ¿qué sentido puede tener casarse?

C leo parecía incómoda.

—Bueno, por supuesto, cualquier persona debería tomarse en serio algo así. Pero eso de que el matrimonio controle toda tu vida…

—Claro que tiene que controlar toda tu vida. Si el matrimonio era una prioridad para mí, ¿por qué no i ba a serlo para ella? ¿Sabes? Estaba empezando a pensar que quizá tú no fueras como Deidre, pero me temo que me equivocado. Es posible que pienses como ella: lo más importante es el trabajo y, por supuesto, tampoco está de más tener un marido a mano, del que poder disponer a capricho.

Cleo se sonrojó.

—El trabajo siempre ha sido lo más importante para los hombres. ¿Qué esperabas? ¿Que abandonara su carrera de modelo?

—Sólo durante algún tiempo —intentó dominar el enfado que crecía en su interior—. Podía hab er retomado su carrera después.

—¡Ni los sueñes! Siendo modelo no puedes permitirte desaparecer de la escena cuando te apetezca. Un paso mal dado y adiós profesión. Supongo que tú ni siquiera consideraste la posibilidad de renunciar al rancho, ¿verdad? La mujercita tiene que adaptarse a las exigencias del matrimonio, mientras que el hombre…

—Mientras que el hombre averiguó cuando ya era demasiado tarde que su mujercita había abortado a su hijo. Los hombres no tienen todo el control, ¿sabes?

Cleo lo miró s obrecogida.

—Oh, Tom, Tom. Lo siento.

Tom bajó la mirada hacia el suelo, donde el rocío se extendía como una manto de lágrimas sobre la hierba.

—No debería habértelo contado —estaba temblando, maldita fuera, y para mayor desesperación, podía oír a la gente comenzando a levantarse en el campamento.

—Tom —susurró Cleo, posando la mano en su brazo.

—Tengo que ir a ver a los caballos.

—Iré contigo.

—No. Creo que es mejor que demos por zanjada esta discusión. Supongo que a estas alturas ya estás pensando que des pués de haber tenido problemas con una neoyorquina, debería tener suficiente sentido común como para permanecer alejado de la próxima que ha aparecido en mi vida. Pero parece que me cuesta aprender.

—Tom, yo no… —lo miró confundida, y no fue capaz de ter minar la frase.

—No estoy diciendo que seas tan taimada como Deidre, pero piensas como ella. Has conseguido hacerte un hueco en la escalera del éxito y no vas a permitir que ningún hombre te haga bajarte de allí. Supongo que haces bien pensando de esa form a. Y lo mejor que puedo hacer yo es mantenerme alejado de ti para no tropezar de nuevo con la misma piedra.

La conducción de ganado parecía haber actuado como una fuente de juventud para Dinamita. O eso, o la yegua estaba más que ansiosa por regresar al co rral, pensó Cleo mientras la yegua se adelantaba a todos los caballos del gaipo. Y Cleo no tenía ningún inconveniente en ir a aquella ve locidad. De pronto, parecía haber perdido la afición a las fotografías.

Tom tenía toda la razón sobre ella, pensó mien tras cabalgaba. Su carrera profesional había ocupado el primer lugar en su lista de prioridades, al igual que en la de su padre. Y su madre sólo había sido la mujer que a su padre le había convenido tener a mano. Al crecer con ese modelo, Cleo había comprendido pronto las ventajas de ser la persona dominante en la pareja y había asumido ese punto de vista.

Pero no había nada malo en su plan, se dijo con determinación. Los hombres llevaban años practicando ese sistema, así que, ¿por qué no se les iba a poder pagar con la misma moneda? ¿Qué había de malo en que buscara un hombre dócil, capaz de apoyarla y dejar que continuara su camino hacia la fama? Lo que tenía que hacer durante los siguientes días era concentrarse en el calendario y en la búsqueda de un marido adecuado. No todos los vaqueros del valle eran como Tom. Y si no la atraían tanto como él, tendría que ser capaz de sacrificarse. Tom no era el hombre indicado para ella.

Desgraciadamente, tampoco había hecho ningún progreso que le permitiera pensar qu e Tom iba a aceptar posar para la portada. De

hecho, después de la conversación, dudaba que quisiera hacer nada con ella, estuviera o no la cámara por medio. Quizá fuera lo mejor. Necesitaba olvidarse de él y continuar su trabajo.

El sonido del trote de un caballo la alertó de que alguien se acercaba. Preguntándose si sería Tom con intención de hacer las paces, se volvió expectante, pero era Laura la que cabalgaba hacia ella.

—He conseguido dejar detrás a mis padres — le explicó la adolescente radiante—. Le s he adelantado en una zona en la que el camino se ensanchaba y se podía pasar al lado de la carreta, pero el camino ha vuelto a estrecharse y ahora no pueden pasar.

Cleo no pudo evitar una carcajada. —A veces los padres pueden llegar a ser un fastidio.

—D esde luego. Me tratan como si fuera una niña.

Cleo no osó sonreír ante aquella declaración. Por lo que ella recordaba, los catorce años eran una edad muy difícil.

—Voy a comprarme uno de tus calendarios en cuanto vuelva a casa. Creo que lo que haces es gen ial.

—Gracias.

—Yo estoy deseando conseguir trabajo, para poder vivir en mi propio apartamento —apretó los labios con determinación—. Y voy a ir a la universidad cuando me apetezca y no cuando mis padres decidan que tengo que ir.

Cleo comprendía perfectame nte su rebeldía. —Es muy duro que los padres intenten controlar cada uno de tus movimientos. —¿Tus padres también lo hacían? —Oh, puedes estar segura. Yo también soy hija única, y comprendo las presiones a las que estás sometida. Tus padres me recuerdan al mío, siempre intentando que fuera perfecta. —¡Yo lo odio!

—El problema es que tú eres su objetivo. Han concentrado todas tus esperanzas en ti. A mí a veces me gustaba ser el centro de todas sus atenciones, pero durante la mayor parte del tiempo deseaba te ner hermanos para que me dieran un respiro.

—Yo les pedí que adoptaran un niño. Les hablaba de los pobres niños que no tienen padres. Pero nunca conseguí convencerles. ¿Sabes? Creo que hasta llevan la cuenta de las veces que respiro al día.

—Yo también lo pensaba. Me decía que ni siquiera podía

estornudar sin que se enteraran y me dijeran cómo tenía que hacerlo la próxima vez.

—De todas formas, apuesto a que ya no te controlan. Ahora tienes tu carrera, tu trabajo, todo.

Cleo pensó entonces en la última ofer ta de su padre para utilizar el calendario de los Hombres de Montana como regalo para sus clientes.

—Todavía lo intentan, Laura. Créeme, todavía lo intentan.

Cuando regresaron al rancho, Cleo llamó a Bozeman, alquiló un coche y pidió que se lo enviaran. E ra lo primero que debería haber hecho, se dijo. Bernie había pensado que se perdería en medio de aquel mundo salvaje, pero ella estaba comenzando a acostumbrarse a utilizar las montañas como puntos de orientación, de la misma forma que en Nueva York utilizaba el Edificio Chrysler o el Empire State.

Por su puesto, si hubiera ido en coche desde Bozeman hasta Susurros del Viento, se habría perdido la pareja de águilas, pero también se había perdido la primera dosis de Tom, y quizá no se hubiera encaprichado tan rápidamente de él.

Se entregó por entero a su trabajo. Estuvo fotografiando a José y, tras la sesión, garabateó una estrella en la hoja de su entrevista, señalándolo como candidato a futuro marido.

Excepto Tom, no había nadie más en el rancho a quien q uisiera fotografiar, así que durante los días siguientes estuvo de gira por los ranchos vecinos. Pronto fue conocida en el lugar como la «mujer de la cámara» y los vaqueros comenzaron a ir a buscarla par ofrecerse como modelos. Cleo tuvo que rechazar amablemente a algunos, pero al final consiguió una buena lista de candidatos, tanto para el calendario como para el matrimonio. Entre ellos destacaba Stu, un pelirrojo del que emanaba una misteriosa sensualidad que Clero pensaba podría volver loca a cualquier mujer. Incluso a ella, se dijo, si de una vez por todas consiguiera sacarse a Tom de la cabeza.

Intentando conseguirlo, se mantenía lejos de Susurros del Viento todo lo que podía. Algunas noches paraba a cenar en un restaurante situado a unos cuantos kilóme tros del rancho y no regresaba a la cabana hasta la hora de acostarse. En una de esas ocasiones, después de un día particularmente largo y, cuando lo único que le apetecía era volver a casa y relajarse, se metió en el coche después

de cenar y descubrió desesperada que no arrancaba.

—Eh, fotógrafa.

Alzó la mirada y vio a Robert Henderson saliendo del restaurante. Era uno de los vaqueros a los que había tenido que rechazar para el calendario. La redondez de su rostro le daba un aire infantil muy poco fotogéni co.

—Parece que su coche tiene problemas.

—Eso me temo.

—Es alquilado, ¿no?

—Pues sí.

—Podría intentar arreglarlo, pero después tendría usted problemas con la agencia de alquiler. ¿Por qué no me deja llevarla al rancho y llama a la agencia desde allí?

—Mag nífica idea, y gracias.

Robert estuvo haciéndole miles de preguntas sobre la vida en Nueva York durante el trayecto a casa. Cleo llegó agotada y, tras darle profusamente las gracias, se bajó del coche pensando que no había nada que le apeteciera más que me terse en la cama. A no ser que… miró de reojo el camino que conducía hacia la piscina natural, y tomó inmediatamente una decisión.

A los pocos minutos, se estaba quitando la bata en la intimidad del bosque y se metía en el agua con una barrita de chocola te. Se lo había ganado, pensó satisfecha. Había trabajado duramente y, como siempre le ocurría cuando estaba a mitad de un proyecto, su frustración sexual iba aumentando con cada una de las fotografías.

Lo peor de todo era que no conseguía olvidar a Tom. H asta entonces, su deseo no había estado centralizado en nadie, pero desde que estaba en el rancho, no era un amante cualquiera lo que deseaba: deseaba a Tom. Lo comparaba con cada uno de los vaqueros que fotografiaba y no era capaz de desear a ninguno.

Se hundió lentamente en el agua, disfrutando de la sensación del agua caliente sobre su piel y murmuró para sí, con los ojos semicerrados:

—No te duermas, Griffin.

Pero poco a poco fue perdiendo la conciencia. En medio de su dulce aturdimiento, advirtió la pr esencia de alguien, pero sabía que no se trataba de nada alarmante. Flotando en aquel mundo de ensueño, imaginó que una suave brisa acariciaba sus párpados,

bajaba después a sus mejillas y refrescaba finalmente su boca. La brisa se transformó en el roce de unos labios, pero Cleo no se asustó, ni siquiera abrió los ojos. Sabía que Tom estaba allí.

Tom había pasado los últimos días intentando prolongar unas cercas con Stan. Había asumido aquella agotadora tarea para evitar pensar en Cleo y sus músculos ya est aban quejándose. Había advertido que Cleo tampoco pasaba mucho tiempo en el rancho y se imaginaba que, al igual que él, estaba evitando un encuentro.

Al no ver su coche aparcado fuera de su cabana aquella noche, dio por sentado que Cleo todavía estaba fuer a.

No le gustaba que pasara tan poco tiempo en el rancho, pero fueran las que fueran sus actividades, no podía hacer nada para impedirlas.

Lo que sí podía hacer, aprovechando la calidez de la noche, era reconfortar sus doloridos músculos dándose un baño en la piscina de agua caliente. Así que, llevando encima sólo los vaqueros, las botas y una toalla al cuello se dirigió hasta allí.

Al llegar al claro, se detuvo perplejo, preguntándose si en su desesperación por la ausencia de Cleo estaría empezando a tener visiones. Pero no, allí estaba, y era completamente real. Quizá le hubiera pasado algo a su descapotable y no había podido llevarlo al rancho.

Cleo estaba con los ojos cerrados y el burbujeo del agua amortiguaba el sonido de los pasos de Tom. Si éste hubi era conjurado la imagen más tentadora de Cleo que era capaz de imaginar, habría sido aquélla. Siempre le había intrigado la caprichosa forma en la que las mujeres se recogían el pelo antes de bañarse. Y encontró muy atractivos los ricillos que se le habían soltado. El cuello, que nunca había visto tan desnudo le pareció todo lo besable que podía llegar a ser el cuello de una mujer.

Cleo tenía los hombros desnudos y Tom sospechaba que el resto del cuerpo también.

Era consciente por tanto de que debería retro ceder y dejarle disfrutar en solitario de su baño. Debería, pero antes de empezar a cruzar de nuevo el claro, comprendió que toda su fuerza de voluntad lo había abandonado.

El vapor de agua los rodeaba, impregnado de la esencia cítrica del perfume de Cleo. Tom respiró hondo mientras se sentaba al lado

de Cleo en el banco de madera que había en el interior de la bañera. El rostro de Cleo estaba ligeramente sonrojado por el calor y su boca ligeramente curvada, con el asomo de una sonrisa. Tom se inclinó sobre ella, dejando que su aliento acariciara su rostro. Y Cleo entreabrió los labios.

Con los latidos de su corazón retumbándole en el cerebro, Tom acarició sus labios con la delicadeza de un copo de nieve al caer. Los labios de Cleo eran suaves, cálidos… re ceptivos. Y sabían a chocolate, pensó con una sonrisa. Tom buscó un contacto más firme de sus bocas, y ella respondió abriéndose a él, invitándolo a profundizar su beso. Tom siguió el camino que ella iniciaba, dando rienda suelta a su deseo.

Pero su delica do contacto no traicionaba la urgencia de su pasión mientras acariciaba con un dedo su cuello, sintiendo su pulso palpitando en concierto con el suyo. Durante largos segundos, acarició su cuello, sus hombros, la nuca… Al final, cuando sintió que Cleo estaba lista para ello, deslizó la mano bajo el agua y tomó su seno. Capturó el gemido provocado por aquella caricia con los labios mientras continuaba su lento asalto.

Los pezones de Cleo ya estaban erguidos por la pasión, tal como había imaginado. Los acari ció con el pulgar, deleitándose al mismo tiempo en el dulce quiebro de su respiración.

Continuó acariciándola mientras exploraba perezosamente su boca con la lengua. Al posar la mano sobre su corazón, pudo sentir la tormenta que se estaba desatando en el i nterior de la joven. Lentamente, como si no quisiera perder aquel contacto, apartó los labios de los suyos. Cleo permanecía con los ojos cerrados, pero sus párpados temblaban. Tenía los labios entreabiertos, henchidos por los besos y la respiración agitada. Ah, Cleo…

Resistiendo la necesidad de volver a detenerse en su boca, Tom descendió por su barbilla hasta alcanzar su cuello. Alzó uno de sus senos hasta dejarlo al nivel de la superficie del agua y con delicados toques de la lengua fue acariciando su s pezones.

Cleo gimió y se arqueó contra él, haciendo emerger sus senos. Tom no necesitó más invitación que aquélla. Apoderándose con ambas manos de sus senos, tomó y saboreó aquella delicada piel, mordisqueándola tentadoramente con los dientes y lamiéndol a con la lengua. Cleo le tocó entonces por vez primera. Hundió los dedos

en su pelo y presionó ligeramente su cabeza, urgiéndolo a continuar.

Cuando empezó a gemir, Tom volvió a acallar sus jadeos con un beso. Deslizó después la mano lentamente, hasta enc ontrar el valle entre sus muslos. Le maravillaba que no opusiera resistencia. Hacer el amor con ella iba a ser muy fácil. Y también un error. Encontró a Cleo ya dispuesta para el amor cuando hundió los dedos en su interior. Temblaba de deseo de enterrarse en ella, con preservativo o sin él. Pero las consecuencias podían ser funestas.

De modo que continuó acariciándola hasta hacerla gritar y explotar en sus brazos. Entonces Tom habló por vez primera.

—Abre los ojos, Cleo.

Cleo sacudió la cabeza. Su respiraci ón continuaba convertida en vina sucesión de jadeos.

Tom continuó hundiendo sus dedos en ella.

—¿Sientes lo cerca que estoy, Cleo?

Cleo asintió.

—Me has dejado tocar el fuego de tus entrañas —murmuró Tom, acariciando sus mejillas con un beso—. Ahora déjame ver el fuego que aparecerá en tus ojos cuando te lleve hasta el fin.

Lentamente, Cleo abrió los ojos a la tenue luz del claro.

Tom se quedó sin aliento. Había conseguido dominar su abrasador deseo… hasta ese momento.

Porque al ver sus ojos lo quería tod o, el júbilo, el placer, la suave liberación, la unión de sus cuerpos. Se oyó el aullido de un lobo, y aquel grito primitivo encontró eco en el corazón de Tom.

Pero él era un hombre, no un lobo. Podía irse de allí sin tomar lo que su cuerpo le estaba recla mando. Incrementó la presión y la velocidad de sus caricias mientras observaba la llama que resplandecía en los ojos de Cleo.

—Sí —susurró al sentir que comenzaban las contracciones.

Los ojos de Cleo se oscurecieron. Con un suave gemido, alzó las caderas, permitiéndole una penetración todavía más profunda mientras alcanzaba el climax. Tom la besó, precipitando la lengua en su boca mientras absorbía sus convulsiones.

Poco a poco, Cleo fue relajándose en sus brazos. Tom podía volverla a llevar hasta el límite y era consciente de ello. Cleo estaba lista para más, y el más ligero movimiento de sus dedos habría sido

suficiente para que todo empezara otra vez. Incluso estaría dispuesta a hacer el amor, pero Tom no podía hacerlo.

De manera que apartó la mano, le di o un último beso y salió de la bañera.

—¿Tom? —preguntó Cleo con la voz ronca de pasión.

Entre la humedad y la excitación de su cuerpo,

Tom tuvo serios problemas para ponerse los pantalones, pero al final lo consiguió. Si no se vestía, no iba a ser capaz d e mirarla sin desear terminar lo que habían empezado.

—¿Te vas? —musitó Cleo—. Pero…

Tom se echó la toalla al hombro y la miró. Durante un breve instante, consideró la posibilidad de tomarla en brazos y sacarla de la bañera, pero no… no estaba en condi ciones de correr riesgos.

—Me voy.

—Pero tú no…

—Un vaquero inteligente deja que su chica se acostumbre a él antes de intentar hacer nada la primera vez.

Cleo no sabía cómo iba a poder enfrentarse de nuevo a Tom. Aquella noche durmió profundamente, a pes ar de que siempre había tenido serias dificultades para conciliar el sueño. De hecho, durmió más de la cuenta y el sol inundaba ya la habitación cuando se despertó y comenzó a considerar en la cama las consecuencias de lo ocurrido.

Era una cuestión un tant o complicada. Realmente no habían hecho el amor, de manera que debería ser capaz de continuar la búsqueda de un marido que se ajustara a sus condiciones sin sentirse culpable… ¿Pero qué clase de mujer permitiría que un hombre la acariciara de tal forma que probablemente jamás olvidaría aquella experiencia y pocos días después le pediría a otro hombre que se casara con ella?

En cuanto a lo de fotografiar a Tom para el calendario, realmente no era capaz de imaginarse comportándose de forma estrictamente p rofesional con él después de lo que habían compartido. Aunque quizá no fuera del todo adecuado utilizar el verbo compartir…

Apartó las sábanas y saltó de la cama. Si continuaba pensando en lo ocurrido, muy pronto volvería a encontrarse en el mismo estado que la noche anterior, y eso no podía permitirlo. Se quedó

paralizada en medio de la habitación. Saltar de esa forma de la cama jamás había sido propio de ella. Estaba más acostumbrada a salir arrastrándose y lamentando que hubiera llegado el momento de levantarse.

Se pasó la mano por el pelo y sonrió.

Lo que había sucedido en la bañera había sido una imprudencia, pero la verdad era que no se había sentido mejor en toda su vida. Y tampoco le había apetecido nunca menos fotografiar a vaqueros deslumbrantes. Quizá fuera aquel el día más indicado para hacerles unas fotos a los hijos de Juanita, mientras la agencia se encargaba de llevar el coche al taller.

Se vistió rápidamente y se dirigió a la puerta trasera del rancho.

—Juanita? —preguntó, tras llamar suave mente a la puerta.

Juanita se asomó y la abrió inmediatamente.

—¿Pero se puede saber dónde te has metido? Hace días que no vienes por la cocina a picotear.

—La verdad es que ahora me apetecería tomar algo. Estoy hambrienta.

—Ahora mismo te preparo algo —se ñaló un silla y se acercó a la despensa—. Tienes buen as pecto. ¿Te han dado una buena noticia o algo parecido?

Cleo hizo un esfuerzo para controlar su expresión, que debía de ser de absoluta felicidad.

—Oh, supongo que me pone contenta ver el sol por las mañanas. ¿Sabes si está… Tom o alguien más por aquí?

—Tom ha salido antes del desayuno —contestó Juanita mientras batía unos huevos—. ¿Lo necesitas para algo?

—¡No! Quiero decir, no. Se me averió ayer por la noche el coche en Diamond Bar y…

—Estaría e ncantado de ayudarte con eso, estoy segura, pero no ha dicho cuándo volvería.

' —No importa, me las puedo arreglar sola. De hecho, creo que voy a llamar a la agencia mientras me preparas el desayuno.

—Claro —Juanita la miró cié forma extraña—. ¿Entonces có mo viniste anoche a casa?

—Me trajo un vaquero —a pesar de que sabía que Juanita era incapaz de imaginarse lo que había pasado a continuación, Cleo estaba deseando cambiar de tema—. Escucha, he pensado que

después de desayunar podría hacerles las fotos a l os niños.

—Oh —Juanita pareció desilusionada—. Están con su padre. Se los ha llevado a pescar. Si hubiera sabido que…

—No importa —respondió Cleo rápidamente—. Ya se las haré en otra ocasión.

—Pero estás tan ocupada… Y como llevabas tantos días sin ven ir por la cocina, empezaba a temer que hubieras decidido no hacérselas.

—Claro que les voy a hacer las fotos —cuando Juanita se lo había propuesto, la verdad era que no le había hecho demasiada ilusión, pero tras enterarse de la importancia que aquellas fo tografías tenían para ella, estaba encantada de hacer el trabajo—. No te preocupes, todavía voy a quedarme por aquí unos cuantos días más. Seguro que encuentro un momento para fotografiarlos.

Juanita continuó batiendo los huevos, a pesar de que la mezcla y a estaba suficientemente líquida.

—Jeeter me ha contado lo mucho que le pagaste por esa fotografía.. Yo… quizá te haya pedido un favor demasiado grande a cambio de solo un poco de comida.

Cleo se acercó a Juanita y posó las manos en sus hombros.

—Me has dejado entrar en tu cocina —le dijo con una sonrisa—. Me parece que es un buen precio.

Juanita se la quedó mirando fijamente y por fin su expresión se aclaró y sonrió.

—Eso es verdad. Venga, vete a llamar a la agencia. Mientras tanto, yo voy a hacerte las mejores tostadas francesas al oeste del Misisipí.

Quince minutos después, Cleo tenía la boca llena de las más ligeras y dulces tostadas que había comido en su vida. Juanita, tras servirse una taza de café, se sentó a su lado.

—Tom es un hombre afortunado — comentó Cleo, tras saborear aquel exquisito bocado.

—Yo no diría eso —contestó Juanita.

—¿Por qué no? Tiene un rancho precioso, una cocinera fantástica y trabajadores fieles que lo ayudan a dirigir el rancho.

—Asumiendo que sea capaz de mantenerlo.

Cleo be bió un sorbo de aquel café tan maravilloso que se había convertido para ella en el canon de perfección.

—¿Tan mal están las cosas? Tom me comentó algo cuando fuimos a llevar el ganado, pero no parecía muy preocupado.

—No le haría ninguna gracia enterarse d e que estoy hablando de esto contigo.

—Pero tú estás deseando hablar con alguien —supuso Cleo.

—Estoy terriblemente preocupada, para decirte la verdad —señaló el plato de la fotógrafa—. Venga, come. Sigue comiendo mientras yo hablo.

—No hace falta que me l o digas. Esto está delicioso. Y te prometo que nada de lo que me cuentes saldrá de aquí.

—Lo sé —Juanita agarró con las dos manos la taza de café—. Mi intuición no me engaña. No me engañó con Deidre. En cuanto la vi supe que iba a traer disgustos al rancho .

—Ya me he enterado de lo que le hizo a Tom.

Una nube de furia ensombreció todavía más los ya oscuros ojos de Juanita.

—Ya fue suficientemente malo lo que hizo, pero que no tuviera la decencia de avisarlo siquiera… Eso es imperdonable. Sobre todo, despu és de todo el dinero que Tom se gastó yendo a verla a Nueva York una vez al mes. Después, cuando se separaron, tuvo que pagarle una bonita suma de dinero porque había sido él el que había pedido el divorcio y Tom no es un hombre al que se le pueda ocurrir firmar un acuerdo prenupcial. Y ya estaban suficientemente mal las cosas después de que le pagara a su hermana su parte del rancho y tuviera que empezar a hacerse cargo de las cuentas médicas de su padre.

—Caramba. Parece que las cosas no van nada bien.

—T odo esto lo he averiguado por mi cuenta. Pero he visto a Tom en su despacho, mirando preocupado los libros de contabilidad. A no ser que encuentre algún tesoro enterrado en el rancho, va a tener problemas muy serios.

—¿Quieres decir que es posible que pier da el rancho?

—Sucede con mucha frecuencia por esta zona. Sacar un rancho adelante es muy duro, y si dejas que una ex—esposa te limpie los bolsillos o tienes que hacerte cargo de grandes facturas médicas, es posible que tengas que despedirte de él.

—Pero e ste rancho ha pertenecido a los McBride durante generaciones.

Juanita asintió.

—¿Puedes imaginarte el peso que eso supone para Tom? Además, está preocupado por todos nosotros. Yo podría encontrar otro trabajo, pero no lo quiero. Adoro este lugar. En cuant o lo vi, me di cuenta de que era un lugar auténtico, uno de esos sitios que se te mete en la sangre.

Cleo terminó las tostadas y levantó la taza de café.

Sabía lo que Juanita quería decir. Y también que ninguno de los apartamentos en los que había vivido e n Manhattan se merecía una frase así.

Miró a Juanita de soslayo.

—Yo pensaba que posar para mí podría servirle de ayuda. Pero me temo que eso sería solo un granito de arena.

—Sí —Juanita sonrió—. Aunque yo daría cualquier cosa por ver lo que eres capaz de sacar de él en un calendario. Ese hombre no tiene ni idea de lo atractivo que es.

Cleo sintió un vergonzoso calor en las mejillas.

—Aja —Juanita dejó la taza en la mesa dando un golpe—. ¡Así que yo estaba en lo cierto!

Cleo se levantó y recogió su plato.

—Tengo que irme. Estoy segura de que tienes muchas cosas que hacer antes de comer. Yo…

—Sabes, me parece que vosotros dos vais a terminar juntos.

Cleo dejó el plato en el fregadero y abrió el grifo. Continuaba de espaldas a Juanita.

—Eso es ridículo. Mi vida está en Nueva York, al igual que lo estaba la vida de Deidre. E incluso en el caso de que Tom y yo sintamos cierta atracción el uno por el otro, algo que obviamente has notado, sería una locura que nos dejáramos llevar por ella.

—Tú te pareces a Deidr e lo mismo que yo a Cruella De Ville.

—Tom piensa que yo soy como ella —confesó Cleo con un hilo de voz.

—En ese caso, necesita mirarte de cerca.

Cleo se volvió hacia ella.

—Soy exactamente como ella, Juanita. He dado prioridad a mi trabajo por encima de t odo lo demás. El matrimonio, los hijos, tener un hogar… todo eso es secundario para mí, igual que para Deidre. He trabajado muy duramente para llegar a donde estoy, y

no pretendo renunciar a mi trabajo.

Juanita la miró con expresión serena.

—Si tú lo dic es…

—Lo digo. De hecho, ahora mismo tengo que ir a llamar a mi ayudante. No puedo dejar de pensar en el trabajo ni un solo instante.

—Yo no estaría tan segura.

—Bueno, Juanita —comenzó a salir de la cocina—, gracias por el desayuno.

—De nada.

Cleo no ten ía nada concreto que hablar con Bernie, pero necesitaba ponerse en contacto con aquella parte de su vida.

—¡Hola Cleo! —la saludó Bernie alegremente—. ¿Cómo está hoy nuestra cazadora de hombres?

—Bueno, me temo que voy a tener que visitar un par de ranchos más para poder terminar el trabajo —admitió Cleo—. Es bastante difícil encontrar lo que busco en dos semanas.

—¿Todavía no has podido encontrar a nadie que esté soñando con pasar una noche en la suite nupcial?

—Déjalo, Bernie. Sinceramente, suenas un poco anticuada. ¿Has revelado ya los carretes que te he mandado?

—Por supuesto. Y ya los tienes en camino. Parece que has conseguido buenos modelos por allí. Si no fuera por George, consideraría la posibilidad de pasar unas vacaciones en el rancho.

—Sí, hay al gunos vaqueros por aquí que no están nada mal —especialmente uno.

—Tengo que preguntártelo, Cleo, ¿alguno de los tipos de la fotografía es uno de los candidatos a casarse contigo?

—No —contestó con una firmeza que no tenía ningún sentido—. Bueno, quería de cir que probablemente no.

—Eran ocho tipos. Si de trece ya has eliminado a ocho, no te queda mucho donde elegir.

—Por eso tengo que buscar fuera de aquí.

—No es fácil conseguir alojamiento en otros ranchos a estas alturas del verano. Tienes algunos días li bres en septiembre, ¿por qué no vuelves al mismo y…?

—¡No!

—¿Pero cuál es el problema? Parecías estar muy contenta al

principio.

—No, no pasa nada. Simplemente creo que tendré oportunidad de encontrar caras nuevas si busco en otro lugar.

—De acuerdo, per o estás rara. ¿Ha pasado algo malo?

Cleo se aclaró la garganta.

—No, nada.

—Tu padre ha vuelto a llamar. Quiere saber si puede contar contigo para lo del calendario.

—Dile que sí.

—Cleo, ¿estás segura? Estás un poco estresada e involucrarte en un proyecto con tu padre no es…

—Podré manejarlo. De hecho, quiero hacerlo. Llevo mucho tiempo esperando a que mi padre me tome en serio, y ahora que lo hace, sería un chiquillería que me negara.

Bernie suspiró.

—De acuerdo. Nos veremos pronto.

—Muy bien. Y en cuant o vaya por allí, saldremos una tarde de compras.

—¿Que haremos qué?

—Ir de compras —contestó Cleo—. Podemos almorzar en Four Seasons.

—No me has sugerido que fuéramos de compras ni una sola vez desde que te conozco. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Simplement e me he dado cuenta de que no he apreciado Nueva York todo lo que debería. Que no tengamos montañas, ni alces ni águilas ni nada parecido no significa que no podamos disfrutar de otras muchas coas.

—De acuerdo, Cleo, como tu digas. Iremos de compras. Ahora tengo que dejarte, están llamando por la otra línea. Ah, y la próxima vez que alguno de esos vaqueros te ofrezca un cigarrillo, pregúntale antes qué lleva dentro. Estás muy rara, Cleo, muy rara.

10

Cleo se sentía extraña después del episodio de la noche a nterior. Y no se le estaba dando muy bien recuperar la cordura. Ella estaba acostumbrada a ir siempre con prisas, a las presiones de su trabajo, pero iban a pasar horas hasta que recuperara el coche. No podía fotografiar a los hijos de Juanita, y en llamar a Bernie sólo había empleado unos minutos.

Después de una visita rápida a la cocina para buscar unos trozos de zanahorias, fue paseando hacia el corral. Dinamita estaba tumbada en el suelo y con la misma expresión somnolienta con la que Cleo la había enco ntrado la primera mañana que la había visto.

—Eres una vaga —se agachó a su lado y le acercó una zanahoria —. Quieres que todo el mundo piense que eres una vieja cansada para que no te manden trabajar.

—¿Quiere que se la prepare para ir a dar una vuelta? —p reguntó José, que se acercaba en aquel momento por allí.

—¿Te estás ofreciendo a acompañarme?

—Me encantaría, pero el jefe necesita poner unos postes esta mañana. Aunque eso no significa que no pueda ir usted sola. Hace un día estupendo para montar.

—¿No t e da miedo que me pierda?

—Cuando se desoriente, siga la cerca. Así no tendrá problemas para volver a casa.

—De acuerdo. Ahora mismo vengo, quiero ir a buscar la cámara.

—Mientras tanto iré ensillando a Dinamita.

—Oh, ya lo haré yo. Lo menos que puedo hace r es ensillar a mi propio caballo.

—Bien por usted —dijo José con una sonrisa.

Cleo lo estudió con atención, preguntándose si no haría bien en fijarse más en él. Además de atractivo, era un buen tipo.

—¿Piensa tener hijos algún día? —le preguntó.

José la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Perdón?

—Hijos —Cleo fingió una risa—. No me pregunte por qué se me ha ocurrido de repente pensar en ello, pero el caso es que así ha sido.

José se aclaró la garganta.

—Bueno, antes debería encontrar a la mujer a decuada. Ésa es una decisión que debería tomar ella.

—¿Y si ella no quiere?

—Mire, si está pensando en presentarme a alguien, dígame quién es y así podremos…

—No, era simple curiosidad.

José inclinó la cabeza y la observó con expresión pensativa.

—Bueno, nunca me he puesto en esa situación, pero supongo que dependería de la razón por la que no quisiera tener hijos. Lo comprendería si la razón es que hay algún problema médico, o está preocupada por el exceso de población mundial, o por los precios de los colegios… cosas de ese tipo. Pero siempre me he imaginado que algún día sería padre. Renunciar a ello sería un sacrificio, y no lo haría sino hubiera una razón importante para ello.

—Ya veo.

—Pero si todavía está pensando en alguien con quien le gustaría verme casado, dígamelo. Es posible que cambie de opinión sobre el tema de los niños.

—No, de verdad, no estaba pensando en nadie. Bueno, voy a buscar la cámara.

—¡Y no olvide el sombrero! —gritó José tras ella.

Algún tiempo después, Cleo guiaba a Dinamita a lo largo de la cerca de alambre hasta salir del rancho. Se sentía inmensamente libre. Allí no había ni teléfonos, ni fax, nada.

Se preguntaba dónde estaría Tom en ese momento. Y no porque hubiera salido a montar con la esperanza de encontrarlo, claro que no. De hecho, era la última persona del planeta a la que le apetecía ver, pero después de lo ocurrido, preferiría que su primer encuentro fuera en privado. Sabiendo que Juanita había advertido la atracción

que había entre ellos, temía que los demás tambié n pudieran darse cuenta.

Pero cuanto más se prolongaba su paseo, menos parecía importarle todo lo demás. Miró el reloj y comprendió que debería volver, pero la verdad era que no le apetecía nada. Dinamita aceleraría durante la vuelta a casa, y además, aque l ejercicio estaba teniendo en ella un efecto terapéutico.

La majestuosidad del paisaje empequeñecía las preocupaciones humanas. Recordó que Tom había definido su trabajo como uno de los más hermosos del mundo. Un oficio que podía perder a la vez que el ra ncho.

—Pero eso no sucederá, ¿verdad Dinamita? Susurros del Viento continuará perteneciendo a los McBride durante mucho tiempo.

La yegua alzó las orejas, como si estuviera siguiendo atentamente la conversación.

—Eres una gran yegua, Dinamita. Voy a echarte de menos. De hecho voy a hacerte una foto para tener algún recuerdo tuyo —llevó a la yegua al lado de la cerca, desmontó y dejó las riendas en el suelo, como Tom le había enseñado.

Se alejó unos metros y probó a enfocarla desde diferentes ángulos.

—Abre l os ojos, Dinamita —le ordenó. Y entonces recordó que esas habían sido exactamente las palabras de Tom la noche anterior. En un primer momento, ella no quería hacerlo, pensando que mantenerlos cerrados era como no reconocer que estaba Tom a su lado, acariciando tantos rincones prohibidos. Pero Tom había apelado a su sentido de la justicia y al final los había abierto.

Y al mirar a Tom a los ojos durante aquellos momentos finales de placer había tenido la inconfundible sensación de que Tom estaba atándola a é l. Era ridículo, por supuesto. Ella no estaba atada a nadie. Y muy pronto iba a volver a su casa con un calendario que se iba a convertir en un éxito.

Se agachó en la hierba.

—De acuerdo, pedazo de carne con patas —le regañó a Dinamita —. Si no te animas un poco, todo Nueva York va a darse cuenta de que sólo eres un perezoso saco de huesos. ¿De verdad es ésta la imagen que quieres que tengan de ti en la Gran Manzana?

Dinamita irguió la cabeza, como si se hubiera puesto

repentinamente alerta,

—Eh, así me gust a —disparó una foto. Dinamita inclinó entonces la cabeza y entornó los ojos—. Eso es. Te van a adorar.

Continuó fotografiando a Dinamita, que parecía increíblemente animada, relinchaba y movía la cabeza como Cleo no la había visto hacerlo nunca. Pero cuand o la yegua dio un relincho especialmente agudo y se encabritó, comprendió que algo andaba mal.

—Eh, deja esas cosas para otros caballos — dejó la cámara en el suelo y se acercó hacia Dinamita, que volvió a alzarse sobre sus dos patas. Cleo la miró aterrada . Se preguntaba si la cámara habría asustado a la yegua, pero no tenía mucho sentido. Fuera lo que fuera lo que la había asustado, el caso era que tenía que tranquilizarla.

—Mira, si es esa cajita negra la que te asusta, no te haré más fotos. Hay mucha gen te a la que no le gustan las fotos.

Pero Dinamita continuaba encabritándose, sin prestarle la menor atención.

—Tranquilízate, Dinamita —Cleo decidió que si podía acercarse lo suficiente para agarrar las riendas, quizá pudiera calmarla. Se inclinó lentament e para no asustarla más y entonces vio la serpiente.

O, mejor dicho, a lo que quedaba de ella: un cadáver sanguinolento, aplastado por los cascos de la yegua cuya visión puso del revés el estómago de Cleo.

Tras el primer impacto, Cleo tomó aire e intentó r eponerse. Dinamita había cesado de relinchar y había retrocedido algunos pasos. Temblaba por el esfuerzo realizado.

Cleo se obligó a mirar de cerca la serpiente. Jamás había visto una, pero la cola, todavía intacta, se parecía mucho a la de las serpientes cascabel que había visto en televisión.

Entonces fue ella la que comenzó a temblar.

—Creo que me has salvado la vida. Yo habría pasado a su lado sin darme cuenta. Espero que no viajen de dos en dos. Será mejor que me monte y vayamos juntas a buscar la cáma ra. Tú conoces esto mucho mejor que yo.

Así que tomó las riendas y comenzó a montar. Y fue entonces cuando notó que Dinamita tenía la pierna izquierda enganchada en el alambre de púas que colgaba de la cerca y estaba sangrando

copiosamente.

—Yo tampoco hab ía visto el alambre del suelo, muchacha —musitó—. Debería haber prestado más atención al suelo, pero sólo me he fijado en las montañas. Después de esto, no vas a querer montar conmigo otra vez, pero no te culparé —

suspiró y dejó el sombrero en el suelo—. Supongo que será mejor que te saque de ese lío. Y esperemos que no aparezca de pronto otra serpiente.

Mientras regresaba al rancho para almorzar, Tom se detuvo para comprobar los progresos de José con los postes.

—Estás haciendo un buen trabajo —le dijo de sde el caballo—. Pero ya es hora de hacer un alto para comer.

—Sí, lo sé —contestó José, echándose el sombrero hacia atrás y quitándose el sudor de la frente—. Pero pensaba continuar hasta que regresara Cleo, por si necesitaba ayuda.

Al oír el nombre de Cl eo a Tom se le aceleró el corazón. Estaba peor de lo que pensaba, se dijo consternado.

—¿A dónde ha ido? —preguntó, intentando parecer natural.

—Ha salido a montar con Dinamita. Se dirigían por la cerca hacia el norte. Habiendo visto montar a Cleo y sabien do que Dinamita es un buen caballo, he supuesto que no tendrían ningún problema. Le he sugerido que siguiera la cerca si no quería perderse.

—Estupendo. ¿Y sabes cuándo va a regresar?

José inclinó la cabeza y miró hacia el cielo.

—Yo la espero de un moment o a otro. Probablemente ha empezado a a hacer fotografías y se ha olvidado de la hora.

—Entonces ya lleva fuera más tiempo de lo normal —intentaba no pensar en desastres, pero no podía evitarlo.

—Sí, supongo que se está retrasando un poco, aunque no tanto como para preocuparse —miró a Tom—. Hemos tenido una conversación muy extraña antes de que se fuera. Me ha preguntado que si quería tener hijos y que qué haría si la mujer con la que pensara casarme no quería tener ninguno.

—¿De verdad?

—Sí. Yo creo que es taba pensando en emparejarme con alguien.

—Es posible —y esperaba que ese alguien no fuera Cleo, se dijo sombrío—. Creo que voy a ir a buscarla —dijo, como si acabara de

ocurrírsele, aunque no había pensado en otra cosa desde que José le había indicado por dónde andaba.

—De acuerdo —dijo José—. Pero estoy seguro de que estará perfectamente. Es una mujer muy inteligente.

—De eso puedes estar seguro. Dile a Juanita que no me espere a comer.

—Eso es, corazón —Cleo separó la última vuelta de alambre de la pata del caballo y lo apoyó en la cerca. Los dedos le dolían y los tenía cubiertos de sangre, tanto suya como de Dinamita y sentía calambres en todos los músculos a causa de la difícil postura en la que había permanecido durante todo el tiempo. Cuando intentó levantarse, sintió un intenso mareo y temió estar a punto de desmayarse.

—Vas a tener que darme un minuto, Dinamita —dijo mientras se tumbaba en el suelo y cerraba los ojos—. Serpientes, procurad manteneros lejos de aquí. Necesito descansar un momento.

—Dio s mío.

Al oír aquel grito angustiado abrió los ojos y descubrió a Tom inclinado sobre ella, con el semblante blanco como el papel.

—Hola, Tom.

Tom se arrodilló a su lado con expresión lúgubre.

—No hables y no te muevas. Es posible que tengas alguna lesión en la espalda.

Cleo se enderezó al momento.

—¡Te he dicho que no te muevas! —gritó Tom, agarrándola por los hombros.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? Vas a asustar a los caballos, y Dinamita ya ha tenido bastante por hoy.

—Al infierno con Dinamita. ¡T e ha dado una coz en la cabeza!

—No, ella no…

—¿Entonces que haces tumbada en el suelo y cubierta de sangre? Bueno, o qué hacías. Venga, túmbate, Cleo.

—¿Por qué? —adoraba que hubiera acudido en su rescate. Con un final así, merecía la pena haberse lleva do un buen susto—. ¿Para que puedas tumbarte tú encima de mí?

—Maldita sea, ¿cómo puedes pensar en el sexo en un momento como éste?

—Porque estoy perfectamente.

—Pues tienes un aspecto terrible.

Cleo ya se lo imaginaba.

—Me he cortado los dedos con el alam bre al intentar desenredarlo de la pata de Dinamita. Después, al secarme el sudor, me he llenado la cara de sangre.

Tom le tomó ambas manos para examinárselas.

—Guau, Cleo, tienes las manos en carne viva.

—No lo he podido hacer de otra manera. Échale un vi stazo a su pata, ¿quieres, Tom? Creo que la mayor parte de las heridas son muy superficiales, pero no soy una experta en ese tipo de cosas.

—No te muevas —le soltó las manos y fue a ver a Dinamita. Al momento regresó y volvió a agacharse al lado de Cleo. L a miró a los ojos, con expresión de culpabilidad—. No tiene grandes heridas, pero volveremos los dos montados en Red, para no forzarla más. Debería haber arreglado esta parte de la cerca esta mañana, en vez de haberme dedicado a montar como un idiota.

—Tom , esto no ha sido culpa tuya —sospechaba además que la cabalgata solitaria de Tom de aquella mañana tenía mucho que ver con ella—. Estoy estupendamente y Dinamita se curará muy pronto. Lo que no va a tener solución es lo de la serpiente cascabel.

—¿La serp iente cascabel? ¿Te ha picado una? — estaba aterrado.

—No, gracias a Dinamita. La ha pisoteado mientras yo estaba distraída haciéndole fotografías. Y era una serpiente bastante grande.

—¿Estás segura de que está muerta?

—Vete a verla tú mismo. Podrás encon trar sus restos a un metro de Dinamita.

—Estáte quieta y no te muevas mientras voy a comprobarlo.

—De acuerdo —pero Cleo estaba deseando demostrarle que no estaba herida, de manera que en cuanto se alejó se levantó y comenzó a caminar. Después de ponerse s u sombrero, se acercó a Dinamita y le acarició la cabeza—. Te has portado maravillosamente. Gracias por haber matado a esa serpiente. Eres la mejor yegua del planeta —y le dio un beso en el hocico.

—¿Es así como entiendes tú lo de estarte quieta? —Cleo se volvió y vio a Tom con la cámara en la mano—. Me he encontrado esto en la hierba — le dijo—. Y sabiendo lo mucho que significa

para ti, me impresiona que la hayas abandonado para ocuparte de un caballo.

—La verdad es que adoro a esta yegua —le palmeó el cu ello al animal—. Ya sé que en realidad es tuya, pero después de lo que hemos vivido hoy, tengo la sensación de que también es un poco mía.

—Te comprendo —asomó a sus labios una débil sonrisa—. Pero, maldita sea, Cleo, pareces la víctima de una masacre —le pasó la cámara y la agarró del brazo—. Vamos, déjame limpiarte un poco la cara y las manos antes de volver, a no ser que quieras matar a todo el mundo de un ataque al corazón.

—¿Era una serpiente cascabel?

—Sí, lo era —contestó Tom mientras la conducía a s u caballo—. Y de buen tamaño. Normalmente no se meten con nadie, pero parece que has tenido la mala suerte de pararte en un lugar equivocado.

—Porque no me he fijado en lo que tenía a mi alrededor. Si lo hubiera hecho, habría visto la serpiente, y también el alambre. Tendría que haber buscado otro lugar para hacerle a Dinamita las fotografías.

—No seas tan dura contigo misma —abrió su alforja—. Si quieres, puedo llevarte la cámara.

—Gracias, Tom. Pero digas lo que digas, me siento como una estúpida. Menudo lío he montado.

—Venga, Cleo, todavía no conoces la zona — se sacó un pañuelo del bolsillo y lo humedeció con agua de la cantimplora—. No es posible que repares en todas esas cosas al principio. Ahora déjame verte las manos.

Cleo le mostró las manos y apre tó los labios intentado dominar el dolor mientras él se las limpiaba.

—Eres una mujer dura, Cleo —comentó Tom—. No creo que haya mucha gente dispuesta a desgarrarse las manos de esta forma para liberar a un caballo.

—No veía otra alternativa.

—Podrías habe r esperado a que pasara alguien por aquí —contestó.

—No sabía cuánto tiempo podía pasar hasta entonces.

—Lo sé —respondió con amabilidad—. Y te admiro por lo que

has hecho. Te has comportado como una verdadera vaquera.

—Vaya, muchas gracias —sonrió.

—Pero tienes un aspecto espantoso. Ahora, quédate quieta y déjame que intente limpiarte la cara.

Cleo alzó la cara hacia él y cerró los ojos. Tom la agarró de la barbilla con una mano y con la otra comenzó a limpiarle las mejillas.

—Siento que te haya ocurrido e sto. Supongo que ahora estarás deseando volver a la civilización.

—No exactamente —de hecho, era lo último que se le pasaba por la cabeza. En ese momento, sólo podía pensar en la ternura con la que le alzaba la barbilla y en lo mucho que deseaba que la bes ara. Después de aquel susto, necesitaba que la mimaran y Tom era el hombre más indicado para hacer ese trabajo.

—Hablando de cosas que no deberíamos haber hecho —dijo de pronto Tom—. Lo que pasó anoche…

—Mmm —el recuerdo de lo que había ocurrido removió las entrañas de Cleo, excitando hasta el último rincón de su piel.

—Probablemente no fue lo más inteligente que podía haber hecho —dejó de limpiarle la cara, pero no le soltó la barbilla.

Cleo abrió los ojos y lo miró.

—No creo que la inteligencia tuviera mucho que ver con eso.

—Tienes razón. Y parece que voy a continuar comportándome con un estúpido —atrapó sus labios con una ansiedad que dejó a Cleo sin respiración.

Cleo le rodeó el cuello con los brazos y se estrechó contra aquel cuerpo glorioso, disfrut ando del contacto que se había negado la noche anterior. Pero justo en ese precioso instante, Red relinchó.

—No podemos quedarnos aquí —susurró Tom—. José puede venir en cualquier momento para ver lo que nos ha pasado.

—Tienes razón —contestó Cleo, sin dis imular su frustración—. Y además el veterinario tendría que ver a Dinamita.

—Realmente estás empezando a pensar como una ranchera —la besó con ternura—. Ya dejaremos esto para más tarde.

—¿Y vamos a volver al rancho montados en el mismo caballo? —preguntó Cleo con voz seductora.

—Si puedo resistirlo, sí. Porque maldita sea, Cleo, no sé si eres capaz de imaginarte cómo me excitas.

Cleo comprendió que lo mejor que podía hacer era aplazar el proyecto de encontrar marido. Pasar las próximas noches con Tom era u na perspectiva que dejaba de lado cualquier otra consideración.

—¿Quieres que intentemos hacer algo al respecto cuando lleguemos a casa, vaquero?

No había nada en el mundo que pudiera apetecerle más a Tom que lo que Cleo había propuesto, pero antes tendría n que curar las heridas de Dinamita. Además, antes de acostarse con Cleo, quería que hablaran de algunas cosas. Había evitado una respuesta directa a su pregunta contestándole con un beso que probablemente ella había interpretado como un sí. Pero para Tom sólo era un quizá.

Le gustaba cómo había reaccionado ella aquel día y se preguntaba si sabría lo bien que se estaba adaptando a la vida del rancho. Quizá fuera ya plenamente consciente de ello, y fuera esa la razón por la que le había hecho a José aquella extraña pregunta. Quizá estuviera planeando casarse con un vaquero antes de volver a Nueva York, tal como había hecho Deidre tras pasar unos días en el rancho.

11

—José me ha comentado que esta mañana le has hecho una pregunta sobre un asunto matrimonial — sintió al instante cómo se tensaba Cleo.

—Es bueno conocer en profundidad a los modelos —le explicó —. Cuanto mejor los conozco, más posibilidades tengo de enfatizar su carácter en las fotografías.

Tom inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—El día que fui a buscarte al aeropuerto me dijiste que no estabas dispuesta a tolerar sandeces. Y yo tampoco, y la explicación que me acabas de dar es una solemne estupidez.

Cleo se estremeció.

—No me hagas eso en el oído.

—¿Por qué no?

—Porque… me excita —replicó ell a.

—Es posible que los dos estemos en la misma situación —y colocó el brazo de manera que rozara el seno de la joven.

—Tom —gimió Cleo.

Tom no desplazó el brazo.

—¿Vas a contestarme por qué le has preguntado que si querrá tener hijos cuando se case?

Cleo s uspiró.

—Supongo que podría hacerlo. Pero gracias a ti todo mi plan se ha hecho añicos.

Tom se puso alerta en cuanto oyó la palabra «plan».

—¿Y cuál era tu plan?

—Encontrar marido.

Tom se quedó de piedra.

—¿De verdad?

—No te preocupes, Tom. No estaba inten tando atraparte a ti.

—Ibas detrás de José —replicó Tom con un nudo en la garganta.

—No específicamente detrás de José. Y menos tras haber averiguado que tiene muchas ganas de ser padre.

—No sé si te comprendo —sentía que la cabeza le daba vueltas a una ve locidad vertiginosa.

—No sé si te va a gustar, pero por favor, intenta comprenderlo. Tú mismo pudiste comprobar hasta qué punto me afecta una sesión de fotografía y… bueno, necesito a alguien en quien pueda apoyarme… No quiero terminar seduciendo un bu en día a alguno de mis modelos.

—Hablas como si estuvieras pensando en alquilar un marido para desahogarte —contestó Tom con amargura.

—Sabía que reaccionarías de esa forma. Pero es más que sexo realmente. Necesito un amigo, una persona con la que poder ll enar mi soledad entre trabajo y trabajo. Estoy buscando a alguien que no tenga una visión muy estricta del matrimonio. No tendríamos que vivir juntos, sólo nos veríamos cada cierto tiempo.

—Y os desahogarías —aquella idea del matrimonio lo horrorizaba, per o, maldita fuera, también le parecía la más provocativa que había oído en su vida.

—Bueno, también me gustaría que disfrutáramos de nuestra mutua compañía, pero básicamente es ésa la idea.

—Eso no es un matrimonio. Es sólo sexo.

—No estoy de acuerdo contig o. Podría haber amor, respeto y comprensión. Ya sé que no sería un matrimonio muy normal, pero eso es lo que necesi to y eso es lo que buscaba cuando emprendí este viaje. Pero después te conocí a ti. Casi desde el primer momento me dijiste que no estabas interesado en el matrimonio, y aunque lo estuvieras, no puedo imaginarte aceptando un acuerdo de ese tipo.

—De eso puedes estar segura. Habría que ser un mentecato para aceptar algo así.

Cleo le apartó el brazo para que dejara de tocar su seno.

—O ser más flexible de lo que tú eres.

—Sí, como un chicle.

—Puedes burlarte de mi idea todo lo que quieras, no me importa lo que pienses. De hecho, tú no tienes nada que ver con mi plan,

salvo…

—¿Salvo?

—Pues que no me apetece ponerme a buscar marido después de ha ber compartido contigo… ciertos momentos.

—Ya veo. En ese caso quizá no haya sido del todo estúpido al meterme en esa piscina, de esa forma he conseguido evitar que conviertas en una mascota a alguno de los mejores tipos de Montana.

—No sé por qué me sie nto atraída por ti, la verdad. Eres demasiado machista. Si fuera más sabia, procuraría mantenerme alejada de ti.

—Tú misma has dicho que la inteligencia no tiene nada que ver con esto.

—Supongo que no. En cuanto me tocas, dejan de funcionar todas las neuro nas de mi cerebro.

Tom la estrechó contra él, pero era consciente de que tenía entre manos un serio problema. Ya se había imaginado a sí mismo haciendo el amor con ella en la cabana, pero si lo hacía, estaría bailando al ritmo que Cleo marcaba, convirtiénd ose en un simple desahogo. Se merecía algo más que eso, y también Cleo. Lo que tenía que encontrar era una forma para hacerle ver lo insultante que era su proyecto para ambos.

Cleo no sería feliz con un perrito faldero de marido. Por mucho que lo pretendie ra, no era una persona a la que le gustaran las medias tintas. Necesitaba a alguien tan fuerte como ella, alguien que se entregara por entero a la relación. Alguien como… él. Pero él no estaba interesado en una fotógrafa neoyorquina que no quería tener hijos.

¿Pero a quién diablos pretendía engañar? Cleo podía ser de Nueva York, pero encajaba perfectamente en el rancho. Y en cuanto a los niños, estaba seguro de que le encantaría tenerlos. Aunque ella todavía no lo supiera.

—Así que me estaba preguntando —dijo Cleo con voz seductora —, si dispondrías de algún rato libre esta tarde.

—Podría ser. ¿Tú no tienes que hacer nada?

—Tenía una cita, pero el coche se me averió anoche y todavía no sé cuándo me lo van a arreglar.

—¿Y si ya te lo han arreglado?

—Podría fingir que no lo sé.

Así que estaba dispuesta a cambiar su horario de trabajo por él.

—¿A cuántos vaqueros has fotografiado ya?

—De momento a ocho.

—Así que necesitas cuatro más —comenzaba a rondarle una idea por la cabeza.

—Sí, supongo que sí. En realidad pensaba localizar a trece, por si alguno de ellos resultaba ser un buen candidato a marido y tenía que eliminarlo del calendario.

Tom suspiró exasperado. Aquella mujer había pasado demasiado tiempo detrás de una cámara y no tenía ni idea de cómo funcionab a el mundo.

—¿Y realmente esperas encontrar un marido de esa forma?

—Bueno, parece que por lo menos en este viaje va a ser imposible.

—Creo que lo de tener trece modelos para el calendario es una buena idea de todas formas, por si alguien no aparece bien e n las fotografías.

—Oh, eso es imposible. Los retrato con un cuidado exquisito.

—¿Y qué ocurriría si alguno no quisiera firmar el contrato?

—Entonces no haríamos un trato.

—¿Puedes hacer una excepción conmigo?

—¿Estás diciendo acaso que quieres posar para mí?

—Si lo hiciera, no firmaría el contrato hasta que no hubiera visto las fotografías.

—Pero si hay una mínima posibilidad de que pueda utilizar esas fotos para el calendario, esto impediría que hubiera algo entre nosotros.

—Entonces me temo que tendrás que elegir — lo que estaba intentando hacer Tom era demostrarle que hacer el amor no era simplemente algo físico. No era un juego, y tampoco una forma de aliviar las tensiones del trabajo. Era una de las cosas más importantes de la vida.

Lo último que Cleo podía esperar de Tom era que se ofreciera a posar. Mientras se acercaban al rancho, fue recuperándose poco a poco de la im presión. Sabía que no podía tomar aquella decisión a la ligera: unas cuantas noches con él en la cama contra una foto de portada qu e podía garantizar que el calendario fuera el mayor éxito

de su carrera.

Tom podía negarse a que utilizara la fotografía, pero Cleo lo dudaba. No conocía a nadie que no se hubiera gustado al verse en las fotos. Cleo tenía un ojo capaz de atrapar todo el at ractivo sexual de un hombre y no conocía ninguno al que no le gustara verse reflejado de esa forma. Incluso a Tom, que sólo se miraba al espejo para afeitarse, le encantarían las fotografías.

Además, podría ayudarlo a solventar su situación económica. Aunq ue rechazara cualquier otra oferta para posar como modelo, el hecho de que apareciera en el calendario, junto con Jeeter y José, podía incrementar notablemente el número de visitantes del rancho. Se imaginaba a cientos de mujeres solteras viajando hasta allí, y Tom podría subir los precios.

Imaginar a Tom rodeado de mujeres la molestaba un poco, pero no era aquel momento para preocuparse de ese tipo de cosas.

Tomó aire antes de contestar.

—De acuerdo, trato hecho. Te haré las fotos y te las enviaré con el c ontrato. ¿Cuándo quieres que las hagamos?

—Decídelo tú.

—Déjame algún tiempo para pensarlo. Tengo que decidir dónde las vamos a hacer y qué tipo de luz utilizar.

—Avísame cuando lo decidas entonces.

Cleo debería estar jubilosa, pero en realidad tenía gan as de gritar. Tom pronto estaría delante de su cámara, pero eso significaba que ella tendría que renunciar a sentir de nuevo sus labios sobre su boca, o la fuerza de su abrazo, o la delicadeza de sus caricias. Iba a ser un sacrifico mucho más doloroso de lo que en principio pensaba.

Los días pasaban y Cleo todavía no había decidido cuándo iba a fotografiar a Tom. Mientras esperaba a que le llegara la inspiración, fotografió a otros tres modelos.

Retrató a Eddie con los vaqueros empapados, moldeando sus esbe ltas caderas y en aquella sesión sus cotas de deseo se hicieron casi insoportables. A las imágenes de Eddie se superponían visiones de Tom, pero aquello sirvió para sacar lo mejor de aquel vaquero, que no tenía idea de que Cleo se estaba imaginando que era otro hombre.

También posó para ella Ty, en uno de los bares de la zona,

proporcionándole unas fotos perfectas y un grado de más de frustración. Con Andy insistió en hacerle las fotografías sin camisa y tumbado en un campo de flores, consiguiendo la sensua lidad que buscaba.

Aquella noche, tras terminar la sesión con Andy, estuvo estudiando las poses que hasta entonces había utilizado, y la verdad era que todavía no sabía cómo quería que posara Tom. La presión de tener que hacer la mejor foto de su carrera b loqueaba su mente, sin duda, pero tenía que solucionar aquello, y rápido. Sólo le quedaban dos días en Montana.

Después de una agitada noche, nada más despertarse se acercó a la cocina a buscar zanahorias y llevárselas a Dinamita al corral. Quedó en foto grafiar a los niños de Juanita durante la última tarde que iba a pasar en el rancho. La mañana la dedicaría a las fotos de Jake y al día siguiente volaría a Nueva York.

De modo que le quedaba sólo un día para hacerle las fotos a Tom. Apoyada en la cerca de l corral, acariciaba a Dinamita, deseando que le llegara la inspiración.

—El tiempo se me está yendo de las manos —le comentó a la yegua. En ese momento, alzó la mirada y vio a Tom caminando hacia ella. No había vuelto a estar con él desde el día del accid ente de la alambrada y la fuerza del deseo que despertó en su interior al verlo fue tal que se quedó sin habla.

—He estado esperando a que me avisaras — dijo Tom suavemente, acercándose peligrosamente a ella—. ¿Has encontrado algo mejor para la portada?

—N o —contestó con voz ronca—. Lo que pasa es que todavía no he conseguido imaginar cómo quiero fotografiarte.

—Deberías haberme pedido que te hiciera alguna sugerencia.

La verdad era que no se le había ocurrido. Normalmente no le gustaba que sus modéleos le dieran ideas porque rara vez eran capaces de imaginar lo que buscaba, pero en aquel caso en el que parecía haber perdido toda creatividad, decidió arriesgarse con Tom.

—De acuerdo —le dijo—. ¿Y en qué has pensado tú?

—En mi dormitorio.

Cleo retrocedió, con el pulso acelerado.

—¿Para la sesión fotográfica… o para otra cosa?

—Para la sesión fotográfica. Dejaste muy claras cuáles eran tus normas. Juanita tiene todos tus calendarios y los he estado estudiando. Si lo que buscas es reflejar los aspectos más eró ticos de un hombre, ¿por qué no hacer las fotografías en la cama?

—Hasta ahora me he centrado en aspectos relacionados con el ambiente de trabajo. Además es posible que en tu habitación la luz no sea la adecuada.

—¿Por qué no vas a comprobarlo por ti misma ?

—¿No se te ha ocurrido ninguna otra cosa?

Tom negó con la cabeza.

—Sólo esa. La cama es de troncos de pino, y tengo una manta Pendelton que quizá…

—¿Una manta Pendelton? —Cleo ya comenzaba a tener algunas ideas. El intrincado diseño de una manta de aqu ellas podía quedar perfecto en las foto aunque fueran en blanco y negro. Y una cama como la que Tom había descrito podía darle un toque muy viril. Obviamente, la sugerencia de Tom era exactamente lo que necesitaba: Tom McBride posando en la cama.

—¿Quiere s ir a verlo? —preguntó Tom divertido.

Cleo consideró la tentación que aquello supondría. Pero estaban a media mañana, por el amor de Dios, y no iban a estar solos en la casa. Juanita y Luann debían de andar por allí.

—Sí, iré a echarle un vistazo.

—¿Y qué tal van las otras sesiones? —preguntó Tom mientras se dirigían a la casa del rancho.

—Estupendamente. Mañana termino: tengo una cita con un vaquero por la mañana y por la tarde les haré las fotos a los niños de Juanita.

—Entonces, supongo que necesitaríam os terminar hoy lo nuestro.

—Sí, lo sé, pero antes me gustaría tener una idea más concreta sobre lo que quiero hacer. No quiero hacerte perder el tiempo.

—No te preocupes por eso. Aquí no tenemos la misma obsesión por el tiempo que en la gran ciudad.

—Mi p adre me enseñó que el tiempo es dinero, pero supongo que tú no estás de acuerdo.

—Digamos que me he educado con una concepción diferente del tiempo. Mis padres solían decirnos que no importaba a dónde

queríamos llegar, que lo más importante era tomarse tod o el tiempo que se necesitara para ello.

Cleo pensaba en ello mientras se dirigían hacia la casa. Algunos de sus mejores recuerdos de Montana eran aquellos momentos en los que el tiempo había dejado de tener importancia. La conducción de ganado, por ejempl o, o las fotografías que le había tomado al alce. Incluso el solitario paseo a caballo que tan dramáticamente había terminado había estado libre de toda restricción temporal.

Y, para ser sincera consigo misma, los momentos que había pasado con Tom en la pi scina habían trascendido completamente toda dimensión relacionada con el tiempo. No sabía si aquello había durado una hora o cinco minutos. Lo único que sabía era que aquella experiencia formaría parte de sus recuerdos eternamente.

No había nadie en el sal ón cuando llegaron. Se dirigieron a la escalera que conducía al segundo piso. Un poco de actividad en la casa le habría hecho sentirse a Cleo un poco mejor, pero no la había, de manera que tenía el aspecto de un ratoncito asustado mientras subía a la habit ación de Tom.

—¿Te deslizabas por esta barandilla cuando eras pequeño? —le preguntó, acariciando la madera.

—Sí, y también le enseñé a hacerlo a mi hermana. Pensábamos que nadie sabía que lo hacíamos, hasta que un día nos descubrió mi padre y admitió que é l y mis tíos también lo hacían, y también mi abuelo. Por eso está tan brillante.

—Es una tradición estupenda —comentó Cleo entre risas.

—Sí, lo era.

Conjugó el verbo en pasado, como si pensara que aquella tradición ya había muerto, como si diera ya por sen tado que jamás habría niños en el rancho.

Después de pasar por delante de un cartel que indicaba que aquella era una zona en la que les estaba prohibido el acceso a los huéspedes, Cleo cruzó junto a Tom un largo pasillo que parecía alejarlos cada vez más d e lo que era el centro de la casa.

—Esto está bastante aislado, ¿no?

—Los invitados tiene acceso a casi todo el territorio del rancho. Esta ala es sólo para mí.

Así que estaban en una de las alas privadas de la casa, pensó Cleo cada vez más incómoda.

—¿Sab es? No sé si esto me parece tan buena…

—Ya estamos —abrió una puerta situada al final del pasillo y retrocedió.

Cleo cruzó el umbral y se quedó sin respiración al ver aquella enorme habitación que ocupaba todo el flanco sur de la casa. Lo más impresionan te era la luz del sol, que se filtraba por las ventanas, convertida en el sueño de cualquier artista. La vista en sí misma era espectacular, pero la luz… Cleo había codiciado siempre aquel tipo de iluminación capaz de infundir su magia a cualquier fotografía.

Una enorme cama dominaba la habitación, cubierta por una manta en tonos naranjas y marrones que el tiempo y el sol habían desgastado. Cleo se acercó y acarició aquella lana tan suave como el terciopelo.

Se volvió para estudiar el resto de la habitaci ón, encontrándola limpia, pero tampoco enfermizamente ordenada. La parte de arriba de la cómoda servía como galería de retratos, muchos de ellos antiguas fotografías en color sepia.

—¿Tu familia? —le preguntó.

—Están representadas tres generaciones.

Cleo o bservó atentamente las fotografías y reconoció el rancho en la mayor parte de ellas.

—Tom, ¿hay alguna posibilidad de que pierdas este lugar? —quiso saber. Se volvió y lo descubrió contemplándola desde el marco de la puerta.

Tom se ajustó perezosamente el sombrero.

—Veo que has estado hablando con Juanita.

—No, yo…

—No te molestes en protegerla. No pasa nada. Cuando vi que entablabais cierta amistad, me imaginé que te confiaría sus problemas. Lleva mucho tiempo esperando encontrar una mujer con la que hab lar. Luann no es tan charlatana como ella.

—De acuerdo, Juanita me contó que estaba preocupada. ¿Pero tiene razones para estarlo?

Tom entró entonces en la habitación.

—¿Qué más te da? Tu vas a irte pronto de aquí.

Cleo lo miró a los ojos y comprendió que i ba a tener que andarse con mucho cuidado en aquella habitación. Sería demasiado

fácil olvidarse de sí misma y de sus códigos éticos.

—Tienes razón. No es asunto mío.

—Me gusta que te preocupes —repuso Tom, suavizando la voz—. Supongo que quiere decir que e ste lugar ha sabido llegarte al corazón.

—Por supuesto que sí —«y también tú», debería haber añadido—. Éste es un lugar maravilloso. No sé cómo está tu situación económica, pero si accedes a aparecer en el calendario, estoy segura de que el rancho comenzar á a ser muy conocido entre ciertos sectores femeninos. Contigo en la portada y José y Jeeter en el interior, este rancho se va a llenar de mujeres solteras con la cabeza llena de románticos sueños.

Tom la miró con el ceño fruncido.

—Yo dirijo un rancho, no un centro para mujeres solteras.

—No estoy diciendo que esas mujeres vayan a esperar algo diferente. Y si lo hacen, seguro que podrás arreglártelas perfectamente…

—¿Qué quieres decir? —estaba tan cerca de ella que podría besarla. Cleo temblaba.

—Vamos, Tom. Estoy segura de que aquí no vives como un monje.

—A mí tampoco me gusta mezclar el placer con el trabajo.

—¿Quieres decir entonces que normalmente la piscina no va con vaquero incluido?

—Tu caso ha sido una excepción —le sostuvo la mirada durante unos segundos cargados de tensión—. ¿Estás segura de que quieres esas fotografías para el calendario?

Cleo tragó saliva y retrocedió.

—Sí. Y además creo que tienes razón. Este lugar es perfecto para las fotos. Si tienes esta tarde libre, yo…

—La tengo libre.

—Entonces nos veremos aquí a las tres —lo rodeó y se dirigió hacia la puerta.

—¿No quieres traerte la cámara para que empecemos ahora?

—No, tengo que… limpiar las lentes —era una débil mentira, pero no fue capaz de inventar una excusa mejor para pospone r la sesión. Necesitaba tiempo para consolidar sus defensas antes de someterse a las presiones que iba a sufrir en aquel dormitorio—. Te

veré a las tres.

12

Cleo necesitaba hablar con Bernie antes de volver al dormitorio de Tom. Necesitaba recordarse cuále s eran sus objetivos y qué era lo mejor para Tom y para ella. La llamó desde el teléfono del rancho, cuando todos los demás estaban comiendo porque, por primera vez en su vida, se encontraba sin apetito.

—Me alegro de que hayas llamado —le dijo Bernie—. Se me estaba haciendo insoportable tener que esperar hasta que volvieras, pero me parecía una tontería molestarte cuando sólo te quedan dos días en el rancho.

—¿Qué ha pasado?

—Ya sabes que no estaba demasiado entusiasmada con la idea de apoyar la campaña de promoción de tu padre, pero tengo que reconocer que ha sido un movimiento muy inteligente.

—¿De verdad?

—En vez de limitarse a ofrecer los calendarios como regalo por la compra de productos Sphinx, tu padre quiere ofrecer también los cosméticos como parte del calendario. Están trabajando en toda una línea de productos relacionados con el Oeste para poder coordinarlos con el tema del calendario. Ahora que he visto a Calvin Griffin en acción, comprendo cómo ha llegado hasta donde está. Todo el que se involucre en este proyecto va a ganar mucho dinero.

Cleo pensó inmediatamente en cómo podría ayudar aquel dinero al rancho.

—Qué buenas noticias, Bernie. Y lo mejor de todo es que estoy a punto de conseguir la foto de portada.

—¿Que estás a punto de conseguirla? Creía que ya sabías cuál ibas a utilizar. La de José no estaría mal, o…

—Todavía no has visto la foto, Bernie, porque la voy a hacer esta tarde. Quiero a Tom McBride en la portada, y él ha estado de acuerdo en dejarme utilizar su foto, siempre y cuando p ueda darme el permiso después de verla.

—Espera un momento. ¿Tiene que aprobar él las pruebas? ¿Pero se puede saber qué te han hecho en ese rancho, Cleo?

—Sí, ya sé que no suelo permitir que un modelo apruebe las pruebas de una sesión, pero…

—¿Que no sue les? Es un caso que no se ha dado en toda la historia de tu carrera. Y me pone un poco nerviosa, nena. Tenemos el tiempo justo. Tendrás que enviarle las fotos por correo, y probablemente él tarde semanas en contestar y…

—No te preocupes. He fotografiado a trece va queros, así que aunque Tom no apaiebe las fotos, tendremos el calendario completo.

—Lo cual me recuerda algo: ¿tengo que empezar a enviar invitaciones de boda?

—De momento he abandonado ese plan.

—Estupendo, porque una boda podría echar a perde r la planificación para sacar el calendario y quiero que tengamos todo preparado para cuando Calvin venga con el equipo de Sphinx Cosme tics.

—Y lo estará. Adiós Bernie, nos veremos dentro de un par de días.

Tom permanecía frente a las ventanas de su dorm itorio cinco minutos antes de las tres. Las había abierto un poco para dejar que entrara la brisa, y de paso bajar la temperatura de su propio cuerpo.

A las tres en punto, Cleo salía de la cabana. Caminaba sin prisa y los rayos del sol danzaban sobre su pe lo. Tom admiró la decisión con la que caminaba, como si estuviera desafiando al mundo a interponerse en su camino. Y admiraba también la actitud resuelta y valiente con la que se enfrentaba a la adversidad. Ambas cualidades eran imprescindibles para una mujer de Montana. Y aquella tarde era decisiva para saber las implicaciones que aquellas características podían tener en su vida. Si Cleo mantenía una distancia profesional durante la sesión de fotografías, demostraría su capacidad para poner su carrera por delante de sus sentimientos. Algo que, evidentemente, tenía derecho a hacer, pero Tom quería

saber cuál era la opción de Cleo antes de decidirse a arriesgar por segunda vez su corazón.

Cleo le había dicho que dudaba que viviera como un monje. Pero se sorpr endería al descubrir que era eso precisamente lo que había estado haciendo. Y mucho más al enterarse de que no era ella la única que tenía que bregar con problemas de frustración.

—Estoy aquí.

Tom se volvió lentamente hacia ella.

—Sí, ya lo veo.

Cleo se ac laró la garganta.

—Bueno, he estado pensando en varias poses, y creo que deberíamos empezar por…

—Creo que deberíamos empezar por cerrar la puerta.

—Oh, no creo que sea necesario.

—Es absolutamente necesario. Quizá no sea lógico, teniendo en cuenta que e l calendario va a verlo medio mundo, pero no me apetece que también sea pública la sesión de fotografía.

—De acuerdo —cerró la puerta.

Al instante se incrementó la tensión que había en el ambiente. El corazón de Tom comenzó a latir como una locomotora.

—Me gustaría que te sentaras en la cama —le pidió Cleo—, cerca de las ventanas, para que la luz ilumine tu rostro.

—De acuerdo —se sentó—. ¿Y ahora qué?

Cleo quitó la tapa de la cámara.

—Déjame comprobar una cosa —Tom miró directamente al objetivo mientras Cl eo se agachaba y lo enfocaba—. Muy bien. La luz es perfecta. Levanta un poco el sombrero.

Tom se echó el sombrero hacia atrás con el pulgar, sin apartar los ojos de la cámara.

—Para ser alguien al que no le gusta que le fotografíen pareces muy relajado.

—Q uizá porque sé exactamente lo que espero de esto.

Cleo tragó saliva y disparó la cámara un par de veces.

—Genial. He hablado con mi ayudante al medio día. Hemos conseguido una promoción importantísima para el calendario —dio unos pasos y volvió a disparar— . Bernie dice que todas las personas que de una forma u otra estén vinculadas con el proyecto, podrán ganar mucho dinero. Para ti debería ser una buena noticia.

—Siempre y cuando seas capaz de conseguir unas fotos decentes esta tarde.

—¿Qué? —Cleo bajó l a cámara y se quedó mirándolo fijamente.

—Toda esta conversación sobre promociones y dinero no me parece muy excitante. Y por lo que pude ver, no es esta tu forma de preparar habitualmente a los modelos. Te estás conteniendo,

Cleo.

—¡Antes necesito ambien tarme un poco!

—¿Quieres que te ayude?

—¡No! Quiero decir… —parecía confundida. Se colgó la cámara al cuello y se pasó la mano por el pelo—. Sí, tienes razón. Estoy nerviosa. Ésta es la primera vez que fotografío a un hombre por el que siento algo.

—Quiz á eso pueda ayudarte —comenzó a desabrocharse la camisa.

—¡Espera! —Tom estuvo a punto de soltar una carcajada ante el pánico de su voz. Se detuvo y la miró con extrañeza—. Quí… quítate las botas. Sí, me va a gustar esa foto. Un ranchero al final del día , sentado en la cama y quitándose las botas. Me gusta.

—De acuerdo —tenía ya la primera bota en la mano y estaba a punto de tirarla al suelo.

—Mírame —le ordenó, acuclillándose frente a él.

Tom obedeció, aunque deliberadamente, no adoptó ninguna expresión. No le resultaba nada fácil mantener la frialdad, cuando la fragancia de Cleo inundaba todos sus sentidos, pero tenía que hacerlo. Cleo iba a tener que trabajar para conseguir lo que esperaba de él.

Cleo hizo la fotografía, pero su ceño fruncido indicaba q ue no estaba satisfecha.

—De acuerdo. Ahora la otra bota. Muy bien. Quítatela lentamente. Ahora mírame otra vez. Sí, así está mejor.

Maldita fuera, pero su voz ya estaba teniendo efecto sobre él.

Cleo se levantó y se colocó frente a él.

—Déjame pensar un m inuto.

—Cuando fotografiaste a Jeeter no tuviste que pensar nada.

—¿Crees que no lo sé? Jeeter sólo era otra página para el calendario, pero esto… esto tiene que ser especial.

—Entonces tendrás que atacar para conseguirlo. A no ser que

quieras olvidarte del calendario y nos limitemos a pasar un buen rato.

—No —contestó decidida—. Estamos trabajando. Venga, quítate la camisa.

Tom se tomó su tiempo en desabrocharse la camisa. Durante todo momento, mantuvo la mirada clavada en la cámara. Para cuando se quitó la camisa y la tiró al suelo, podía oír ya los cambios que se estaban produciendo en la respiración de Cleo.

—Échate hacia atrás, apoyándote sobre los codos —hablaba en un tono estrictamente profesional.

—¿No vas a decirme lo atractivo que estoy sin camis a?

Cleo soltó un juramento, y Tom sonrió. Tras tres rápidos disparos, Cleo se acercó a la cama y se inclinó ligeramente sobre él.

—Desabróchate el cinturón.

Aquello se estaba poniendo difícil. En cuanto se desabrochara el cinturón, Cleo iba a darse cuenta de lo excitado que estaba.

—Y ahora el último botón del pantalón —continuó disparando casi con furia.

—Te deseo, Cleo.

—No me digas nada. Desabróchate el siguiente.

Tom obedeció, muy lentamente.

—Ya estás viendo lo mucho que te deseo. Déjame desnudarte, qu iero que hagamos el amor en esta cama.

—¡Basta ya! —tomó dos fotografías más.

—Déjame acariciarte, Cleo. Déjame mostrarte todo lo que soy capaz de hacer para darte placer.

—No.

—Quiero ver tu rostro cuando me hunda en ti.

—¿Qué estás haciendo, Tom? —gritó Cleo. La cámara temblaba entre sus manos mientras ella luchaba para recuperar el control.

Tom se incorporó lentamente, se quitó el sombrero y le arrebató la cámara.

—Intentar hacerte entender —musitó, quitándole la cámara del cuello y dejándola en la mesil la—. ¿Ya has conseguido lo que querías?

—No lo sé —contestó Cleo con voz estrangulada.

—Pues yo creo que no —la tomó de la mano y la condujo hasta la cama—. Veamos si esto se parece más a lo que estabas buscando

—comenzó a desabrocharle los botones de la c amisa.

—No puedo —susurró suplicante, mirándolo a los ojos—. No puedo —pero no hacía nada para detenerlo.

—Sí, claro que puedes —se inclinó y besó la delicada piel de su cuello, mientras continuaba desnudándola.

—Yo nunca… he dejado que… ninguno de mis modelos…

—Pero esta vez lo estás deseando —se deshizo de sus ropas y acarició sus senos, su cintura y la sedosa piel de sus muslos. Cleo gemía y temblaba bajo sus caricias, mientras sacudía lentamente la cabeza, como si pretendiera negar lo que estaba o curriendo, pero sin intentar en ningún momento impedirlo.

—Perfecto —musitó Tom contra su piel cuando estuvo completamente desnuda.

—No, Tom —tenía serios problemas para respirar—. No podemos hacer esto, de verdad. Nosotros…

Tom la acalló con un beso que la dejó vibrando entre sus brazos.

—No quiero hacerlo —se lamentó Cleo cuando Tom liberó sus labios.

—¿De verdad, Cleo? —murmuró Tom contra su seno mientras buscaba con las manos la febril humedad que se escondía entre sus muslos—. Creo que tienes un seri o problema de credibilidad, cariño.

—Me da miedo que… —jadeó mientras Tom profundizaba sus caricias.

—¿Descubrir que eres humana? ¿Descubrir que un hombre puede hacerte perder el control de tu prodigiosa autodisciplina?

—¡Sí!

—Pues ésa es la razón por la que estoy aquí — alzó la cabeza para mirarla a los ojos—. Necesito ver que eso sucede.

—Lo tenías todo planeado —susurró Cleo.

—Simplemente deseaba que esto ocurriera. Pero no pretendo forzarte. Bastará que me digas que me detenga para que no vuelva a toc arte.

—Pa… —empezó a decir Cleo. Tom obedeció, sentía la sangre latiendo en su cerebro mientras esperaba—. No, sigue Tom. Por favor, sigue. Quiero que hagamos el amor hasta que no sea capaz de pensar.

Tom, envuelto en una oleada de júbilo, le sonrió con inmensa

ternura.

—Sí, señora. Estaré encantado de hacerlo.

El contacto de las manos y la boca de Tom sobre su cuerpo ya se habían encargado de arrebatarle parte del control. El resto desapareció cuando se quitó los pantalones y cubrió con un preservativo s u considerable erección.

—Ahora —le pidió Cleo, anhelando llenar el vacío que había descubierto en su interior—. Ahora, Tom.

—Sí, ahora.

Cleo clavó la mirada en la rústica belleza de aquel rostro mientras Tom se colocaba sobre ella. Enmarcó su rostro con a mbas manos, intentando memorizar su forma de mirarla, aquella combinación perfecta de ternura y pasión. Sabía que jamás capturaría una mirada como aquella con la cámara.

Tom volvió la cabeza para besarle la mano y volvió a mirarla a los ojos.

—Oh —un dulce gemido escapó de la garganta de Cleo propulsado por una sensación de plenitud que hasta entonces no había conocido. Tom la llenaba, haciéndole olvidarse de todo lo que no fuera la certeza de haber alcanzado el que era su destino.

—Cleo —Tom sonrió débilme nte mientras retrocedía ligeramente par completar de nuevo el milagro.

—Tom —jadeó Cleo—. Tom, yo…

—Disfruta, Cleo, limítate a disfrutar —se movía lentamente en su interior, haciendo vibrar de placer todo su cuerpo—. La vida no nos ofrece momentos como estos demasiado a menudo.

Cleo siempre había considerado el sexo como algo desesperado, confuso en ocasiones. Pero Tom no estaba ni siquiera mínimamente confundido. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, y lo que estaba haciendo le resultaba a Cleo senc illamente increíble. La tensión había desaparecido de su cuerpo para concentrarse en un solo punto, al que Tom estaba prodigando toda su atención.

Maravillada por la perfección de cada uno de sus movimientos, Cleo, por primera vez en su vida, renunció a ma ntener ningún tipo de control sobre su cuerpo.

—Ahora estás empezando a ceder —musitó Tom—. Relájate. Vamos a ir muy lentamente hasta el final.

Por vez primera también, Cleo no cuestionó su consejo. Tom la

estaba guiando a través de un mar extraño y descon ocido al que nunca se había permitido desplazarse. Jamás había confiado suficientemente en un hombre para permitirle hacerse cargo de una navegación como aquélla. Sí, por supuesto que había disfrutado del sexo, pero siempre dominando la situación.

Dominio que en aquella ocasión perdió por completo. Se arqueó contra Tom, deseando mostrarle cuánto anhelaba lo que él le estaba dando, sin avergonzarse de mostrar su vulnerabilidad.

—Sí, cariño, sí —susurró Tom.

Cleo lo miraba a los ojos, grises y plácidos como l as nubes de la lluvia, pero capaces de albergar una tormenta mientras continuaba paseándola por aquel jardín de las delicias. Cuando incrementó el ritmo, Cleo se encontraba indefensa entre sus brazos, girando sin cesar en aquel río plagado de rápidos espumosos y flores de colores brillantes, hasta dejarse arrastrar por una cascada de sensualidad que desató el grito de júbilo y placer que había ido alimentando en su pecho.

Tom apaciguó el ritmo, absorbiendo las vibraciones de Cleo contra su cuerpo, pero sin dejar de moverse. Sin pronunciar palabra, sacudida por la fuerza del orgasmo, lo miró admirada.

La sonrisa de Tom hizo temblar su corazón.

—Creo que era esto lo que querías —susurró Tom, estrechándola entre sus brazos.

Poco a poco, Cleo fue recuperando el habla. Al cabo de unos minutos, dijo en un susurro.

—Yo… jamás me había sentido así —«enamorada», debería haber añadido mientras se deleitaba en las continuas caricias de Tom.

—Entonces ya era hora de que lo hicieras… Humm —cerró los ojos y apretó los labios—. Guau. Casi me estás haciendo… Oh, Cleo, tranquilízate.

—Me has llevado al límite, vaquero. Ahora tendrás que atenerte a las consecuencias.

Toda la maraña de nervios que había impedido que Cleo durmiera plácidamente durante años, se deshizo como por encanto y terminó dormida en brazos de Tom. La despertó tiempo después la brisa fresca que se filtraba por la ventana. La mágica luz que la había seducido nada más entrar al dormitorio había desaparecido.

Cleo se levantó sin despertar a Tom y observó c ómo acariciaban los últimos rayos del sol aquel cuerpo adorable.

Se acercó a la mesilla de noche y tomó la cámara. Todavía le quedaban cinco fotos para enfocar aquel cuerpo que la luz del atardecer hacía parecer esculpido en bronce.

La manta resultó ser un fondo tan perfecto que Cleo deseó tener un carrete a color. Le habría encantado atrapar los ricos matices de su pelo castaño bajo aquella luz.

Disparó dos veces. Su entusiasmo era cada vez mayor. La composición, la luz, el tema… todo era perfecto. Buscó otro ángulo y disparó de nuevo. Hizo una cuarta foto, convencida de que aquellas iban a ser las mejores de su carrera.

Y cuando estaba efectuando el último disparo, Tom abrió los ojos.

—¿Qué estás haciendo?

—Unas fotos.

Tom se incorporó inmediatamente.

—¿ Y revelas tú esas fotos?

—No, trabajo con un laboratorio que…

—Supongo que entonces ya no hay nada más que decir sobre la posibilidad de que salga yo en el calendario.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cleo, repentinamente nerviosa.

—Una cosa son las fotogr afías con cierto grado de erotismo, y otra muy diferente un desnudo.

—¡Pero si no voy a usar los desnudos en el calendario! —no, simplemente se había imaginado exponiendo esas fotos en alguna galería de arte de Manhattan.

—No me importa. Ni siquiera estoy dispuesto a permitir que me vean desnudo los del laboratorio. Tendrás que velar ese carrete.

13

—No, me niego a velar un carrete así —Cleo sostenía la cámara contra su pecho, como si temiera que fueran a quitársela.

Tom suspiró pesadamente y se sentó en el borde de la cama.

—¿Y qué plan tienes para esas fotografías?

Cleo se sonrojó, lo que ante los ojos de Tom le hizo parecer mucho más apetecible.

—Nada sin tu permiso, por supuesto.

—¿Y para qué planeabas pedirme permiso?

—Nadie te reconocerá. Tu cara estab a en sombra.

Tom sintió una oleada de furia incontenible.

—¿Quieres decir que pretendes enseñar esas fotos?

—Tom lo que acabo de hacer no son simples fotografías, son una obra de arte. En una galería, serían…

—¿En una galería? —se levantó de la cama para acercarse a ella.

—No grites, pueden oírte.

—¡En mi casa puedo gritar todo lo que me apetezca! ¡Y la cuestión es que me apetece! Porque me temo que ésta es la única forma de que entiendas que no pienso permitir que cuelgue una fotografía de un desnudo mío en ningún lugar del planeta.

—No seas tan provinciano —Cleo fue retrocediendo hasta chocar con una silla de roble.

—No puedo ser otra cosa. He nacido en el campo, en Montana, y no tengo el menor interés por las galerías de arte.

—Tu nombre no aparecerá en ninguna parte. Eso sólo es para las fotografías del calendario, para que la gente sepa que los hombres que aparecen son reales. Esto es otra cosa, es algo más imaginativo. He conseguido unas fotos perfectas, estoy segura de que incluso podría ganar algún premio.

—Déjame ver si lo entiendo: no querías acostarte conmigo porque pensabas sacarme en el calendario, pero no te importa acostarte conmigo y exhibir mi desnudo por toda Nueva York.

—Exacto. Porque el calendario es deliberadamente provocativo, y los mo delos están perfectamente identificados, por eso quiero asegurarme de que todo el mundo sepa que no me acuesto con los modelos.

—Pero no te importa acostarte con alguien y fotografiarlo después.

—No, porque esas fotografías no tenían ningún contenido eróti co.

—¿Ah no? Estoy desnudo, tumbado en la cama. Por si quieres saberlo, a mí me parece que eso tiene un alto contenido erótico.

—Son fotos sutilmente sensuales, no abiertamente excitantes, porque las he tomado con ternura y poniendo una especial atención e n su belleza.

—¿Belleza?

—Sí, belleza. Al verte tumbado, iluminado por esa luz tan especial —se estremeció—. La artista que hay en mí me ha obligado a hacer esa fotografías. No eran fotos hechas para ganar dinero, han sido fotos hechas por amor… —desvió la mirada—. Pero no tiene sentido explicártelo. De todas formas no me entenderías.

Tom sintió una presión extraña en el corazón.

—Creo que estoy empezando a entender algo —musitó—. Ven aquí —la tomó por los hombros, se sentó en la silla y la puso en su reg azo —Cleo acababa de decir que había hecho aquellas fotos por amor, y eso sólo podía significar que Tom tenía ganado más terreno del que esperaba.

Cleo se acurrucó contra él.

—Por favor, no me pidas que destroce esta película. Tienes derecho a hacerlo, por supuesto, no sería capaz de revelarla siquiera sin tu consentimiento, pero, por favor, no me pidas algo así.

—Te dije desde el primer momento que soy un hombre celoso de mi intimidad. Y lo que hemos compartido es algo estrictamente privado.

—Lo sé, pero t e prometo que no te reconocerán. Además, en el laboratorio no le prestan ninguna atención a las fotos. Tienen un montón de clientes especializados en desnudos artísticos, son

inmunes a ese tipo de cosas.

Pero el que no era en absoluto inmune a un cuerpo de snudo era el mismo Tom. De hecho, Cleo estaba resultándole mucho más convincente al continuar sentada en su regazo que con todos sus razonamientos.

—Déjame pensar en ello —le dijo, a pesar de que le resultaba imposible pensar en aquella postura—. Como no t e acuestas con los modelos de tus calendarios, eso quiere decir que ya no puedo salir en la portada.

—Digamos que he violado mi propia regla.

¡Y de qué manera!, se dijo Tom mientras jugueteaba con su pezón.

—Y como es una regla que tú misma te has impuesto , todavía tienes que decidir lo que vas a hacer.

—Pero aunque decidiera utilizarla, es posible que tú no me autorices cuando te envíe las pruebas.

—Supongo que en el envío incluirás las fotos de mis desnudos.

—Sí.

—Pero basta que yo diga una palabra para q ue me entregues ahora mismo ese carrete.

Cleo se irguió en sus brazos. Sus muslos se restregaban suavemente contra su erección.

—Sí, de hecho —abrió la cámara para sacar el carrete—, lo dejaré en tu mesilla de noche hasta mañana, para que puedas decidir lo que quieres hacer con él —se levantó y dejó el carrete en la mesilla.

—Cleo, no te vayas todavía.

Cleo dejó la cámara, abrió un cajón de la mesilla y sacó un preservativo.

—Oh, todavía no me voy —regresó a su lado—. Tal como están las cosas, parece que co ntinúas dispuesto a hacerme caer en desgracia.

Tom la miraba mientras abría el envoltorio del preservativo.

—¿Tienes más carretes?

—Siempre llevo más carretes. ¿Quieres que nos hagamos unas fotos para recordar este momento?

—Disos mío, no. Lo que quiero es que me prometas que no vas a volver a utilizar la cámara otra vez.

—En ese caso, me concentraré únicamente en ti.

Cleo pensó que lo que estaba haciendo era recuperar el tiempo perdido. Y al parecer Tom también. Parecían incapaces de saciarse el uno del ot ro. Pero ya cerca de la noche, se pusieron el mínimo de ropa para ocultar su desnudez y bajaron a los dominios de Juanita con intención de asaltar el frigorífico, sin olvidarse de hacer desaparecer después todo rastro que pudiera delatar su presencia.

—Aun así, estoy seguro de que se enterará de que hemos estado —comentó Tom mientras subían de nuevo al dormitorio.

—No te preocupes. Yo tengo ciertos privilegios en la cocina.

—¿Y te das cuenta de que eres la única que ha conseguido de Juanita un tratamiento d e ese tipo?

—Eso es porque le gustan mis calendarios.

—Eso es porque le gustas tú —contestó Tom dándole un beso en los labios. Estaban ya en el pasillo que conducía al dormitorio.

—Ella también me gusta. Y su café me gusta casi tanto como ella. Voy a echar les de menos a los dos.

Cruzaron la puerta del dormitorio y Tom la cerró tras ellos.

—Cleo…

Cleo adivinó lo que iba a decir a continuación y sacudió la cabeza.

—No puedo hacerte eso.

—¿El qué?

—No puedo consentir que vuelvas a enamorarte de una una neoyo rquina. No quiero hacerte sufrir obligándote a ir a Nueva York porque yo nunca pueda estar aquí. Y hay algo más. Algún día querrás tener hijos y yo no soy la mujer adecuada para ello.

Tom buscó sus ojos y la miró fijamente.

—No me mires así. No estoy prepa rada para la maternidad.

—¿Ah, no? —desabrochó los botones de su blusa y acarició sus pezones. A pesar de sí misma, Cleo se imaginó amamantando a un bebé. Un bebé con los ojos de Tom—. Tú eres el tipo de mujer en la que cualquier hombre pensaría para tener hijos, lo quieras o no.

—Eso no es verdad.

Tom terminó de desabrocharle los botones y la estrechó contra su erección.

—Pero estás pensando en ello.

Sí, era cierto, el miembro erecto de Tom le transmitía un

mensaje diferente en aquella ocasión.

—Eso es sól o porque hemos pasado las últi mas horas dedicados a una actividad que tiene algo que ver con la creación de un bebé. Pero eso no… no… —sus palabras se ahogaron en la profundidad de la mirada de Tom.

—Después de lo que sucedió —contestó Tom con especi al intensidad—, creía que jamás volvería a desear dejar embarazada a una mujer. Pero parece que estaba equivocado.

Cleo se sintió envuelta en una oleada de calor. Estaba desesperada por hacer el amor con él, por sentirlo nuevamente dentro de ella, sin ning ún tipo de barreras.

—Quiero hacer el amor —le pidió.

Consiguieron llegar entre besos hasta la cama. Se sentaron en el borde y Tom le hizo inclinarse hacia atrás, con los pies todavía en el suelo mientras él se quitaba los pantalones. Cleo lo reclamaba sin cesar, presa de una extraña locura, abriéndose para él.

—Espera, tenemos que… —empezó a decir Tom.

—No —lo ayudó a liberarse de los calzoncillos y le rodeó las caderas con las piernas.

—Espera un momento —jadeó Tom—. Sólo hasta…

Cleo gimió en voz alta mientras él se hundía en ella. A los pocos segundos, alcanzó el orgasmo.

—Cleo, no puedo… parar —y se estremeció en su interior mientras se escapaba un grito de su garganta.

—No debería haber hecho eso —se lamentaba Tom tiempo después, asomado a la vent ana.

—Hacen falta dos para cometer una estupidez de ese tipo —replicó Cleo mientras se vestía—. Has intentado detenerme, pero no te he dejado. Además, no tienes por qué preocuparte, de una cosa así no necesariamente tiene que producirse… un accidente.

To m se apartó de la ventana y posó las manos en los hombros de Cleo.

—Has sido como un silbido en medio de la oscuridad. Te has abierto a mí como un campo de flores para una abeja y lo sabes.

Sí, lo sabía. Hasta entonces sólo habían hecho el amor. Pero lo úl timo, lo último había sido algo muy especial. Aun así, las probabilidades continuaban estando de su lado. Cleo conocía parejas que habían hecho el amor sin ningún tipo de protección

durante años y no habían conseguido concebir los hijos que deseaban.

—Eres un romántico —le dijo con una sonrisa—. Y estás un poco paranoico, aunque quizá sea comprensible. Pero no te preocupes, no pasará nada.

—¿Y qué ocurrirá si te has quedado embarazada?

Sería un desastre, pensó Cleo, aunque no pudo evitar ofrecerle a Tom una sonrisa. Se estaba convirtiendo en una insensata.

—Te prometo que no haré lo que hizo Deidre.

—¿Por qué no?

«Porque te quiero». Pero no se atrevió a confesárselo a él.

—Porque tú también tienes ciertos derechos — \e dip. Derechos que Deidre ignoraba—. Ten dría el bebé y después lo mandaría a Susurros del Viento. No se me ocurre un lugar mejor para un niño. Juanita podría… ocuparse de él —se aclaró el nudo que tenía en la garganta—. Pero todo esto es una tontería. Estoy convencida de que no estoy embarazad a.

—Yo no sólo querría al bebé —susurró Tom, acariciándole la mejilla—. También te querría a ti. —Lo sé. Pero no soy la mujer indicada. —Yo no lo veo así —la besó, sin disimular su desesperación.

Y Cleo respondió, entre otras cosas porque también ella esta ba desesperada. Pero tenía que salir de aquella habitación antes de que llegaran a un acuerdo que sería un error para ambos. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se separó de él. —Voy a volver a la cabana. —Te acompañaré.

—No. Si me acompañas terminarás entra ndo y empezaremos de nuevo.

—¿Y qué? Te prometo que utilizaré un preservativo.

—Ése es el problema. Me gusta más hacerlo sin nada.

—Cleo, sabes que tenemos que estar el uno con el otro. Deja de resistirte y…

—¿Y renunciar a todo lo que tanto me ha costad o conseguir? —miraba aquel rostro adorable, sabiendo que la decisión que iba a tomar era tan importante para él como para ella—. No, déjame marcharme, Tom. Déjame irme para poder reunir las fuerzas que me faltan para alejarme de ti. Tanto tú como tu rancho me habéis hechizado. Ha sido maravilloso, pero no es esto lo que quiero para

el resto de mi vida. Déjame marcharme, Tom.

Desvió la mirada, incapaz de soportar la angustia que se reflejaba en los ojos de Tom. Tomó la cámara y se dispuso a salir de la habit ación.

—Puedes llevarte el carrete y utilizar esas fotografías para lo que quieras. Al fin y al cabo, ésa va a ser mi única manera de poder formar parte de tu vida.

Tragándose las lágrimas, Cleo se acercó a la mesilla de noche y tomó el carrete. Ya tenía t odo lo que quería. Claro que sí.

—Gracias —susurró. Y se marchó.

Cleo mantuvo su cita con el último vaquero a la mañana siguiente, cita que tras lo ocurrido la noche anterior, se había convertido en una medida de seguridad. Considerando el estado mental en el que se encontraba cuando había fotografiado a Tom, no estaba segura de que ninguna de las fotografías que le había tomado pudiera servir para el calendario.

Las que le había hecho tras hacer el amor, eran otra historia. Pero las del calendario quizá tu vieran que ir directamente a la basura.

Tras una noche de insomnio, Cleo se dirigió al coche que la agencia le había vuelto a a enviar. Había descubierto un bosquecillo en una zona de picnic, cerca del rancho y había quedado en encontrarse allí con Jake. L a pose que tenía en mente era la del vaquero apoyado contra un inmenso pino en el que un par de enamorados habían grabado sus iniciales. Perfecto para febrero. Aunque las fotografías de Tom funcionaran, podía sugerirle a Bemie que publicaran un calendario que co menzara en diciembre, así podrían emplear todas las fotos.

Aparcó el coche en la zona destinada para ello y tras apagar el motor se llevó la mano al vientre, algo que había hecho ya varias veces durante las últimas horas. Por supuesto, no estaba em barazada. Lo único que tenía que hacer era alejarse de Tom, alejarse de Montana para que desaparecieran de su mente aquellas ideas absurdas. Ni siquiera sabría cómo decirle a su padre una cosa así. Afortunadamente, no tendría ningún motivo para hacerlo.

Ja ke todavía no había llegado, así que salió del coche y se dirigió hacia el árbol en el que tenía que tomar las fotografías. La fragancia de los pinos le recordó la noche de la piscina de agua

caliente. Posó la mano en la rugosa corteza del tronco y alzó la mirada hacia las ramas por las que se filtraban pedacitos de cielo. Después siguió con el dedo el trazado del corazón grabado en el tronco. Y se le llenaron los ojos de lágrimas al imaginarse a dos adolescentes hablándole al mundo de su amor.

Era un proce so muy simple: encontrar a alguien, enamorarse y prometerle amor eterno. No hacía falta seleccionar candidatos detrás de una cámara.

Jake llegó en su reluciente camioneta negra y se acercó caminando con jactancia hacia ella. Cleo escogía con frecuencia a h ombres algo engreídos porque sabían de antemano cómo proyectar su sexualidad.

Jake se llevó la mano al ala de su sombrero blanco.

—Tiene un aspecto estupendo —la saludó.

—Gracias, tú también —y era cierto, pensó. Pantalones ajustados, botas relucientes y u na camisa que realzaba la perfección de sus músculos. Tenía los ojos de un negro intenso y el pelo del mismo color, un poco largo además. Las mujeres iban a poder disfrutar de aquel modelo durante el mes de febrero. Pero ella no era capaz de sentir nada por él.

La ligera punzada de excitación que acompañaba el inicio de cualquier sesión fotográfica, no había aparecido aquella vez.

—Tal como te dije, quiero que utilices este árbol.

Jake rió suavemente.

—Conozco al chico que grabó esas iniciales.

—¿De verdad?

—Sí. Fui al colegio con él. Y lo último que he oído de ellos es que han tenido cinco hijos.

Cleo volvió a llevarse la mano al vientre.

—¿De verdad? ¿Y tú? ¿También tienes hijos?

—No, por Dios. Ni siquiera estoy seguro de que me apetezca tenerlos. Los hijo s sólo traen problemas.

—¿Y qué piensa de eso tu novia?

Jake la miró atentamente.

—Suzzane y yo rompimos precisamente por ello. Ahora está casada, y ya viene el primer bebé en camino.

—Oh. Lo siento, no debería haberte preguntado…

Jake esbozó una lenta s onrisa.

—¿Por qué no? Ésa es la pregunta que hacen la mayor parte de las mujeres cuando quieren enterarse de si un hombre está disponible. Y así es exactamente como estoy yo. ¿Y qué me dices de ti? ¿Hay alguien especial en tu vida?

Sí, lo había, pensó Cl eo. Un candidato perfecto para enamorarse de él.

—Quizá haya hecho una pregunta demasiado personal —se lamentó Jake—. Lo siento.

—No, no es demasiado personal —intentó sacar a Tom de su mente—. Sí, si hay alguien…

—Me lo imaginaba. Las mujeres proyectan algo especial cuando están enamoradas.

—Venga, vamos a empezar la sesión —le pidió Cleo, cambiando rápidamente de tema.

Le ordenó que apoyara un hombro y la cadera contra el árbol y se agachó para tomar la fotografía. Era un ángulo extremadamente erótico. Normalmente, habría reaccionado ante la carga de sexualidad de aquella pose, pero en ese momento se sentía como si le estuviera haciendo una foto a una bala de heno.

—Tienes un cuerpo bonito —dijo, pero en vez de utilizar el tono ronco y seductor con el qu e normalmente hablaba a sus modelos, parecía estar haciendo una evaluación clínica.

—Gracias.

Cleo se maldijo. Tenía que entrar en ambiente, y no tenía todo el día para hacerlo.

—Dime lo que más te gusta del cuerpo de una mujer.

Jake soltó una carcajada.

— ¿Se supone que esto es para un programa X o para un programa familiar?

—Quiero verte sexy. Quiero que la foto transmita una fuerte carga de deseo.

—De acuerdo. En ese caso, diría que lo que más me gusta de una mujer son sus senos. Me encanta tocarlos, sost enerlos entre mis manos, y besarlos… sobre todo si a ella también le gusta —apareció en sus ojos el brillo del deseo—. Y los pezones, el modo en el que se endurecen cuando poso mi lengua sobre ellos. Me gusta hacerlo cuando ya me he hundido en ella…

C leo aprovechó aquel estado al que Jake había llegado para

disparar, pero había perdido el instinto que hasta entonces la había guiado. Aunque Jake había entrado completamente en lo que le pedía, ella no era capaz de conectar con sus evocaciones porque… porque no era Tom. Cuando descubrió que era eso lo que le pasaba, la cámara estuvo a punto de caérsele al suelo.

Intentó negarlo, achacando al propio Jake su falta de entusiasmo. Pero en el fondo de su corazón, mientras apretaba furiosamente el obturador, s abía que había ocurrido lo que durante tanto tiempo había temido: había roto sus reglas, había interrumpido el flujo de creatividad que tantos éxitos le había reportado. Había perdido el toque mágico para hacer aquellas fotos que la habían hecho famosa. Y jamás iba a recuperarlo.

14

Un sexto sentido hizo salir a Tom al porche justo en el momento en el que la joven se dirigía a fotografiar su último vaquero. Tom la observó con las entrañas encogidas, consciente de cómo se comportaba Cleo durante aquellas ses iones. Sabía que la sesión de la mañana no iba a terminar como la del día anterior, pero aun así, no le hacía ninguna gracia que Cleo se sirviera de su voluptuoso tono de voz para conseguir que los hombres la miraran con lujuria.

Pero aquél era su trabajo y le gustara a él o no, iba a continuar dedicándose a ello. Así que lo que tenía que hacer era concentrarse en algo más productivo, como intentar negociar un plazo más largo para pagar el préstamo. Con un suspiro, entró de nuevo en la casa y se dirigió a su despacho.

Cuando llegaron las doce, ya había hablado con infinitos banqueros. Fue al comedor, esperando que Cleo hubiera decidido comer con todo el mundo para variar, pero no estaba allí. Tom se dedicó a charlar con los otros huéspedes, intentando reír y actuar como si se tratara de un ser humano perfectamente normal, aunque se sentía como si lo hubieran vaciado.

Juanita entró en el comedor con una fuente de patatas y ensalada y miró directamente a Tom.

—Por si quieres saberlo, esta tarde va a hacerles las fotos a Peter y a Rosa en el patio.

—Gracias —se imaginaba que Juanita había sido capaz de advertir la agonía por la que estaba pasando, a pesar de los esfuerzos que estaba haciendo para disimularlo. Si la amenaza de perder el rancho ya era suficientem ente mala, la de perder a Cleo lo estaba destrozando.

—¿Quieres sentarte y comer un poco? —le preguntó Juanita.

Tom sacudió la cabeza.

—Haz que se quede —le sugirió la cocinera.

—No creo que pueda —replicó él, forzando una sonrisa.

—Inténtalo al menos —con testó ella, y fue a servir la comida.

Tom lo intentaría si supiera que podía servir de algo. Pero la última noche le había dado lo mejor de sí mismo, y aun así no había sido suficiente. Tras intercambiar algunas palabras con los huéspedes, salió del comedo r. Al día siguiente a esa misma hora, Cleo ya no estaría allí. Él no era capaz de aceptarlo, pero tampoco sabía qué podía hacer para evitarlo.

Salió al corral, ensilló a Red y lo montó dejando que el caballo galopara a toda la velocidad que el terreno perm itía. Cabalgó duramente, pero no encontró así la paz que normalmente recuperaba montando. Al final, decidió regresar, y al acercarse al rancho vio a Cleo conduciendo el descapotable y aparcándolo al lado de su cabana.

Detuvo a su caballo y se inclinó sobre la silla, observando atentamente a Cleo mientras salía del coche y entraba en la cabana.

La conexión que se había forjado entre ellos tiraba de él como si fuera un novillo enlazado. Mientras espoleaba a Red para ponerlo de nuevo en marcha, se preguntaba s i sentiría lo mismo cuando Cleo estuviera a miles de kilómetros. Por la intensidad de la sensación, suponía que sí. Pero Cleo tampoco quería que él fuera a Nueva York. Lo había dejado perfectamente claro.

Tom se tomó su tiempo para volver al corral y desen sillar el caballo. No quería llegar al establo antes de que Cleo hubiera terminado la sesión fotográfica con los niños. Pero tenía que verla, tenía que hablar con ella por lo menos una vez más y aquella podría ser su última oportunidad.

El sonido de unas r isas infantiles procedentes del establo llegó hasta él y sonrió. Por un breve instante, se permitió imaginarse a Cleo fotografiando a sus propios hijos, pero no podía persistir en sus fantasías demasiado tiempo, no cuando había tan pocas probabilidades de que llegaran a hacerse realidad.

Juanita lo miró cuando lo vio aparecer en la puerta del establo, pero Cleo ni siquiera se dio cuenta de que llegaba.

—Ha sido un salto mortal estupendo, Peter — estaba diciendo—. Venga, hazlo otra vez.

—¿Quieres ver como ha go una voltereta lateral? —preguntó Rosa.

—Claro que sí —contestó Cleo mientras disparaba—. Mira hacia aquí, Peter. Estupendo. Y ahora dime, ¿tienes un osito de peluche?

—Sí, el osito Freddy.

—¿Y cómo es de grande?

Peter alzó los brazos mientras Cleo dispa raba.

—¡Allí va! —gritó entonces Rosa.

Cleo se volvió hacia ella, intentando retratar su intento de voltereta.

—Eso ha estado muy bien. Si sigues así terminarás en las Olimpiadas.

—Claro que sí —contestó Rosa, y siguió dando volteretas.

Tom no pudo resisti r la tentación de acercarse. Se sentó al lado de Juanita, que descansaba sobre una bala de heno, con el rostro resplandeciente de orgullo. La cocinera se inclinó y le susurró a Tom al oído.

—Fíjate en lo bien que está con ellos.

Y claro que Tom se estaba f ijando. Entre foto y foto, Cleo los llamaba para arreglarles el pelo, para hacerles una caricia o para abrocharles un botón. Tom no podía verle la cara, pero advertía la sonrisa de su boca en su voz. Estaba encantada con esos niños, y ellos a su vez parecían adorarla.

Y, a juzgar por el insoportable dolor de su corazón, él también.

Tom observó con un sentimiento agridulce el resto de la sesión.

—Ya está. Se acaba de terminar el carrete.

—Ahora haz tú una —dijo Rosa—, lo habías prometido.

—Es cierto —Cleo de jó la cámara, se acercó a la colchoneta que habían llevado y ejecutó una voltereta lateral bastante decente—. ¡Tachán! — se levantó abriendo los brazos en una clásica pose gimnástica.

—¡Guau! —Rosa aplaudió y Peter la miró radiante.

Cleo se volvió entre r isas hacia Juanita.

—Vaya, Juanita, yo… —al ver a Tom, la sonrisa desapareció de sus labios—. Hola. No sabía que estabas aquí.

Tom se levantó.

—Espero que no te importe.

—No, por supuesto que no. Al fin y al cabo, estás en tu rancho.

Juanita le dio a Tom un codazo en las costillas y señaló a Cleo con la cabeza. Corrió después a llevarse de allí a los niños.

—Y ahora ha llegado el momento de disfrutar del delicioso helado de fresa que os había prometido.

—¡Yupiii! —gritó Rosa—. Ven, Cleo, vamos a comer hel ado.

—Mmm —Cleo recogió la cámara y se la colgó al hombro.

—Eh, Cleo, ¿podría hablar un momento contigo? —le preguntó Tom, acercándose a ella.

Cleo miró hacia la puerta, Juanita ya se estaba yendo con los niños.

—De acuerdo. Pero no creo…

Tom la abrazó y la besó antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo.

Al principio, Cleo se resistió, pero no por mucho tiempo. A continuación, se quitó la cámara del hombro y la dejó en el suelo para poder moldearse contra él.

Tom habría estado besándola tod a la vida, pero no era aquélla una perspectiva excesivamente realista, de modo que, con absoluta desgana, se separó de ella.

—Bonita voltereta.

—Pensaba que querías que habláramos —susurró Cleo.

—Yo también —se pasó la lengua por el labio inferior—. Dios m ío, qué bien sabes.

—Tom, esto sólo sirve para que todo resulte mucho más duro.

La respuesta de Tom fue una enorme carcajada.

—No creo que pueda estarlo más —la estrechó contra ella para que pudiera comprobarlo por sí misma.

Cleo sacudió la cabeza.

—Vaquer os. Imposible no quererlos.

—Me alegro de que lo pienses. Porque tengo un plan en mente mucho mejor que el helado de fresas.

—No, no tengo tiempo.

—Pero si no te vas hasta mañana.

—En realidad me voy dentro de una hora. He decidido pasar la última noche en Bozeman.

Tom no se sentía capaz de soportar tanto dolor.

—No…

Cleo lo miró con ojos tristes.

—No puedo arriesgarme a pasar otra noche aquí. Corro el riesgo de perderme a mí misma en este rancho.

—O de encontrarte.

—No comprendes —se pasó la mano por el pelo—. Yo soy Cleo Griffin, la mujer que se dedica a hacer calendarios de fotos sugerentes de hombres. Esa es la tumba que me he cavado a mí misma y te aseguro que no hay muchas otras disponibles.

—Jamás te he pedido que dejes de hacer eso.

—Lo sé —sonrió con tristeza—. Y habría sido más fácil que lo hicieras. Podría haberme reído en tu cara y negarme a abandonar mi carrera.

—No des por finalizado esto que tenemos, Cleo —la tensión que sentía en el pecho amenazaba con convertirse en auténtico pánico. Cleo n o podía marcharse de allí—. Podemos intentar hacer algo que sea bueno para los dos. Déjame al menos intentarlo.

Cleo negó con la cabeza.

—He venido aquí a la caza de un marido. Quería preparar un calendario, por supuesto, pero también quería un hombre que pudiera darme… lo que necesitaba. Y lo más gracioso de todo es que lo he encontrado.

—Pues yo no sé dónde está la gracia.

—Se la verías si lo vieras desde mi perspectiva. Tom, he perdido la capacidad para hacer fotos eróticas.

Tom se avergonzaba de la a legría que le produjo saberlo.

—¿Qué ha pasado?

—La verdad es que es terrible. Tenía allí a un tipo perfecto, Jake Collins…

—Sí, lo conozco —y se alegraba de que Cleo no se hubiera fijado especialmente en él.

—He intentado recrear el ambiente, la química que hace de mis calendarios algo especial. Y sólo podía pensar en ti.

Tom adoraba oírselo decir, pero sabía que no debía hacerlo. Cleo le estaba diciendo que su visita al rancho podía ser el fin de su carrera.

—Quizá… quizá recuperes la capacidad —se ob ligó a sugerir, consciente de que eso era lo que Cleo necesitaba escuchar en un momento como aquél.

—Ése es el motivo por el que he decidido irme hoy. Cuanto

antes me aleje de aquí, antes podré recuperar mi propio ser.

Tom no tenía respuesta para eso. Incl uso aunque creyera que Cleo podría ser absolutamente feliz en el rancho.

—Lo que hay entre nosotros es maravilloso, Cleo. Me niego a creer que pueda hacernos ningún daño.

—Eso espero —el sombrero que Tom le había regalado para la conducción del ganado esta ba colgado de un gancho. Cleo se acercó a recogerlo y se lo tendió—. Pensaba llevártelo a tu despacho, pero así me has evitado un viaje.

—No quiero que me lo devuelvas. No dejaría que se lo pusiera ninguna otra mujer. Si no lo quieres, tíralo a cualquier p apelera del aeropuerto.

Cleo bajó la mirada.

—Te mandaré un cheque… para pagarte la sesión de fotos.

—No quiero ningún cheque.

—Pero…

—No te atrevas a enviarme dinero, como si nuestra relación hubiera sido sólo de negocios. Si se te ocurre hacerlo, lo romperé en dos trozos y te lo mandaré.

Cleo tragó saliva.

—Siempre he sabido que eras un cabezota, vaquero.

—Lo mismo puedo decir de ti —tenía que concederle a Cleo el mérito de estar actuando en aquella escena de despedida como si fuera una gran actriz. P orque Tom estaba convencido de que por dentro estaba tan destrozada como él.

—Bueno, entonces supongo que ha llegado el momento de la despedida. Adiós Tom, buena suerte.

—Igualmente, Cleo —y la observó alejarse de allí, consciente de que aquél era el momen to más doloroso de su vida, y sabiendo que no podía hacer nada para evitarlo.

Un test de embarazo casero podía estar equivocado, pensó Cleo. Así que, antes de dejarse llevar por el pánico, lo que debería hacer era ir al médico.

Era extraño, pero realmente no sentía ningún miedo. Quizá eso llegara más tarde, cuando tuviera que enfrentarse a las consecuencias de su conducta. Porque la verdad era que en ese momento, sentada en el taller y mirando las fotografías del potencial padre de su hijo, se sentía, por vez primera desde que

había abandonado el rancho, extremadamente contenta.

Habían sido seis semanas muy duras. Algunos días, se levantaba pensando si la vida merecía tal esfuerzo, pero había continuado intentándolo, intentando salir de su apatía. Quizá, inc onscientemente, había estado esperando la llegada de aquel día, aunque realmente no supiera qué hacer con aquella noticia.

Bernie llamó a la puerta del taller.

—¿Podemos hablar?

Cleo dejó las fotos y se volvió hacia ella, girando la silla.

—Claro. ¿Sobre q ué?

—¡«Sobre qué»!, pregunta. Cleo, han pasado seis semanas desde que llegaste de Montana. Ya es hora de que te recuperes del viaje. Te he dado tiempo para que te dedicaras a vagar por la ciudad, para que fueras pensando en otro calendario, pero todavía no he oído nada de los resultados de tu búsqueda. Además, aún no hemos decidido qué va a pasar con el calendario de Montana, si vamos a meter doce fotos o trece. Calvin llama todos los días, esperando una reunión y nosotras… —se interrumpió y se quedó mirando la enorme fotografía de un desnudo que colgaba en la pared—. ¡Dios mío!

Cleo sonrió.

—Pero esa foto no va para el calendario.

Bernie continuaba con la mirada fija en la fotografía.

—Has hecho un buen trabajo hasta ahora, Cleo, pero esto es más que buen o. No sabía que te estabas dedicando a fotografiar desnudos.

—Esto es una especie de… —se interrumpió para aclararse la garganta—. Hallazgo.

—Una genialidad, eso es lo que es. Esto tiene que exponerse en una galería. ¿Tienes más?

—Ésta es la mejor, pero hay otras dos —le enseñó las otras dos fotos de Tom. Ella no había sido capaz de mirarlas hasta hacía una semana, pero desde entonces, no había podido concentrarse en otra cosa.

Le tendió a Bernie aquellas láminas que había mantenido guardadas durante sema nas. No quería dejar que nadie viera a Tom hasta que ella no hubiera decidido lo que quería hacer con ellas.

—¿Y se puede saber quién es? —preguntó Bernie suavemente.

—Tom McBride.

Bernie agarró a Cleo del brazo y tiró de ella.

—Ven ahora mismo a mi despac ho a tomar un café mientras preparo unas llamadas. Tía Bernie necesita saber qué está pasando aquí.

Repantigada en una silla, frente al escritorio de Bernie, Cleo tomaba una taza de café que no era ni la mitad de bueno que el de Juanita mientras le contaba a Bernie lo que le ocurría.

—Imagino que el quid de la cuestión es que la sesión fotográfica con Tom fue la última de la que realmente disfruté. Al día siguiente me obligué a sacar las fotografías de Jake, pero cuando verdaderamente me divertí fue cuando estuve fotografiando a los niños, ¿te lo puedes creer?

Bernie la miraba como si estuviera en estado de shock.

—Pensé que jamás oiría algo así de tus labios.

—Ya sé lo que quieres decir. Llevo semanas deseando recuperar las ganas por fotografiar modelos, in cluso tengo ya una idea.

—¿De verdad? —Bernie pareció volver a la vida.

—Sí, monitores de gimnasio, entrenadores personales…

—¡Es una idea explosiva! Ya me los estoy imaginando: músculos de acero, pantalones cortos… Veamos, podemos llamarlo Hombres Mus culosos o…

—No vamos a llamarlo nada. No tengo ningún interés en hacer esas fotos. He visitado algunos gimnasios intentando recuperar el viejo entusiasmo. Pero estoy bloqueada, Bernie.

Bernie se apoyó contra el respaldo de la silla y se llevó la mano a l a cara.

—Al principio, esperaba que se tratara de un problema temporal —continuó explicando Cleo—. Pero me temo que no es así.

—Y tiene que ser por algo que ha ocurrido en Montana. Desde que regresaste de allí, no has vuelto a ser la misma —Bernie suspiró— . Una noche de sexo con McBride y el resto de los hombres han perdido todo el interés para ti, ¿es eso lo que me estás diciendo?

—Bueno, hay otro pequeño detalle.

—No puedo imaginarme ya nada más catastrófico. Di lo que sea.

—Estoy embarazada.

—¡No me lo p uedo creer!.

Tom rara vez bebía, pero aquella noche parecía la más indicada

para disfrutar de una botella de Jack Daniels. Con los pies apoyados en el escritorio, desenroscó el tapón del whisky.

—¿Tom?

Tom miró hacia a la puerta y se encontró una visión so rprendente: Juanita con una bandeja de sandwiches. Debía de estar verdaderamente preocupada por él para haber roto sus propias normas de tal manera.

—Supongo que la cocina lleva horas cerrada —comentó Tom sonriendo.

—No estás comiendo nada, maldita sea, po r eso te he traído esto —entró en la habitación y descubrió la botella de whisky encima del escritorio—. Será mejor que te llenes antes el estómago.

—Muchas gracias, Juanita.

Juanita sacó entonces un álbum de fotos que llevaba bajo el brazo.

—Ya he ordenad o las fotografías que me hizo Cleo. Pero antes de enviárselas a mis padres, me gustaría que las vieras.

—Claro —era la última cosa del mundo que necesitaba hacer, pero sabía lo importantes que eran aquellas fotografías para Juanita.

Juanita abrió el álbum y lo colocó frente a él.

—Dice que nunca había fotografiado a niños, pero esa mujer es una verdadera artista.

El corazón de Tom se llenó de orgullo y amor mientras estudiaba las fotografías y recordaba las risas de aquella tarde. Cleo había capturado con l a cámara la alegría de un niño sin nada mejor que hacer que volteretas sobre el heno.

—¿No te parecen maravillosas? —preguntó Juanita.

—Sí —contestó Tom con voz ronca.

—¿Has… has tenido alguna noticia de ella?

—No —había contado los días, las semanas. Cl eo le había dicho que, si algo ocurría, no dudaría en decírselo. Su silencio indicaba que su intuición no se había cumplido.

—No puedo creer que no vaya a volver nunca. Estaba loca por este lugar. Se veía en sus ojos, en su rostro.

—Quizá sea ésa la razón por la que no va a volver —Tom señaló la silla que estaba frente al escritorio—. Juanita, será mejor que te sientes. Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo.

—Se trata del rancho, ¿verdad?

—Tienes que empezar a buscar otro \xabap. Pasado mañana, el b anco sacará el rancho a subasta.

15

En cuanto superó la sorpresa inicial, Bernie envió a Cleo de vuelta a su escritorio, con instrucciones de seleccionar al menos las fotografías para el calendario de Montana. Cleo pasó la mayor parte del día batallando co n la duda de si utilizar o no la fotografía de Tom, y cuando llegó la hora de marcharse, todavía no lo había decidido.

A la mañana siguiente, continuaba en la misma situación, lo que seguramente le valdría una buena reprimenda de Bernie. Pero en vez de ell o, ésta le sugirió que se tomaran el día libre y salieran de compras, tal como Cleo había propuesto el día que la había llamado desde el rancho.

—No creo que éste sea el mejor momento para que vaya a comprarme ropa —protestó Cleo.

—Entonces la compraremos para el bebé —replicó Bernie mientras apagaba su ordenador—. Vamos, salir de compras me ayuda a pensar.

—Yo no voy a quedarme con el bebé.

—¿Y a dónde piensas devolverlo? —Bernie g a su amiga del brazo para sacarla de la oficina—. Estas cosas no funcionan así, Cleo. Me temo que en este caso no se admiten cambios.

—Se lo voy a enviar a Tom.

—¿Por correo urgente o regular?

—Por el amor de Dios, Bernie, haces que todo esto parezca ridículo.

—Porque lo es. Eres una persona adorable y creativa que está comenzand o a crear un ser humano. He visto lo posesiva que eres con tus fotografías. ¿Qué te hace pensar que te costará menos desprenderte de ese bebé?

—No puedo tener un hijo, Bernie, tengo una carrera en la que pensar.

—Bien dicho, Cleo, tú siempre tan profesiona l.

Salieron a la calle y Bernie paró a un taxi.

—Llévenos a F.A.O. Schwartz —le pidió al taxista en cuanto montó. Cleo la siguió al interior del taxi.

—Bernie, ¡eso es una juguetería!

—Bueno, supongo que el chiquillo tendrá que jugar con algo.

—No voy a qu edarme con ese bebé.

—No, claro que no.

Dos horas después, estaban merendando en una cafetería, rodeadas de bolsas repletas de juguetes. Cleo consideraba que era absurdo comprar tal cantidad de juguetes para un bebé con el que no pensaba quedarse, pero hab ía disfrutado enormemente al hacerlo.

—Tomaré una decisión sobre el calendario de Montana esta misma tarde, te lo prometo —le prometió a su amiga.

—El problema es que no sabes si utilizar o no la foto de Tom, ¿verdad?

—Precisamente.

—¿Y él te deja utilizar la?

—Sí. El rancho tiene serios problemas económicos y el calendario podría ayudarlo.

—En ese caso te aconsejo que la utilices. Vais a necesitar ese dinero.

—No hables como si fuéramos una pareja. Somos dos personas independientes —replicó al instante Cleo .

—Te equivocas. Si vais a ser padres del mismo hijo, ya no volveréis a ser nunca personas completamente independientes. Pero aun así, no es eso lo más importante. Por fin has encontrado al hombre que habías estado buscando durante todas tus sesiones fotog ráficas. Tú no te dabas cuenta, y el cielo sabe que yo tampoco, pero esta parte de tu carrera estaba condenada a tener un fin. Sólo era cuestión de tiempo.

—Perdona, Bernie, pero esos calendarios sólo formaban parte de mi trabajo, no tenían nada que ver co n la búsqueda de un hombre o cualquier otra interpretación freudiana que se te haya podido ocurrir.

—Entonces, ¿por qué después de haberte acostado con ese hombre y haberte quedado accidentalmente embarazada, has hecho las mejores fotografías de niños que he visto en toda mi vida?

Cleo se quedó mirándola fijamente.

—¿Te refieres a las fotografías de Peter y Rose? Me divertí mucho haciéndolas, pero no creo que fueran nada especial.

—Afortunadamente, nuestro editor no está de acuerdo contigo. Tras haber visto esas fotografías, quiere que el próximo calendario sea de niños.

Cleo se quedó boquiabierta.

—Dios mío, Bernie, yo jamás he sido una fotógrafa de niños. No sabría ni por dónde empezar…

—Entonces aprende, maldita sea —Bernie se inclinó hacia su amiga—. Estoy convencida de que te resultará fácil, porque eso es lo que tienes ahora en tu corazón. Te he estado observando en la juguetería y he podido confirmar lo que ya sospechaba: no eras capaz de apartar los ojos de los niños. Y me temo, querida, que es tu delicada condición la responsable de todo esto. Podría haberte dado por adoptar un perro, y ahora estaríamos pensando en calendarios de animales, lo que habría sido mucho más fácil. Pero el caso es que te has quedado embarazada y estás enamorada del padre de ese bebé, podría añadir. Y todo ello supondrá una nueva orientación en tu trabajo.

—Bernie, si estás sugiriendo que Tom y yo nos casemos y eduquemos juntos a ese bebé, estás cometiendo un terrible error. No funcionaría. Tom no es un hombre que se confo rme con un matrimonio de fin de semana y, aunque me cueste admitirlo, tampoco yo.

—Entonces vete a vivir a Montana.

—¿Que me vaya a…? ¿Es que te has vuelto loca, Bernie?

—Cleo, todos tus sentimientos aparecen reflejados en tus fotografías. Gracias a ella s he podido admirar el paisaje de Montana y darme cuenta también de que adoras ese lugar. Creo que deberías permitirte ser feliz, que deberías irte a vivir a allí.

A Cleo se le llenaron los ojos de lágrimas. No había en el mundo una amiga mejor que Bernie.

—No podría. No puedo marcharme y dejarte en la estacada.

—¿En qué estacada? A no ser que hayas decidido despedirme,

yo mantendría abierta la oficina de Nueva York. Teniendo teléfono, fax y correo electrónico, ¿a quién le importa dónde puedas estar?

—Yo… no sé que decir —pero la alegría burbujeaba en su interior, a pesar de que la razón le decía que no debería siquiera considerar aquella idea.

Bernie asintió, con los ojos sospechosamente brillantes.

—Tendrás que irte. Entre otras cosas porque te he reserv ado un billete para el primer avión que sale hacia Bozeman mañana por la mañana.

Cleo había decidido no llamar con antelación. Llevaba seis semanas sin tener contacto con Tom y no quería que su primera conversación fuera telefónica. Quería poder verle los ojos cuando le diera la noticia de que iban a ser padres.

Mientas conducía hacia el rancho, no podía decidir si la debilidad que sentía en el estómago era producto de las náuseas matutinas o del nerviosismo ante la perspectiva de volver a ver a Tom. La car retera se le estaba haciendo interminable y habría dado cualquier cosa por poder contar con la sólida presencia de Tom a su lado, como durante el primer viaje, cuando habían visto juntos a aquel par de águilas.

Cuando por fin llegó a la puerta que conducía a Susurros del Viento, tuvo la sensación de estar volviendo a casa.

Aparentemente, no era la única que había decidido visitar el rancho aquel día, se dijo al ver la cantidad de vehículos que había en el patio. La gente merodeaba por los alrededores, como si hubiera ido a disfrutar de un día de campo o a… Sintió náuseas.

Estaba tan ansiosa por encontrarse de nuevo en el rancho que prácticamente no le había prestado atención al letrero que habían clavado en la puerta. No podía leerlo todo, pero sí lo sufic iente como para comprender que debía estar asustada: anunciaba una subasta a las dos de la tarde.

Miró su reloj. ¡Ya eran cerca de las cuatro!

Pero no, aquella era la hora de Nueva York. El reloj del coche marcaba las dos menos cinco. Se apeó del coche par a abrir la puerta del rancho. La cruzó con el coche y salió de nuevo a cerrarla para dirigirse después a toda velocidad hasta la casa.

Subió a grandes zancadas las escaleras del porche, se abrió paso entre la gente allí arremolinada y abrió la puerta princ ipal.

—¡Tom! —gritó.

Tom estaba en la sala de estar, apoyado contra la chimenea, con dos hombres de aspecto muy serio que Cleo identificó inmediatamente como los que pretendían arrebatarle el rancho.

Al oírla, el vaquero volvió la cabeza y se quedó mirándo la fijamente.

—¿Cleo? —les dijo algo a sus acompañantes y se acercó a la puerta—. ¿Por qué no me has dicho que venías?

Cleo lo miró a los ojos y lo único que vio en ellos fue una profunda preocupación.

—No sabía que iba a venir hasta ayer, y no quería tene r una conversación telefónica sobre…

—Vamos a mi despacho —la agarró del codo y la condujo hacia allí.

—¡Dile a todo el mundo que se suspende la subasta, Tom!

—La subasta no comenzará hasta que yo no dé mi consentimiento, así que todavía tenemos un par d e minutos. Déjame ir a buscarte un vaso de agua. Estás muy pálida.

—No tenemos tiempo para eso, y estoy estupendamente.

Tom la metió en su despacho y prácticamente la empujó para que se sentara.

—Voy a buscar el agua, quédate aquí.

—¡Tom!

—¡Maldita sea, qu édate aquí!

En cuanto Tom desapareció, Cleo se levantó y fue al cuarto de estar. Los hombres que esperaban allí a Tom, se llevaron las manos al ala del sombrero y murmuraron algo similar a una bienvenida.

—Al parecer son ustedes los que están a cargo de es ta fiesta —comentó Cleo.

—Sí, nosotros somos los encargados de la subasta, si es a eso a lo que se refiere —dijo el más alto de los dos.

—No va a haber ninguna subasta —les advirtió—. Sólo quería que lo supieran.

—Perdóneme, señora —dijo el más bajito pero la subasta comenzará en cuanto Tom resuelva el asunto que tiene pendiente con usted.

—El asunto que tiene pendiente conmigo es que yo voy a darle todo el dinero que sea necesario para impedir esta subasta.

—Ni lo sueñes —oyó decir a Tom tras ella.

Cleo gi ró bruscamente, golpeando al hacerlo el vaso de agua que Tom llevaba en la mano y derramando parte del contenido sobre su camisa. Tom volvió a agarrarla del brazo, en aquella ocasión con menos delicadeza que la anterior.

—Perdónennos caballeros, sólo será un minuto.

—Siento haberte tirado el agua en la camisa — se disculpó Cleo mientras Tom la obligaba a entrar en el despacho.

—Veo que sigues siendo una mujer tan cabezota como cuando te marchaste —cerró la puerta con el pie y le tendió el vaso de agua medio vacío.

—Y tú un hombre todavía más terco. Debería echarte todo el vaso encima para que te tranquilices.

Tom dejó su sombrero en la mesa y la miró fijamente.

—¿Te ha llamado Juanita?

—No.

—No me mientas, Cleo. No me extrañaría nada que te hubiera llamado p ara contarte lo de la subasta y tú hubieras decidido venir a salvarme.

Cleo bebió un sorbo de agua sin apartar su mirada de la de Tom.

—Claro que he venido a salvarte.

—Y un cuerno.

—Fuiste suficientemente hombre como para sacar la mujer que hay en mí, Tom , ahora comprobaremos si eres suficientemente hombre como para tragarte todo tu orgullo y permitir que haga algo que pueda permitirnos vivir juntos.

Tom la miraba con atención, sin decir una sola palabra.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo, Tom.

—¿Por qué?

—Creo que puedes imaginártelo.

Un júbilo salvaje asomó a los ojos de Tom mientras se acercaba a ella, le quitaba el vaso de la mano y la besaba con una desesperación que dejó a Cleo jadeante.

—No tienes por qué casarte conmigo —susurró Tom.

—Se supon e que eso es lo que tendría que decir yo —respondió Cleo entre risas.

Tom alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Sé que tú querrías que el bebé creciera aquí conmigo, pero

estoy seguro de que yo podría acostumbrarme a vivir en cualquier parte —tragó saliva— . No quiero interferir en tu carrera, ni forzarte a asumir ningún tipo de compromiso por culpa de aquella noche loca.

Cleo suspiró y apoyó las manos en sus hombros.

—Jamás le he pedido a ningún hombre que se casara conmigo. Además, me he puesto el sombrero que me regalaste pensando que eso te ayudaría a decidirte.

Tom parecía triste, pero al menos así Cleo consiguió arrancarle una sonrisa.

—Sigues estando magnífica con el sombrero, y me alegro de que lo conserves. Pero Cleo, tú no me quieres a mí.

—Claro qu e sí. Y el problema es que cuando se edite el calendario, no voy a ser la única, así que quiero adelantarme a todas las mujeres que van a aparecer por aquí, dispuestas a convertirse en rancheras.

Tom le enmarcó el rostro con las manos.

—Mira, sé que el ran cho llegó a significar algo importante para ti, pero a todo le llega su fin. No quiero que te sacrifiques por la idea sentimental de que Susurros del Viento tiene que continuar siendo como es.

—En primer lugar, yo no estoy sacrificando nada. Mi faceta de f otógrafa de hombres atractivos ha muerto de forma natural.

—Eso todavía no lo sabes. Quizá después de tener el niño, tú…

—No quiero volver a meterme en ese tipo de trabajo. Mi objetivo ha cambiado. Ahora me apetece fotografiar a niños y, afortunadamente, Bernie me ha conseguido un trabajo en esa línea.

—Otra razón más para que te alejes de este barco que esta hundiéndose. Dios sabe que entiendo perfectamente lo que sientes por el rancho. Durante toda la semana ha estado viniendo gente a mi oficina, inten tando encontrar una forma de impedir la subasta. Pero es imposible. Yo ya lo he aceptado, y tú también deberías hacerlo. Conserva tus recursos para tu nueva aventura.

—¡Pero si tú eres mi principal recurso!

—No, yo soy…

—Tom. No te estoy pidiendo que te cases con migo porque adore Susurros del Viento —se interrumpió un instante—. Te lo estoy pidiendo porque te amo.

Por fin había conseguido dejarlo sin habla, pensó Cleo. Alargó la mano y acarició sus labios entreabiertos.

—Ahora te toca decir a ti que tú también me quieres y que quieres casarte conmigo.

—Cleo —susurró Tom con voz ronca—. Estoy sin un centavo, vamos a tener un hijo, ¿cómo voy a…?

—Escogiendo el amor y olvidándote del orgullo. Admitiendo que me necesitas y permitiendo que te dé lo que te h ace falta. Déjame ser tu mujer, Tom.

Lentamente, comenzaba a nacer un brillo de esperanza en la mirada de Tom.

—¿Te acuerdas de las águilas que vimos el día que nos conocimos? —le preguntó Cleo.

Tom asintió.

—He estado leyendo muchas cosas sobre ellas. Al parecer se emparejan de por vida.

—Sí, eso es cierto.

—Y eso es lo que nos ha sucedido a nosotros, Tom. Aquella noche de junio, nos convertimos en compañeros, como las águilas, aunque he tardado algún tiempo en darme cuenta.

—Yo no, yo ya lo supe entonces.

—Pero no me lo dijiste porque…

—Porque te amaba. Te amaba tanto, que estaba decidido a vivir sin ti si era eso lo que necesitabas.

Era tanta la ternura que había en sus palabras que Cleo tuvo que hacer un serio esfuerzo para contener las lágrimas.

—No e s eso lo que necesito. Lo que necesito es vivir aquí, contigo, educar a nuestro hijo, dedicarme a la fotografía y poder contar con tus besos y tus declaraciones de amor de vez en cuando.

—Te amo, Cleo, y te amaré mientras viva.

Y mientras respondía al deli cioso beso que siguió a aquella declaración, Cleo habría jurado que oyó, a través de la ventana, el grito triunfante de un águila.